

JUAN

TÓNOMA DE NUE

ERAL DE BIBLIOTE

1

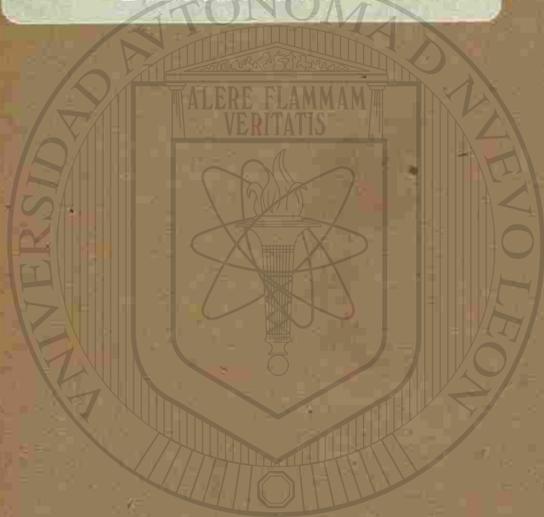
J SAND

LOS DOS  
HERNANDEZ

PALEO  
PQ2401  
D558



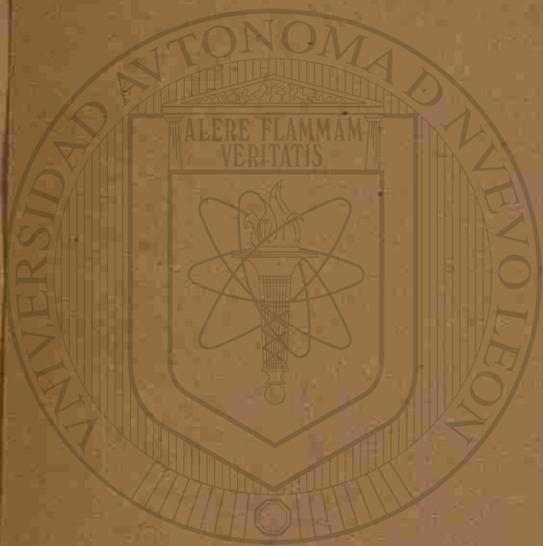
1020026793



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

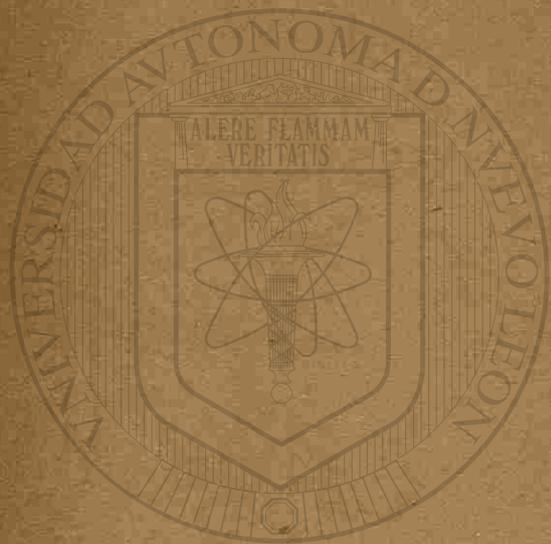
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LOS DOS HERMANOS.

Núm. Clas. 97131d  
Núm. Autor 30723  
Núm. Adg. -8-  
Precedencia TECAS  
Precio 20  
Fecha 20  
Clasificó 20  
Catalogó 20



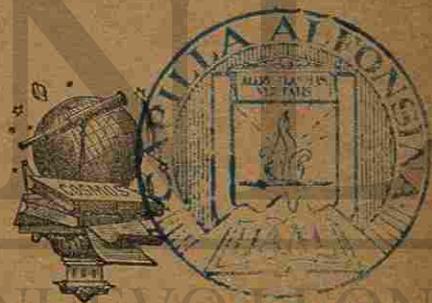
LOS  
DOS HERMANOS

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR JORGE SAND

VERSIÓN CASTELLANA

DE C. VIDAL



FONDO  
UNIVERSIDAD DE COVARRUBIAS  
RICARDO COVARRUBIAS

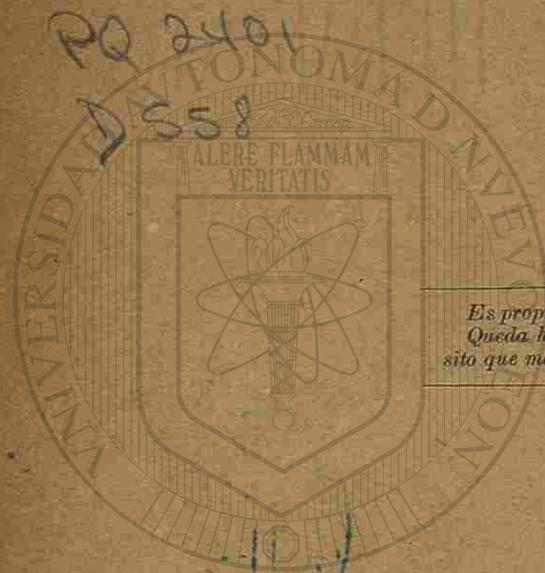
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID  
EL COSMOS EDITORIAL  
ARCO DE SANTA MARÍA, 4, BAJO

1887

30723

813  
S.  
RQ 2401



*Es propiedad.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.*

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"AL FONDO REYLS"  
FONDO MICHAEL COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID, 1887.—EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»,  
Paseo de San Vicente, núm. 20.

## LOS DOS HERMANOS <sup>(1)</sup>.

### I.

El Conde de Flamarande se había impuesto la obligación de ir á ver á su mujer y á su hijo dos veces al año, por el invierno á París y por el verano á Menouville.

Cuando fué en 1856, me dijo:

—Ya sé, Carlos, que ahora vivís en familia con mi hijo y su madre, de lo que no tengo nada que decir. Como no quiero que en esta casa haya ni vaya nadie á diversiones de ningún género, y he calculado los gastos anuales en consecuencia de esto, me alegro de que dentro del hogar procure cada uno pasarlo de la mejor manera posible. Una vida más disipada sobre la disipación natu-

(1) NOTA. El episodio que precede á éste se titula *El Castillo de Flamarande*, y forma parte de la Biblioteca de El Cosmos Editorial.

ral de Roger, haría la educación de éste imposible. En cuanto á vos, cuanto más de cerca veáis lo que pase, estaré más tranquilo. Veo que no me decís todo lo que sabéis, pero no me importa, porque estoy seguro de que habéis de impedir entrevistas irregulares..... No me respondáis; sé que el niño de Flamarande y su madre no son ya extraños el uno al otro. Sé también, aunque me lo habéis ocultado, que el padre educa al hijo, y que por consecuencia no tienen la pretensión de imponermele. Todo está bien así, pues me dan la satisfacción que me era debida y que yo deseaba. Dejad, pues, que se verifiquen esas entrevistas con toda libertad en Flamarande ó en otra parte; cuidado de que ni el padre ni el hijo parezcan nunca por mi casa: eso es todo lo que pido.

El Conde no me dejó responder, y se fué, como de costumbre, censurando amargamente á Roger por su ignorancia y ligereza.

Vivíamos en Menouville con relativa estrechez. El Conde había fijado, efectivamente, la cifra de los gastos, pues decía que no quería alimentar los caprichos de Roger ni dejar libre el campo á los mimos de su madre. La Condesa no se quejaba y se privaba con gusto de todo por poner sus recursos personales al servicio de su hijo. Yo sisaba un

poco sin que ellos lo supieran, para que Roger pudiese tener caballos y perros sin que su madre se viese obligada á recomponer demasiado sus vestidos y economizar en todos sus gastos. Había yo procurado poner tal orden en la administración, que el Conde encontraba mejoradas sus rentas sin sospechar que algunos excedentes pagaban las distracciones de Roger y las caridades de la Condesa. Ésta no sabía nada, pues no hubiera accedido á que hiciera esto en lo que la concernía. Algunas veces parecía muy asombrada de que, después de haberlo gastado todo, la quedase aún dinero; pero no entendía nada de estas cosas, pues su marido la había tenido en tutela hasta el punto de no saber calcular mejor que un niño.

Roger, aunque no estudiaba nada, iba aprendiendo muchas cosas. No se había ocupado nunca de las matemáticas ni de las ciencias abstractas. Tampoco tenía gran afición á las naturales; pero se moría por la música y la literatura, leía con gusto la historia y tenía una admirable facilidad para aprender idiomas. Su memoria le servía de gramática, y su instinto musical de teoría. Con grandes dotes naturales, se entretenía con los estudios siempre que no le pidiesen que adelantase, y adelantaba, sin embargo, en la esfera de sus

tendencias, por la transmisión paciente y cariñosa de su madre, que tan bien sabía instruirle distra-yéndole. Cuando la expresé mi admiración, me respondió:

—No tengo ningún mérito. Roger es tan bueno, tan dócil y tan cariñoso, que paga con creces el trabajo que me tomo por él.

Sin embargo, las pasiones empezaban á dejarse sentir en él, y debían ser tanto más vivas cuanto más casta había sido la atmósfera en que había vivido hasta entonces. Durante un viaje que hice en el invierno á París para negocios de la casa, descubrí muchas cosas que la Condesa ni siquiera sospechaba aún. A los diez y nueve años ya dormía Roger muchas noches fuera de su casa; animado por los cuatro sedosos pelos que empezaban á cubrir su labio superior, jugaba fuerte y sostenía relaciones más que ligeras con absoluta ignorancia de toda su familia. Se vió precisado á confesármelo así, porque comprendió que no era fácil engañarme. Tuve que pagar algunas de sus deudas, las que, como es natural, no podía poner en cuenta á su padre, y cuyo importe le adelanté de mis economías, que no eran por cierto muy grandes, por lo que el joven comprendió que no podría recurrir á ellas con frecuencia.

Me juró corregirse, llorando y abrazándome. Lo que más me agradecía era que guardara secreto para con su madre; lo único que temía en el mundo era causarla pesar.

Aquellos propósitos de arrepentimiento desaparecieron bien pronto, y al verano siguiente me apercibi en seguida de que no le había sido posible ocultar por más tiempo á su madre ciertas locuras. La Condesa había pagado las nuevas deudas sin dirigirle el más pequeño reproche; pero le había dicho:

—Yo no soy rica. ¿Qué harás cuando no pueda sacarte de tales apuros?

Vi á la señora tan dificultada para cubrir sus atenciones por efecto de aquellos gastos extraordinarios, que me decidí á escribir á Mr. de Flamandrande, á fin de hacerle observar que un jóven de veinte años, destinado á ser el único heredero de una gran fortuna, no debía ni podía vivir como un ricachuelo de provincias, y que, en mi opinión, debía señalarse al señor Vizconde una pensión conveniente. El señor me contestó que en modo alguno señalaría pensión de ninguna clase á su hijo hasta que no tuviera veintidós años cumplidos; que lo que creía conveniente era que Mr. Roger emplease aquel año en viajar y en aprender á conocer

el mundo. A este fin le ordenaba, en carta aparte, que partiese en seguida para Alemania en compañía de su ayo, y le trazaba un itinerario que el abate Ferras debía seguir al pie de la letra. El mismo abate sería el encargado de los gastos, cuya cifra fijaba con largueza, pero encargándole que no había de pasar de ella. Todo lo que excediese de lo que fijaba quedaría de cuenta de Ferras. Mr. de Flamarande no indicaba en modo alguno á su hijo que fuese á Londres. Le enviaba cartas de crédito y de recomendación para Berlín, Viena, Rusia, Constantinopla é Italia, y le exigía que al terminar el año estuviese de regreso en Menouville, en cuyo punto *esperaba* el señor Conde que permanecería la Condesa, durante la ausencia de su hijo.

Madame de Flamarande temía esta decisión, y la encontraba muy dura, porque hubiese preferido viajar con su hijo. Tampoco comprendía que un joven, en la edad en que se desbordan las pasiones, pudiese ganar nada con que le separasen de su madre. El señor Conde opinaba lo contrario. Él mismo me había dicho varias veces que en su opinión no hay freno posible para las pasiones de la primera juventud; que las madres, al querer calmarlas, las excitan más aún, y que su único remedio consiste en mezclarlas con el movimiento de

la existencia, á fin de impedir que se hagan crónicos los malos hábitos.

Como nadie había pensado en contrariarle, tuviera ó no razón, se fijó inmediatamente la partida de Roger. Mr. Ferras aceptó su encargo con tranquila dulzura y sin manifestar ninguna inquietud. Madame de Flamarande no pensó siquiera en recomendarle á su hijo, porque sabía que había de cuidar de él tanto ó más que de sí mismo, y ocultó á Roger el terrible sufrimiento que la ocasionaba aquella separación. Roger la ocultó en cambio el placer que le producía aquel viaje, por más que adoraba á su madre y le costó lágrimas el separarse de ella. La condesa tuvo el valor de no llorar hasta que hubo partido.

Yo me había quedado con Madame de Flamarande en la escalinata que daba acceso á la casa, desde la que ella seguía con la vista el coche, y no pensaba en retirarme, porque yo también me había contenido y no podía contener ya mis sollozos.

En aquel momento de aflicción suprema, en que sólo yo compartía sus penas, fué cuando ella me abrió por fin su corazón.

—¡Carlos!— me dijo arrojándose casi en mis brazos;—ésta es la primera vez, después de veinte años, que me encuentro sin él y sin *el otro*. Nunca

he dejado á Roger más que para ir á abrazar á Gastón. ¡Ah! ¡si tuviese á aquel querido desterrado! ¡Me siento morir al verme sola!

Yo creí que aquello era un ruego para que fuera á buscar á Gastón.

—¡Aquí!—exclamé.—Eso es imposible.

—Lo sé—respondió ella—y nunca he pensado en hacerle traer aquí. Allí está y estará en tanto que él quiera, porque realmente ya se encuentra en edad de ser libre, y nada tendría de particular que quisiera cambiar de residencia y de situación. Hasta ahora he conservado la ilusión de que mi marido me lo devolvería cuando tuviese veintiún años, y por eso procuraba dejarle en Flamarande en la aparente posición en que su padre le había colocado. Le querían paleta, y es paleta; le querían valiente, fuerte y sufrido, y lo es todo. Se le ha mantenido, pues, religiosamente en las condiciones exigidas, y no hay, por lo tanto, pretexto alguno para rechazarle; pero tiene veintiún años y no le llaman; no quieren llamarle! ¿No es cierto, Carlos, que lo que se pretende es sepultarle allí y renegar de él para siempre? Decidme la verdad. Yo he alimentado largo tiempo fantásticas ilusiones, pero ahora veo que mis amigos tenían razón en no darlas pábulo, y quiero conocer todo

lo que me reserva la suerte. Decídmelo vos, que sabéis que, ni pregunto demasiado, ni abuso de la confianza que en mí se hace.

—Puesto que la señora Condesa lo exige, y tiene derecho á saber la verdad, voy á decírsela. Es cierto que Mr. de Flamarande está ahora más decidido que nunca á no tener más que un hijo.

—Entonces madame de Montsparre tenía razón. Le ha condenado sin perdón ni olvido por una apariéncia. Decídmelo todo, Carlos. Insisto de nuevo sobre una pregunta que os hice hace tiempo. ¿Se me acusa de haber accedido cobardamente á la brutalidad de una sorpresa infame, ó de haber hecho traición á sabiendas al honor conyugal?..... Responded sin cuidado. Puedo soportarlo todo ya.

Había tanta seguridad en su voz y tanta altivez en su mirada, que yo me sentí profundamente conmovido. Si no hubiera tenido en mi poder la prueba de su falta, hubiera caído á sus pies para pedirle perdón por mis pasadas dudas.

La respondí la verdad.

—El Conde de Flamarande no se ha explicado nunca categóricamente conmigo acerca de ese delicado punto. Es evidente que su espíritu ha caminado alternativamente de una á otra de esas

hipótesis; pero sólo ha sacado como conclusión neta y precisa que Gastón no era hijo suyo, y nada del mundo hubiera conseguido quebrantar su resolución de alejarle de sí, para no volverle á ver nunca.

—¡Sin embargo, la declaración que firmó, y que os visteis obligado á enseñar á la nodriza para tranquilizarla!....

—Hizo aquella declaración, porque yo lo exigí para cubrir mi responsabilidad. Después me la recogió.

En esto último mentía, porque conservaba en mi poder aquel precioso papel, del que pendía el porvenir de Gastón; pero madame de Flamarande mentía más enérgicamente que yo al negarme la naturaleza de sus relaciones con Salcedo; estábamos, por lo tanto, en paz.

Quedó muy abatida al ver escaparse aquel medio de salvación, que era con el que había contado en primer término. Se puso densamente pálida, y se sentó en uno de los bancos del parque, por donde hasta entonces habíamos estado paseando.

Pero había sufrido demasiado durante su vida para que no se hubiese acostumbrado á tener valor.

—¡Vamos!—dijo suspirando profundamente—

¡se quiere que sea el hijo de Salcedo, y á no entablar una lucha llena de peligros y de escándalos, preciso será que mi hijo tenga por padre el que Mr. de Flamarande se ha empeñado en darle! Esto es monstruoso, pero es también inevitable.

—Me admira—dije yo—que la señora Condesa se muestre tan orgullosa de su inocencia y tan indigna de las sospechas de su marido, y no se haya explicado nunca resueltamente con él desde el momento en que supo los motivos que le impulsaban á alejar á Gastón de su lado.

—Lo intenté una vez que conseguí dominar el miedo que me inspira. Me hallaba dispuesta á exigir y á amenazar. Pero él se puso furioso y me dirigió á su vez la atroz amenaza que sabéis: la de separarme de mi otro hijo; la de llevarsele con él al extranjero. Me dejaría en libertad de pedir la separación, y hasta consentiría que le condenasen en rebeldía; pero realizaría su fortuna y la colocaría en favor de Roger, á quien educaría en la idea de que su madre le había postergado al hijo del adulterio. Preciso me fué someterme y resignarme al silencio.

—Debo decir á la señora, para tranquilizarla, al menos sobre este detalle, que el señor Conde ha sabido, ignoro en absoluto por quién, entre-

vistas secretas de la señora con Mr. Gastón y Mr. de Salcedo, y ha resuelto hacer la vista larga en este punto y no exigir que Mr. Gastón sea separado del que se ha consagrado á su educación.

—Maldito el mérito que tiene en ello. Se ha enterado de todo demasiado tarde, cuando ya no le era posible disponer de Gastón como se dispone de un niño pequeño. Tampoco estaba en su mano obligar á Mr. de Salcedo á alejarse de Flamarande, puesto que él se ha establecido allí en terrenos de su propiedad. Lo único que podría hacer sería impedirme ver á mi hijo á hurtadillas. Eso es lo que me hace temblar y lo que motiva que no pueda nunca abrazar á Gastón sin experimentar el terror de perder á Roger. Me decís que él tolera esas entrevistas. ¡Perfectamente! ¡Sé muy bien que nunca me ha hecho el honor de estar celoso de mí!

—La señora Condesa se equivoca. Hubo un tiempo.....

—Un tiempo, bien breve por cierto, en que pude creerme amada; pero poco intensa debió ser su afección, cuando tan pronto se trocó en desprecio.

—Permítame la señora que la diga que la verdadera culpa la tuvo Mr. de Salcedo, que os ha hecho bien desgraciada.

—Sí; vos le habéis visto salir de mi habitación, en la que Mr. de Flamarande le había encontrado, en tanto que yo *no sabía* que hubiera estado en ella; pero Mr. de Salcedo tampoco *sabía* que yo estuviera allí. ¡Su falta fué bien ligera, y ha hecho tanto por repararla!

—No puede repararla para con Gastón, á quien ha privado de su nombre y su fortuna!

—Pues bien; Gastón tendrá la fortuna y el nombre de Salcedo.

—¿Tiene la señora la certidumbre de ello?

—Sí.

—Mr. de Salcedo es aún demasiado joven para renunciar á casarse.

—Tengo completa confianza en él.

—¿Y se decide la señora á dejarle adoptar á Mr. Gastón?

—¡Necesario será que me decida, puesto que su verdadero padre es inexorable! Sí, me decido á ello, por muy dolorosa que me sea esta resolución. Había esperado al menos que un matrimonio entre Mr. de Salcedo y Mme. de Montesparre daría á mi hijo una madre cariñosa, sin que el Marqués se viesé condenado al celibato; pero Mme. de Montesparre, después de haber admitido esta idea, la rechaza y parece tener otros proyectos.

—Y por otra parte, observé yo irreflexivamente, Mr. de Salcedo no ha admitido jamás la idea de semejante matrimonio.

—¿Lo sabéis de cierto? ¿Estáis seguro de ello? ¿Cómo habíais de poder saber eso?

—La forma y manera con que se ha dedicado al hijo de la señora Condesa prueba demasiado la fidelidad de su afecto.

—¡Oh, sí!—exclamó ella con una emoción que no trataba de ocultarme.—¡Es un amigo fiel, admirable! Gracias á él, Gastón, condenado á vivir ignorante, inculto, embrutecido acaso por el aislamiento, ha recibido una educación completa. Ahora está ya hecho un hombre y un hombre de valía, como el que le ha educado.

Me pareció que Madame de Flamarande se quitaba la máscara y se descubría á mí con toda confianza.

## II.

A partir de aquel día, Madame de Flamarande me hablaba con frecuencia de sus penas. Las sentía con más viveza desde que estaba separada de Roger, y como la presencia de éste no la obligaba entonces á ocultarlas, experimentaba la necesidad de contármelas, y en ello encontraba consuelo. De aquel modo obtuve la revelación de su vida de contrariedad y de secreta irritación. No había sido una víctima tan pasiva como á mí se me había figurado.

El amor maternal le había dado fuerzas sobrehumanas para soportar sus dolores; pero no por eso había sentido menos violentamente lo que ella llamaba la injuria que se le había hecho, y de la que, á mi parecer, hablaba con demasiada frecuencia.

No pude contenerme una de las veces en que

la conversación giraba sobre este mismo punto, y le dije, la confesé que buscándola y siguiéndola por todas partes, en la época en que yo la creía calumniada, había sorprendido su cita en el bosque de Bolonia con Mr. Salcedo.

Quedé estupefacto al ver la seguridad con que me dijo mirándome frente á frente:

—¡Pues bien, si oísteis lo que le dije, tanto mejor! ¿Encontráis acaso extraño que haya consagrado lo más puro de mi ternura al hombre que me devolvía mi hijo y que ponía á su servicio toda su existencia? ¡Buscad, pues, otro en el mundo que, ni aun siendo efectivamente el padre de ese niño, se hubiera sacrificado por él hasta el punto de condenarse á vivir como un paleta en un desierto de nieve, para verle todos los días, para instruirle por sí mismo con cariño verdaderamente paternal! ¿Ha tenido Mr. de Flamarande esos asiduos cuidados, esa inmensa ternura por Roger? Acaso fuera menos de admirar tanta abnegación en un viejo; pero Mr. de Salcedo era él mismo casi un niño, cuando se consagró á mi hijo. Ha sido verdaderamente su ángel tutelar. ¿Cómo no había yo de decirle que le quería con toda mi alma? ¿Me censuraréis por haberle creído mi mejor amigo?

Hablaba con tal convicción, que no encontré palabras para responderla, á no ser decidiéndome á cantar de plano. Sus ojos parecían decirme: «Pues bien, sí, le he amado desde el día que supe que me torturaban por él. Hasta aquel día había sido inocente, y Gastón es, por lo tanto, legítimo; pero el efecto de las injustas acusaciones de mi marido ha sido lanzarme en los brazos de un hombre más digno que él de mi pasión.»

Si yo hubiera podido creer que aquello era verdad, le hubiera dado sin vacilar mi absolucíon. Pero ¿y la prueba que tenía en contrario? No podía poner ante su vista aquella prueba, que me avergonzaba de haber conquistado en la forma que lo había hecho. No me sentía con fuerzas para presentarla, á no ser en el caso de un peligro extremo para Roger.

Obtuve fácilmente la confidencia detallada de sus entrevistas con Gastón. La Condesa hacía todos los años un viaje á Monteparre con el mayor secreto. Desde allí, vestida de aldeana, iba unas veces á Flamarande, donde entraba por una galería subterránea que conducía al interior del torreón habitado por Gastón y Ambrosio, otras al Refugio, de donde, según ella, se desterraba Mr. de Sa!

cedo por unos días, y otras á alguna feria del país, á la que Ambrosio, acompañado de Gastón, llevaba á vender los caballos domados por Michelin. Por el traje, los conocimientos especiales del campo, el lenguaje y los modales, *Trinidad* parecía hijo de Michelin ó de Ambrosio. Hablaba con desenvoltura el dialecto de aquellas gentes, montaba un caballo en pelo, comía en la taberna y cambiaba pullas con los chalanes. Causaba verdadera sorpresa descubrir en él un hombre perfectamente educado, cuando se encontraba entre sus iguales. La Condesa me contó su última entrevista con él.

—Este año—me dijo—se verificaba nuestra entrevista en una cabaña del monte Mary. Gastón había tenido el capricho de ir á pasar el verano en las montañas con los pastores, y Mr. de Salcedo no le había contrariado, por razones que no me dijo, pero que yo adiviné.

—¿Queréis que trate yo también de adivinarlas?

—Sí; probad.

—El amor ha debido ya hablar al corazón del joven....

—¡Justamente! Pero no es en él el amor una fiebre, como la de Roger, que puede mitigar la primera mujer que se presente, y que ha de ser olvidada al siguiente día. Gastón, educado en aque-

lla atmósfera de salvajismo, con ideas románticas, sueña con el amor exclusivo y eterno. Hacía ya algún tiempo que Mr. de Salcedo le encontraba triste, preocupado y sin gana de trabajar, hasta que por fin le confesó que quería casarse con Carlota Michelin.

—¿Con mi ahijada?

—¡Justo! Es una muchacha encantadora, tan prudente como bonita, y de muy buena inteligencia. Es la discípula de Gastón, como éste es el discípulo de Salcedo, y creo que, moralmente hablando, no es inferior á ninguna otra mujer. Pero Gastón es demasiado joven para casarse, y la posición en que se le ha colocado le proporciona, por otra parte, graves obstáculos. No puede casarse sin presentar una partida de estado civil, y nosotros no podemos decirle que la suya está en la alcaldía de Sevines. Necesitaría un acta de notoriedad expedida en Flamarande, según la cual no tendría otro nombre que el de *Trinidad*, que es con el que siempre se le ha conocido allí. Pero para extender esa acta se exigen ciertas formalidades. En fin, al ver que por lo menos era preciso esperar, mi querido hijo quiso separarse de Carlota y tratar de olvidarla, al menos por algún tiempo. Por ese acto comprenderéis los sentimientos y la castidad de

ese joven educado en la soledad por un sabio, que es al mismo tiempo un filósofo escolástico.

Al aproximarse la época de nuestra cita anual, Gastón se propuso bajar al *Refugio*; pero yo quise sorprenderle en su choza, á la que me condujo Ambrosio al anochecer. El tiempo estaba magnífico. Subían hasta nosotros todos los agradables olores de la floresta; los arroyos parecían entonar con sus murmullos himnos de alegría, y mi corazón palpitaba radiante de ella. Yo enviaba caricias á las estrellas, que tan refulgentes y hermosas se destacan en aquel país; me pongo como loca siempre que me acerco á mi adorado hijo en su destierro. Él no me esperaba aún y dormía. Los perros no habían ladrado, tranquilos al ver á Ambrosio. Éste bajó á la barraca, que no era otra cosa que una especie de cueva abierta en la roca y cubierta de ramas de árboles. Se cercioró de que Gastón estaba solo, y le advirtió que estaba yo allí. ¡Ah, Carlos! ¡Si hubieseis oído el grito partido de su corazón al despertar! El mío se penetró tanto de él, que bendije á Dios que me daba tales momentos de dicha, en medio de mi infortunio. Subió rápido la empinada escalerilla que me separaba de la choza y se lanzó hacia mí de un salto, como un gamo que sale de su refugio.

¡Hace mucho tiempo que no le habéis visto, Carlos; no podéis figuraros lo hermoso que está! ¡Creo que es más guapo que Roger! Sus ojos parecen diamantes negros; sus sedosos cabellos están naturalmente rizados; su imperceptible sonrisa es profundamente simpática. No tiene barba y es más bajo que Roger; pero su aspecto es más fuerte y más varonil que el de éste. Tampoco es Gastón tan expresivo como Roger, ni mucho menos; tiene la gravedad y la circunspección de los aldeanos. No me alroga á besos como su hermano; se tiende á mis pies y pega sus labios á mis manos; pero yo siento en ellas sus lágrimas, y en una sencilla frase suya hay más afecto que en un torrente de palabras cariñosas.

Apenas le había abrazado, cuando Ambrosio, que estaba en acecho, vino en mi busca para ocultarme.

Llegaban otros dos vaqueros de casa de Michelín para relevar á *Trinidad*, que esperando verme en el *Refugio*, había anunciado una ausencia de algunos días.

El cambio de saludos y la instalación de los ganados me parecieron bien largos. Oía la voz de mi hijo dominando con autoridad las otras y los mugidos de los impacientes animales. ¡Me parecía tan

extraña en su boca aquella voz de pastor de las montañas! Le escuchaba con estupor y le veía maniobrar. ¡Qué energía! Tenía miedo por él, porque las vacas estaban impacientes por ver sus terneros, encerrados en un gran establo, y amenazaban no respetar nada. Por fin Gastón hizo como que se marchaba, y se despidió de sus compañeros, resistiéndose á las instancias que le hacían para que se quedase á pasar la noche, diciéndole que si estaba loco para marcharse á tales horas. No pudiendo alejarlos á ellos de allí, había resuelto llevarme á otra parte: á una granja próxima, desierta y medio arruinada. Ambrosio se quedó fuera de centinela, y mi hijo y yo pudimos hablar tranquilos. Al escuchar de nuevo su voz dulce, su puro lenguaje, su pronunciación elegante como la de Salcedo, me maravillaba de aquellas repentinas transformaciones que se producían en él, como si hubiese en mi hijo dos hombres distintos.

—No os sorprendáis— me decía él;—en el fondo no hay más que uno, ó al menos uno que domine, y es el salvaje.

Y me explicó sus tendencias tales como él las comprende y se las explica hasta la fecha. Ama con pasión la naturaleza, y cree que nunca llegarán

á agradarle otros espectáculos; las artes no le entusiasman; las ignora y no siente deseos de conocerlas. Es, sin embargo, artista por sus poéticos sentimientos de las bellezas naturales; pero no se contenta con una admiración vaga. Quiere conocer el cómo y el por qué de las cosas de la naturaleza. Es naturalista apasionado, y por eso se trata de salvaje, porque, según él, la soledad tiene un encanto que lo domina todo y que nunca podrá explicarse. Es— me decía— que ella responde á un instinto misterioso del hombre primitivo, y del que sólo éste puede formarse verdadera idea. Os explico esto como puedo y como sé, amigo Carlos, porque adivino á mi hijo, por más que no le comprendo bien. Yo no soy un ser primitivo; pertenezco á la sociedad que me ha formado para vivir con ella y según ella; pero cuando Gastón me habla del perfume particular que emana del desierto y de cierto orden de ideas que infunden las alturas de la montaña, me conmuevo, me emociono y veo la naturaleza á través de sus miradas.

—¿Y no pensáis—dije á Madame de Flamarande— que este amor de la soledad es en el joven enamorado un deseo de no abandonar los lugares en que vive la hermosa Carlota?

—¡Ah!—respondió ella— ciertamente que algo

hay de eso. Pero yo no debía interrogarle, ni tampoco me hubiera atrevido á hacerlo. ¿Qué había de decirle para hacerle comprender que no es el salvaje que quiere ser, que pertenece á esa sociedad que rechaza, que tiene una familia, un padre, sin cuyo consentimiento no puede, después de todo, disponer de su suerte ni concertar su matrimonio en condiciones normales? Que Mr. de Flamarande quiera ó no, su hijo le pertenece; y no sé hasta qué punto nuestras conciencias, la mía, la de monsieur de Salcedo y la vuestra, nos permitirán romper los lazos de la familia para unir á Gastón con Carlota. Si el día de mañana variase mi esposo de modo de pensar y quisiera reconocer á Gastón, no consentiría jamás en tal boda, y si la encontraba hecha, pediría de seguro su nulidad.

## III.

Estas confidencias de Madame de Flamarande hicieron nacer en mí una idea que me pareció magnífica. La encontraba dispuesta á ceder á las sugerencias de Mr. de Salcedo, que quería adoptar á Gastón y no revelar jamás sus derechos legales al nombre y la fortuna de Flamarande. La pobre madre dudaba, sin embargo, porque conservaba un resto de ilusión sobre el perdón posible de su esposo, y la repugnaba además evidentemente la especie de confesión que implicaba la adopción de su hijo por su amante.

Sus temores y sus esperanzas me parecían igualmente vanos. Mr. de Flamarande no había de alterar nunca su decisión, ni yo había de trabajar para ello, porque me lo prohibían mis convicciones. Madame de Flamarande nada confesaba con guar-

hay de eso. Pero yo no debía interrogarle, ni tampoco me hubiera atrevido á hacerlo. ¿Qué había de decirle para hacerle comprender que no es el salvaje que quiere ser, que pertenece á esa sociedad que rechaza, que tiene una familia, un padre, sin cuyo consentimiento no puede, después de todo, disponer de su suerte ni concertar su matrimonio en condiciones normales? Que Mr. de Flamarande quiera ó no, su hijo le pertenece; y no sé hasta qué punto nuestras conciencias, la mía, la de monsieur de Salcedo y la vuestra, nos permitirán romper los lazos de la familia para unir á Gastón con Carlota. Si el día de mañana variase mi esposo de modo de pensar y quisiera reconocer á Gastón, no consentiría jamás en tal boda, y si la encontraba hecha, pediría de seguro su nulidad.

## III.

Estas confidencias de Madame de Flamarande hicieron nacer en mí una idea que me pareció magnífica. La encontraba dispuesta á ceder á las sugerencias de Mr. de Salcedo, que quería adoptar á Gastón y no revelar jamás sus derechos legales al nombre y la fortuna de Flamarande. La pobre madre dudaba, sin embargo, porque conservaba un resto de ilusión sobre el perdón posible de su esposo, y la repugnaba además evidentemente la especie de confesión que implicaba la adopción de su hijo por su amante.

Sus temores y sus esperanzas me parecían igualmente vanos. Mr. de Flamarande no había de alterar nunca su decisión, ni yo había de trabajar para ello, porque me lo prohibían mis convicciones. Madame de Flamarande nada confesaba con guar-

dar el secreto de su maternidad, y todo quedaba mejor así. Roger sería siempre hijo único, que era ya el solo objeto de mi intervención en la familia.

Pero la Condesa había creado un temible precedente con darse á conocer á su hijo mayor. ¿Era posible que él la hubiese tomado por una aldeana, al verla bajo un disfraz tan impropio de su género de belleza? Me había dicho que jamás había intentado Gastón averiguar nada acerca de ella, y que, á medida que había ido creciendo y comprendiendo las cosas de la vida, había deseado más no saber tampoco nada de sí mismo. Se encontraba dichoso con ver de cuando en cuando á su madre, á quien adoraba; no admitía que ella tuviese que justificarse ante él bajo ningún punto de vista; en fin, maravillosamente amaestrado por Mr. de Salcedo, no tenía ninguna ambición, ninguna curiosidad, y su amor filial se fundaba en la rigidez de una especie de religión romántica que estaba por encima de todas las consideraciones y de todas las preocupaciones sociales.

A pesar de todo esto, cualquier azar podía poner en su camino á la Condesa de Flamarande, y seguro era que entonces reconocería en ella á su madre. En tal caso era lo probable que todo

cambiase de aspecto á sus ojos. Yo soy muy escéptico y no creo que puedan ser eternos ni mucho menos los románticos entusiasmos de la juventud. Un descubrimiento de tal especie había, á mi entender, de despertar la ambición de Gastón y de comprometer la seguridad de su hermano. ¿Quién sabía si en tal caso, y por temor al escándalo, consentiría Mr. de Flamarande en publicar la declaración que me había confiado, por más que no admitiese jamás en su intimidad á aquel hijo ilegítimo y separase también á Roger de él y de su madre?

Me parecía que *Trinidad*, casado con Carlota bajo un nombre cualquiera que se le asignase en la alcaldía de Flamarande, tomaría forzosamente un nuevo estado civil y encontraría luego mayores dificultades para probar que era el niño nacido en Sevines y criado en Niza. Que mis cálculos fuesen ó no ciertos, era cosa que debía intentarse. Sabía por Madame de Flamarande que Michelin no se oponía al matrimonio de su hija con *Trinidad*, que era en resumidas cuentas un buen partido en cuanto á los recursos presentes (yo continuaba haciéndole llegar su pensión), pero que le repugnaba algo la carencia de apellido y de familia en que se encontraba el novio. Michelin tenía á su

modo, ciertas ideas aristocráticas. Había descubierto por los viejos papeles hallados en el castillo, que sus antepasados habían administrado la finca y habitado el castillo desde tiempo inmemorial, y se creía casi noble; de modo que al ver su posteridad entregada á hembras, no le parecía el nombre de *Trinidad* bastante para conservar el antiguo lustre del de Michelin.

Para arreglarlo bastaba una cosa bien sencilla: que Mr. de Salcedo reconociese á *Trinidad* como hijo suyo, ó que procediese á su adopción, á fin de facilitar su matrimonio; pero ¿aprobaría Mr. de Salcedo aquel matrimonio? Eso era lo que yo no sabía, ni la misma señora lo sabía tampoco.

Más sencillo era aún que Michelin, al celebrarse el contrato de matrimonio, diese su glorioso apellido al niño á quien él había criado y educado. Mr. de Flamarande podía hacer un pequeño sacrificio á fin de decidirle á ello. Un dote de cuarenta ó cincuenta mil francos sería para *Trinidad* una fortuna, ante la que se desvanecerían todas las dudas. Yo podría hacer llegar á él este don anónimo, con absoluta ignorancia de todos. Acaso entonces se decidiese Mr. de Salcedo á declararse padre real ó adoptivo del joven, bien fuese para impedir el matrimonio, ó bien para bendecirle.

En cuanto concebí esta idea, me apasioné de ella y recobré mi antigua actividad. Tal vez cediese tan sólo á la necesidad de intriga, que era una fatalidad en mí—como me lo han reprochado más tarde—y que me hacía aburrirme y decaer en la inacción de la vida pasiva. Pero yo creía firmemente servir á Roger y obrar providencialmente en los destinos de la familia.

Preciso me era, para llevar á cabo mi plan, el consentimiento de Mr. de Flamarande, y no había tiempo que perder, porque la Condesa, aprovechando la ausencia de Roger, se disponía á partir para Montsparre. La rogué que difriese el viaje por algunos días, y la ofrecí ir á hacer una última tentativa cerca de su marido. Esta promesa respondía de tal modo á sus deseos, que me manifestó su agradecimiento y apresuró mi viaje á Londres.

Allí me esperaba un acontecimiento que había de poner de nuevo sobre el tapete todas las cuestiones. Mr. de Flamarande estaba gravemente enfermo; la hepatitis había hecho terribles progresos en poco tiempo. Le encontré en cama, presa de vivos dolores. Su descompuesto semblante tenía un color térreo. Había envejecido veinte años en pocos días. Le creí hombre perdido al primer golpe de vista.

Quiso hablarme en seguida, y á pesar de sus sufrimientos mandó que nos dejasen solos.

—El tiempo apremia — me dijo. — Sé que me muero. No escribáis á mi mujer; no puedo ni debo recibirla aquí. Decís que mi hijo está en Moscon ó en Odesa, y también es inútil avisarle, porque no había de llegar á tiempo para verme. Además, me escribe poco y no me manifiesta gran cariño. En cuanto á mí, siento no haberme podido ocupar de él como hubiera deseado; pero ha habido una fatalidad, amigo Carlos, y es, que he querido amar exclusivamente á Roger y no he encontrado en él nada de lo que hubiera deseado. Abandono la vida sin pena. Hace ya algunos años que soy víctima del *spleen* inglés. Acaso me hubiera levantado la tapa de los sesos si la enfermedad no se hubiera encargado de librarme de la existencia. Quería veros antes de morir. Venís, pues, muy á propósito. ¿Conserváis la declaración relativa á Gaston que me hicisteis firmar?

Temí que quisiera confirmarla. Me parecía prevenido en contra de Roger. Tuve miedo por él, y respondí que una vez que el caballo me había tirado en el río al recorrer Menouville, se habían inutilizado todos los papeles que llevaba encima entre los que estaba la declaración.

Pero me había equivocado al inquietarme. El Conde se alegró mucho de la aventura.

—Creo que no me engaños — me dijo; — pero sea como quiera, juradme por vuestra salvación eterna que nunca presentaréis ese documento en favor del hijo adulterino.

Lo juré, por el cariño que tenía al hijo legítimo.

—No habéis dudado — continuó él. — Veo que habéis desistido de vuestras ilusiones sobre la virtud....

Conocí que iba á decir *de mi mujer*, pero se contuvo por un sentimiento de decoro y dijo:

—*De las mujeres.*

Yo no contesté; estaba demasiado convencido de la falta de la señora, para que me atreviese á protestar; pero la tenía demasiado cariño para intentar acusarla. Preferí el silencio.

—Ahora — continuó él — tratemos del porvenir del hijo de Mr. de Salcedo. Habiendo confesado, por decirlo así, su padre, ese muchacho no necesita para nada de mí, y espero que nada hagáis por él en lo sucesivo.

—Perdonad, señor Conde; yo iba, por el contrario, á suplicaros que hicieseis por él algo más. Y le expuse mi plan. Me escuchó con gran aten-

ción, aprobó mi proyecto y me hizo tomar de su secreter cuarenta mil francos, á fin de que no tuviese que figurar esta cantidad en mis cuentas.

Al terminar nuestra conversación se sintió peor y mandó llamar al sacerdote. Cuando volvió á encontrarse solo conmigo, me dijo:

—No puedo ya escribir, pero os encargo que digáis á mi mujer que á la hora de mi muerte se lo perdono todo. Acaso finja que desdena mi perdón, porque abriga la pretensión de ser ella la ofendida; pero no importa: ese es mi deber y lo cumplo.

—¿Pero la indulgencia del señor Conde no llega hasta reconocer á Gastón?

—¡No por cierto! ¡Dios no me manda que mienta!

Estas fueron sus últimas palabras. Luego cayó en profundo letargo y murió aquella misma noche. Bajo su almohada encontré un papel dirigido á mí. En él me donaba cien mil francos y me encargaba que condujese su cadáver embalsamado á Flamarande y lo depositase al lado de los restos de sus antepasados. Declaraba también no haber hecho testamento por no juzgarlo necesario, puesto que la ley protegía convenientemente á su heredero.

Telegrafíé á Madame de Flamarande y á Roger mi partida para Flamarande, en cuanto me permitieron los tristes cuidados que me estaban confiados, abandonar á Londres. Confié al Tribunal competente los intereses de la sucesión. La mujer ilegítima abandonó el hotel, sin mostrar gran sentimiento, pero sin llevarse nada; estaba ya bien provista de todo, según supe más tarde.

Llegué á Calais el 1.º de Agosto de 1862. El servicio de ferrocarriles me permitía ya en aquella época llegar rápidamente á Clermont, desde donde podría transportar con facilidad á Flamarande el féretro de plomo que estaba encargado de escoltar.

Al desembarcar me encontré á Madame de Flamarande, que había creído un deber esperar el cadáver de su esposo, lo cual hacía sin ostentación y sin afectar un dolor simulado, pero religiosa y formalmente. Se llevó el cadáver á una iglesia y se le hicieron funerales. Luego lo hicimos colocar en un vagón especial que lo condujo bajo mi vigilancia á París, donde nuevas exequias reunieron á sus parientes y amigos. Desde allí tomé con mi triste encargo la línea del centro, acompañado también por la Condesa. Roger ha-

bía telegrafiado que se pondría inmediatamente en camino para Francia y que se reuniría á nosotros en Flamarande para presenciar el enterramiento de su padre.

Todo se convino rápidamente, sin reflexionar ni comunicarnos unos á otros nuestros pensamientos. El estilo telegráfico ha suprimido todas las formas triviales, lo que es un gran bien; pero ha suprimido también la voz del sentimiento y el grito de la naturaleza.

## IV.

De aquel modo el destino eludido, combatido y vencido desde hacía veinte años, parecía recobrar sus derechos y conducir imperiosamente á la familia de Flamarande entera á aquellas rocas que habían sido su cuna.

Cada vuelta de las ruedas que me aproximaban al castillo hacía aumentar mi temor de llegar al solemne momento en que habían de encontrarse frente á frente la madre y sus dos hijos, desconocidos el uno del otro, con el padre de Gastón vivo y el padre de Roger inerte, impotente, encerrado en un ataúd de metal, pero presente en el pensamiento de todos, durante aquella crisis suprema que su última voluntad había provocado.

—¿Se había él dado cuenta de este peligro al escoger á Flamarande para su sepultura? ¿Se ha-

bía hecho saltar por encima de todas las consideraciones el deseo de reposar al lado de sus antecesores? ¿Se habría imaginado que ni su mujer ni su hijo, ausentes de Francia entonces, habían de asistir á los últimos honores que se le tributasen? ¿Ó bien había trazado sus últimas órdenes en uno de esos instantes de supremo abatimiento en que el pasado se desvanece como un sueño? Nada me había consultado; sólo obedecer me tocaba, y me había convertido por lo tanto en un ser que había de presenciar pasivamente el inevitable choque. Estos pensamientos rodaban sin cesar por mi cerebro durante las horas que pasé en el vagón mortuorio, frente á frente de Madame de Flamarande. En los otros compartimientos del mismo vagón iban Miss Huret, dos criados de los más adictos al Conde y dos viejos parientes que habían querido acompañar al cadáver hasta Clermont. La señora iba unas veces con ellos y otras conmigo. Continuaba todo lo grave y recogida que exigía la situación, y yo la encontraba reservada hasta el punto de causarme inquietud. Parecía reflexionar profundamente sobre el nuevo horizonte que se abría ante sus ojos; pero no quería manifestar sus temores ni sus esperanzas, y cuando esforzándome para consolarla le decía que se iba á encontrar por primera

vez en medio de sus dos hijos, me sonreía dulcemente, como diciéndome: «gracias», y no respondía.

Yo creía adivinar su pensamiento. No había tomado ninguna decisión. La imprevista muerte de su marido había puesto sobre el tapete todas las cuestiones, y estaba irresoluta. Por fin, al acercarnos ya á Flamarande, y como yo insistiese preguntándola, á fin de obligarla á responderme, en qué sentido deseaba que obrase:

—Mi buen Carlos—me dijo—nada he resuelto aún. ¿Qué puedo yo hacer sin contar con la opinión y con la voluntad de Mr. de Salcedo? ¿No tiene él sobre el niño que ha educado derechos más sagrados aún que los de Mr. de Flamarande sobre Roger, de quien no se ocupaba hace más de diez años? No reconocer á Gastón, sería á los ojos de éste confesar una falta que no he cometido. Me diréis que en reconocerle hay un peligro equivalente, que es el de que crean que no se ha dudado injustamente de mí. Yo no podría justificarme más que acusando á su padre, y no quiero ni debo hacerle maldecir al que le dió el ser. Me encuentro en un callejón sin salida, y ahora comprendo que Mr. de Salcedo tenía razón cuando me suplicaba que no me dejase reconocer de Gastón desde que tuvo

30723

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALEJANDRO REYES"  
ESQUE MONTEFERRY, MEXICO

la edad necesaria para poder conservar el recuerdo de mis facciones; así se lo había ofrecido; pero luego el niño tuvo el crup, estuvo en peligro, y yo acudí sin apenas anunciarme; entonces él empezó á quererme, y yo no he tenido después valor para abandonarle. Voy á tratar ahora de no presentarme á él, y acaso sea posible ocultarle aún que su madre, aquella aldeana, es la Condesa de Flamarande; pero ¿será posible lograr que ignore siempre la verdad, á no ser enviándole á un país lejano en que no pueda encontrarme bajo mi verdadero nombre? Yo no tengo, por otra parte, más que un deseo, y es, que viva á mi lado, sea bajo el nombre ó el título que se quiera. Consentiré en todo, con tal de que no me separen de él por más tiempo. Aceptaré hasta sus sospechas, si á pesar suyo llegase á concebirlas, porque estoy segura de que en ese caso las combatirá contra sí mismo y no me querrá menos por ellas.

—Posible es—respondí yo—que la educación que ha recibido le haga vencer las *inquietudes* que teméis; pero observo que no pensáis más que en las de Gastón, y olvidáis las que puede concebir Roger.

Madame de Flamarande, que iba á mi lado por el camino de la montaña, en tanto que los carrua-

jes que habíamos tomado en Murat seguían al paso al carro fúnebre, ocupados por los demás compañeros de viaje, se detuvo bruscamente, como si acabase de poner una serpiente ante su vista.

—¿Roger? exclamó.—¿Roger dudaría de mí?.... ¡Eso sí que no se me había ocurrido siquiera!.... ¡Ah! ¡No me digáis eso, Carlos! Roger tendrá siempre tanta fe en su madre como en el mismo Dios.

—Verdad es que la señora Condesa puede contar con su ternura mucho más que con la de Gastón.

—No digo eso; pero Gastón no me conoce más que por los instintos de su corazón, y Roger me conoce como á sí mismo. Nunca se ha separado de mí, yo le he criado, me ha visto siempre siendo su apoyo, su ayuda, su bien, todo cuanto se puede ser en el mundo, en todos los momentos de su vida. Roger y yo somos un mismo ser en dos personas. No, no, yo no temo á mi Roger; yo le diré: «Tu padre era raro, ya lo sabes, y quiso educar así á su hijo mayor hasta que llegase á esta edad. Mucho he sufrido con ello, pero me sometí porque temía que hiciese lo mismo contigo.» Roger no me pedirá más explicaciones y adorará á su hermano. ¡Ah! no, no, por ese lado no tendré disgustos nunca.

—Ciertamente que no; pero Roger es muy joven, tiene pasiones, necesidades y costumbre de aspirar á cierta posición en el mundo. El reparto de los grandes bienes que le pertenecen producirá un notable cambio....

—¡Un cambio saludable acaso! Temo mucho ver en posesión de esa gran fortuna á Roger, que es tan joven, tan ardiente y tan apasionado de los placeres. Si tiene la mitad de las riquezas hará la mitad de locuras. No es esa, sin embargo, la cuestión; si no hubiera más que esa consideración, sería nula, porque los derechos de Gastón son imprescriptibles en tanto que no hayamos dispuesto de su estado civil por cualquier engaño que creamos necesario para su felicidad, por más que esto me repugna mucho; ya sabéis que nunca os lo he ocultado. Me parece que vos tenéis las mismas ideas que monsieur de Salcedo, y no os acrimino vuestra solicitud por Roger. Lejos de eso, os lo agradezco, por más que nada pueda decidir aún. Será preciso que lo tratemos en familia, porque también creo necesario conocer la opinión de Madame de Montesparre; os prometo que seréis consultado y que tendremos en mucho vuestra opinión; pero apresuremos el paso, amigo mío; ¡me parece que vamos á encontrar á Roger en Flamarandel!

Yo no esperaba que Roger llegase hasta el día siguiente. Madame de Montesparre, á quien se había avisado por telégrafo, era la que había llegado ya al castillo, y salió á nuestro encuentro acompañada por los Michelin y Ambrosio; ni Gastón, ni Roger, ni Salcedo, estaban allí. Se había preparado el torreón para las dos señoras y sus doncellas. Había dispuestas en él buenas camas con ropas sin estrenar; muebles que yo reconocí por haberlos visto en el *Refugio*; colgaduras y leña seca en las chimeneas. Se conocía que Mr. de Salcedo lo había vigilado todo. En la capilla habían levantado un catafalco de ciprés para colocar el féretro. El cura de Saint-Julien esperaba el cadáver para rezarle responsos. Los funerales y el sepelio debían verificarse al día siguiente. ¿Habría presidido también Mr. de Salcedo estos preparativos? ¿Hacia él los honores á su rival en el santuario de Flamarandel?

Cuando todos estuvieron instalados, acudí á la invitación de los Michelin, que no querían comer hasta que yo fuese, y me presentaron oficialmente á Carlota, que fué á abrazarme llamándome padrino. Era una criatura angelical, la distinción misma, con su vestidito de luto y su aspecto inteligente y afectuoso. Su cariñosa acogida me emocionó profundamente, y el deseo de verla dichosa

se unió en mí al de verla retener á Gastón en el fondo de la montaña. Pronto me persuadí de que nadie conocía la verdad del nacimiento de *Trinidad* más que Ambrosio Ivoine, que lo sabía todo, por más que no dejaba traslucir que lo supiese. Era muy franco, á pesar de su gran habilidad, y yo ví, en la acogida verdaderamente cordial que me hizo, que no tenía la menor sospecha de mi exploración en el *Refugio*.

Era, pues, considerado por aquellas honradas gentes, lo mismo que por Madame de Flamarande y Roger, como el más excelente y delicado de los hombres. Pronto supe que Mr. de Salcedo y Madame de Montsparre tenían de mí la misma opinión. Ambrosio fué quien fumando su pipa conmigo en el jardín, aquella misma tarde, me puso al corriente de mi situación en los respectivos espíritus de todas estas personas.

—Mirad—me decía—cuando hace tanto tiempo os reconocí disfrazado en la *Violeta*, trayendo aquí al pequeño, me figuré que erais un alcahuete que tratabais de ocultar algún secreto de vuestro amo. Creí al principio que el niño era un hijo del señor Conde, habido sin conocimiento de la señora; pero cuando las investigaciones á que me dedicó monsieur Alfonso me dieron á conocer los asuntos de

Sevines, comprendí vuestros sufrimientos durante vuestra estancia aquí, y hasta me expliqué vuestra enfermedad. Habiais hablado durante la fiebre, señor Carlos; me habiais revelado vuestro secreto, creyendo hablar unas veces con el señor Conde y otras con la señora. «¡Es vuestro hijo!—deciais.—¡La señora es inocente, os lo juro! ¡No matéis á ese pobre niño! ¡Dádmelo; yo cuidaré de él y le llevaré lejos, muy lejos, donde nunca volváis á verle!» Y cuando creiais hablar á la Condesa, la jurabais devolverla su hijo en cuanto le hubierais librado del peligro. Así fué como yo me puse al corriente de todo y pudimos encontrarle. Yo fui quien hice saber á todos que vos le habiais traído aquí para salvarle, y que si le ocultabais á su madre, era por no aumentar el peligro. Si yo hubiera deseado haceros hablar entonces, me hubiera sido bien fácil conseguirlo; pero no quería crearos dificultades para con el señor Conde, y creía además que era mejor para el niño que Mr. de Flamarande no desconfiase de vos.

Pregunté entonces á Ambrosio su opinión sobre los amores de *Trinidad* y Carlota.

—¿Cómo sabéis eso?—dijo él.

—Lo sé por la señora, á quien se lo ha dicho Mr. Alfonso.

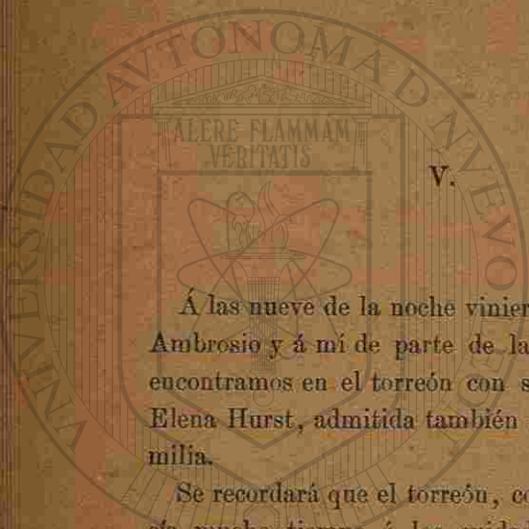
—¡Ah!.... Pues bien; yo creo que este asunto ocasionará disgustos. *Trinidad* ama á Carlota con un cariño muy superior al ordinario; la quiere desde el día en que vino al mundo, y puede decirse que nunca ha querido ni siquiera mirar á la cara á ninguna otra mujer. Así se han educado, sin separarse nunca y sin que nadie pensase en desunirlos. No había mal ninguno en su cariño, ni creo que lo hubiera ahora; pero he aquí que *Trinidad* va á pasar de repente á llamarse el señor Conde de Flamarande, y que este hecho hará imposible su boda con la hija de Michelin. Éste, que se hace ahora el interesante, y á quien no halaga mucho la idea de esta boda, se arrepentirá luego de no haberla acordado la primera vez que le hablaron los muchachos. ¡Por lo menos se humillarán sus humos!

—¿Estáis, pues, seguro de que la señora Condesa no consentirá en ese matrimonio? ¿Quién sabe?

—La señora Condesa es una mujer que no tiene pizca de orgullo, y buena como un ángel; pero ¿y el hermano, ese joven á quien no conocemos? ¿Y los demás parientes y todos esos señores y señoras de su clase? No estoy muy enterado de estas cosas, pero sé muy bien que esos aristócratas que se ca-

san con pastoras sólo se ven en los cuentos y las coplas, y creo que nuestro *Trinidad* experimentará un cambio radical al pasar á ser Mr. Gastón de Flamarande. Sin embargo, no se arreglará el asunto tan fácilmente, creedme. Ese muchacho no se parece á los demás, y cuando se le mete una cosa en la cabeza, es muy terco.

Por estas reflexiones de Ambrosio comprendí que *Trinidad* no había recibido aún los cuarenta mil francos que yo le había expedido desde Londres en el mismo momento en que el señor Conde me los había entregado. Para lograr que llegase á él el dinero que le enviaba todos los años sin que pudiese sospechar su procedencia, me veía obligado á hacerlo pasar por muchas manos, con grandes precauciones. No había creído prudente hablar á la Condesa de aquel don *in extremis*, que tenía por objeto fijar la suerte de su hijo sin consultar su voluntad. No me encontraba obligado á decir que yo lo había provocado, ni siquiera á confesar que tenía conocimiento de él, y no diciéndolo, me libraba de los cargos que por ello pudiesen hacerme, y me evitaba la responsabilidad de las consecuencias.



Á las nueve de la noche vinieron á buscarnos á Ambrosio y á mí de parte de la señora, á quien encontramos en el torreón con sus dos amigos y Elena Hurst, admitida también al consejo de familia.

Se recordará que el torreón, confiado desde hacía mucho tiempo á los cuidados de Ambrosio Ivoine, había sido convenientemente reparado. Ambrosio lo había habitado siempre, desde entonces, en compañía de *Trinidad*, porque Michelín no creyó conveniente que habitase un muchacho en el mismo local que sus hijos. Mr. de Salcedo había cuidado de que aquel viejo torreón fuese para su discípulo una vivienda todo lo alegre que podía ser un castillo feudal. Lo había amueblado y artesonado con el mayor gusto posible,

sobre todo desde la época en que la Condesa había ido secretamente allí para ver á su hijo enfermo. En la previsión de una nueva eventualidad de este género, había preparado un cuarto para ella, además del de *Trinidad*, diciendo á los Michelín que utilizaba aquella habitación para depósito de los muebles que no podía colocar en el *Refugio*. En aquella pieza era en la que se hallaba instalada Madame de Flamarande, en tanto que la Baronesa de Montsparre ocupaba la habitación de *Trinidad*, situada en el piso bajo, porque cada piso del torreón no contenía más que un cuarto de dormir y dos gabinetes.

La señora se dirigió hacia nosotros, nos estrechó las manos, nos hizo sentar, cerró las puertas y aguardó á que Mr. de Salcedo terminase lo que estaba escribiendo. Yo le miraba con curiosidad. Estaba vestido de aldeano, como siempre, y se conservaba tan guapo como le había visto en el *Refugio*; así como la señora estaba tan bella como al día siguiente de su matrimonio. Ella tenía treinta y ocho años y él cuarenta y tres; ésta es probablemente la edad de las mayores pasiones en ambos sexos. La Baronesa de Montsparre no estaba tan maravillosamente conservada como la Condesa; se había puesto algo gruesa; pero vestida

siempre con exquisita elegancia, no representaba más de treinta años, por más que estuviese cerca de la cuarentena. Era una hermosa mujer, altamente simpática y que me pareció aún más seductora y más interesante que otras veces. No merecía, por cierto, la acusación de mujer ligera que el señor Conde había lanzado sobre ella. Había amado únicamente á Mr. de Salcedo y se había sacrificado á él y á Madame de Flamarande sin segunda intención. Había sufrido mucho, y para colmo de sus dolores había perdido á su hijo. Se conocía lo mucho que habían llorado sus hermosos ojos azules. Me parecía encontrar en ella un encanto que no había observado otras veces y que ennoblecía singularmente la expresión de su rostro.

Cuando Mr. de Salcedo hubo escrito dos páginas, se las entregó á Madame de Montesparre, que tomó la palabra y dijo:

—Elena Hurst, Carlos Louvier y Ambrosio Ivoine, vosotros, con el abate Ferras que llegará aquí mañana, y nosotros tres, sois los únicos confidentes de un secreto de que depende el porvenir de una madre y sus dos hijos. Se trata de dilucidar si debéis continuar guardando ese secreto toda vuestra vida, ó si, de acuerdo con nosotros, debéis publicarlo. Haced el favor de decirnos si en el caso

en que nos decidiésemos á guardarlo, os comprometeríais sin sentimiento y sin escrúpulos á conservarlo también.

Elena Hurst habló la primera.

—Prometo—dijo—acatar á ojos cerrados las intenciones y deseos de mi querida señora, sean las que quieran.

—¿Y vos, Carlos?—me dijo la Condesa.

Yo no dudé en prometer guardar el secreto, y añadí que así lo creía necesario por razones que explicaría, si así lo deseaban los demás.

—En seguida las explicaréis—dijo Mr. de Salcedo, que me miraba con atención;—¿prometéis el secreto? pues está bien; gracias. ¿Y tú, Ambrosio?

—Yo, señor Alfonso—dijo Ambrosio rascándose la cabeza—no prometo nada.

Todos quedamos sorprendidos. Yo creía que Ambrosio estaba sometido á Mr. Alfonso como el perro á su amo, y me extrañaron más que á nadie sus palabras.

—Está bien—dijo el Marqués con la mayor tranquilidad. ¿No te han convencido las razones que te he dado?

—No digo tanto; pero la verdad es que no las he comprendido bien. Será preciso que me las repitáis.

—Precisamente se os he llamado para que las oigáis.

É hizo una seña á Madame de Montesparre para que tomase la palabra.

Pero Madame de Flamarande se adelantó con un pequeño exordio.

—Amigos míos—nos dijo—hubiera querido no tomar resolución alguna para el porvenir hasta que estuviera cerrada la tumba del que á todos nos ha trazado deberes tan difíciles de cumplir; pero apremia el tiempo, porque la presencia de Roger hará casi imposibles nuestras explicaciones. Hablemos, pues, en seguida: así es preciso; pero si alguno de vosotros creyese deber vituperar algo en la conducta del padre de mis hijos, le suplico que recuerde que está presente su viuda, que ha venido aquí para rodear su tumba de todo el respeto posible.

En cuanto á mí no era necesaria tal recomendación, porque á pesar de todo, había querido fielmente á Mr. de Flamarande. Elena era demasiado respetuosa para emitir una opinión inconveniente. Ambrosio podía ser el más inquietante; pero Madame de Flamarande ni siquiera le había mirado al terminar su amonestación. Sus ojos se habían fijado involuntariamente en Madame de Montes-

parre, cuya resuelta actitud no anunciaba que estuviese dispuesta á adular al difunto. Elena y yo nos inclinamos en señal de asentimiento. Ambrosio no se inclinó, pero dijo:

—¡Está bien! ¡me parece muy justo!

Madame de Montesparre tomó la palabra, y con voz clara y acento un poco meridional, dijo:

—No será discutida la voluntad cuyas consecuencias sufrimos; pero es preciso observar que esta voluntad pesa y pesará siempre sobre las nuestras, y que no podemos infringirla ni hoy ni mañana sin herir los más puros sentimientos de los dos hijos de Mr. de Flamarande. ¿Consentiría sin escrúpulo Gastón en ser reintegrado en sus derechos contra la expresa voluntad de su padre? ¿Vería sin disgusto Roger aparecer á su hermano, sobre cuya legitimidad abrigaba su padre tales dudas? ¿No se comentarían estos incidentes fuera de la familia con la rudeza cínica que es propia á las opiniones sociales? No, no sería posible librar nunca á la viuda de Mr. de Flamarande de una sospecha, de la que sus hijos sufrirían igualmente el ultraje, que proyectaría una sombra de desconfianza y de tristeza sobre su vida entera, que acaso los arrastrara un día á exponer su vida en defensa de la reputación de su madre..... Vaya,

valor — continuó Madame de Montesparre abrazando á Madame de Flamarande, que lloraba con la cabeza entre las manos; — nosotros creemos decididamente que vuestro deber de esposa y de madre es obedecer á vuestro marido más allá de la tumba, y vos habéis reconocido que nuestro juicio es acertado. Someteos á él por amor á vuestros hijos; su cariño y su dicha os servirán de consuelo.

— Sí, sí, lo sé — respondió Madame de Flamarande estrechando entre las suyas las manos de la Baronesa. — ¡Todo por ellos! ¡Es cosa convenida! Pero dejadme llorar por mí que no podré ver á Gastón más que en secreto y sin abrirle mi alma.

Su dolor nos conmovió á todos profundamente; Mr. de Salcedo se volvió para ocultar el suyo. Yo comprendí que su pecho se llenaba de sollozos como los que se veía obligado á hacer brotar del de madame de Flamarande.

— ¡Oh! — pensaba yo — ¡éste es un hombre honrado! ¡Prefiere hacer sufrir á la que ama, á imponer á su hijo á la sociedad y á Roger!

Ambrosio, que no sospechaba los motivos atribuidos por mí al Marqués, continuaba no comprendiendo. Pidió la palabra.

— Mr. Alfonso — dijo — vos diréis lo que que-

ráis. Sé que os proponéis servir de padre á *Trinidad* y que seréis para él mejor padre que.... ¡perdón! No quiero decir nada del otro..... Ya sabéis que os quiero, que me arrojaría al fuego por vos, pero también quiero mucho á *Trinidad*; perdonad, señora Condesa, ¡también tiene algo de hijo mío! Yo, el viejo Ambrosio, le he enseñado á cazar, á ser buen nadador, á domar potros y á conocer todas las cosas del campo. Le he hecho hablar cuando no quería hablar con nadie; le he llevado á cuestras para subirle á las alturas cuando sus piernecitas eran aún demasiado débiles. Yo he hecho de él el más gentil montañés de veinte leguas á la redonda; y en tanto que Mr. Alfonso educaba su inteligencia, yo le formaba un cuerpo fuerte y hermoso. Soy soltero, como Mr. Carlos; nunca he tenido hijos, y creo que por lo mismo enloquezco por ellos. No opino como Mr. Alfonso, que dice que para ser dichoso basta una buena conciencia y una inteligencia clara. Carámba, perdonadme, yo soy un pobre, me educaron á fuerza de sacrificios, y si he querido tener algo me ha costado mucho trabajo ganarlo. Por eso digo que para ser dichoso es preciso tener bienes de fortuna. Mr. Alfonso no es pobre, pero él mismo nos ha dicho cuando vino á establecerse aquí, que se retiraba de la

alta sociedad porque se había arruinado en el extranjero, y bien vemos, á pesar de su gran caridad, que ejerce en mayor escala de la que le permiten sus recursos, que ha colocado lo poco que le quedaba en un pedazo de tierra, que no constituye, ni mucho menos, un famoso señorío. Cierto que en él se cría grande y buena hierba, pero también lo es que no produce otras rentas. Ahora bien, yo me he hecho esta cuenta: se habla de las rentas de la familia de Flamarande por cientos de miles de francos; *Trinidad* tiene derecho á la mitad de todo, y por razones palaciegas que las gentes como nosotros ni siquiera comprendemos, váis á privarle de lo que le pertenece. Esto no es justo, y por mi fe que no os prometo no decirle, si veo tristeza en sus ojos: ¡pues tú eres el Conde de Flamarande, y nadie más que tú tiene derecho á serlo!

—Está bien, Ambrosio—respondió Mr. de Salcedo, que le había escuchado sonriendo;—pero nuestras razones palaciegas te parecerán más serias cuando sepas que soy, por lo menos, tan rico como era Mr. de Flamarande. Nunca he estado arruinado. Tuve que decirlo así para dar una explicación á mi establecimiento aquí, y desde hace quince años que habito estos lugares, viviendo

como tú sobre poco más ó menos, he atesorado muchas riquezas. Gastón será mi heredero; no encontrará deudas ni tendrá que repartir con nadie. Si Madame de Flamarande lo consiente, continuaré los pasos que ya he empezado á dar, no para reconocerle, puesto que no tengo ese derecho, pero sí para adoptarle con arreglo á las leyes.

—Eso es distinto—replicó Ambrosio.—Sin embargo, el título..... ¡Los nobles estiman mucho sus blasones!

—Ya sabes que Mr. Alfonso es el Marqués de Salcedo, y añadiré, puesto que eso parece que te interesa, que mi padre era Grande de España de primera clase.

—No sé lo que es eso—dijo Ambrosio—pero me es igual. Desde el momento en que mi *Trinidad* ha de quedar tan bien ó mejor que su hermano, nada tengo que oponer, y prometo solemnemente no decir jamás una palabra ni á él ni á nadie.

Así terminó la conferencia.

Todos salimos contentos de ella menos la pobre señora, que parecía aniquilada y nos apretó la mano en silencio con los ojos llenos de lágrimas. Yo me retiraba con Ivoine cuando noté que me tocaban ligeramente en la espalda, y al volverme

vi en la obscuridad á una mujer que me hacía señas de que la siguiese. Creí que era Elena que tendría que pedirme algo para el servicio de la señora.

La seguí hasta cerca del torreón; pero ella se detuvo antes de entrar y me dijo:

—Tengo que hablaros. ¿Dónde podríamos estar solos?

Reconocí á Madame de Montesparre, y le rogué que me siguiese. La hice atravesar los establos y pasamos por delante del pesebre en que yo había depositado en otros tiempos á Gastón. Los animales dormían durante aquella época del año en los prados de la montaña, custodiados por los perros.

Al extremo del establo había una puerta que conducía al antiguo parque. Salimos por ella, y cuando estuvimos á bastante distancia de los edificios,

—Mr. Louvier—me dijo la Baronesa—tengo que hablaros de cosas muy serias y delicadas. Acaso sea demasiado pronto aún; pero yo no puedo ya diferirlo. Es preciso que dé fin á un proyecto que me parece el mejor de todos, el único que no sacrifica á nadie.... más que á mí. Sé lo mucho que se puede esperar de vuestro carácter y

de vuestro buen criterio. Sé que tenéis aquí la confianza de todos, y quiero concederos la mía, si os dignáis aceptarla.

Yo contesté que aquella confianza me honraba infinito, y Madame de Montesparre me habló así:

—Sé, Mr. Louvier, que habéis tenido conocimiento de las cartas escritas por mí en otros tiempos á vuestra señora é interceptadas por su marido. Además, vos estabais en mi casa cuando tuvo lugar aquel terrible altercado entre Mr. de Flamarande y Mr. de Salcedo. Vos sabéis la verdad sobre la causa de aquella disputa, cuyos resultados, después de haber sido tan funestos para Mr. de Salcedo, son hoy tan graves para Madame de Flamarande. Yo no os pregunté esa verdad; no quiero saberla. Vos conocéis mi secreto; es muy sencillo y no tengo por qué avergonzarme de él. He amado vivamente á Mr. de Salcedo; hoy le amo tanto como antes, pero con cariño más tranquilo. No quiero tampoco saber si él continúa amando á Madame de Flamarande, ni si el afecto que ella le tiene es pasión ó agradecimiento. En los presentes momentos veo á esa pobre mujer aniquilada por mortal disgusto ante la necesidad de vivir alejada de su hijo mayor. He aprobado y

apruebo que éste no sea reintegrado en sus derechos de familia; pero lo que no podía decirnos más que á vos, lo que no me atrevería á decir ni á ella misma, es que no hay más que un medio de que la Condesa de Flamarande pueda vivir con sus hijos sin dejar de aparecer irreprochable á los ojos del mundo y á los de Roger: ese medio..... ¿no lo adivináis?

—No veo otro más que un matrimonio, en cuanto pase un año ó dos, entre Mr. de Salcedo, padre adoptivo de Gastón, de origen desconocido, y la señora Condesa viuda de Flamarande, madre del Conde Roger.

—Perfectamente; por medio de esa combinación, nada tendrá el mundo que sospechar ni que decir. Los dos jóvenes podrán conocerse y amarse, y si no se aman, al menos se tolerarán, puesto que no tienen que discutir ninguna cuestión de intereses. Su madre los podrá ver á todas horas y dar el nombre de hijo adoptivo á Gastón. Este tampoco resultará engañado con esto, puesto que la conoce, la ama con verdadero cariño filial, y yo que le conozco bien, sé que aprobará que se ponga á su madre al abrigo de toda sospecha, y que renunciará de buen grado á los derechos que las leyes le conceden, tanto más cuanto que que-

dará perfectamente indemnizado de su pérdida.

Después de un momento de reflexión respondí á Madame de Montesparre que su idea me parecía la mejor de cuantas habían sido emitidas; pero que no había solución posible que no tuviese su parte débil, y que la suya tenía la de no remediar el peligro de las reivindicaciones de Gastón, puesto que conocía á su madre, que había cometido la irreparable imprudencia de verle y de llamarle su hijo.

—Habría que hacer saber á ese joven—añadí yo—que es hijo de una falta; comprenderá que ha nacido durante el matrimonio, y por lo tanto que se le debe reputar nacido del mismo, y no veo que la adopción de Mr. de Salcedo le cree la obligación de renunciar á la herencia de Mr. de Flamarande.

—Perdonad—me contestó la Baronesa—lo he consultado. La adopción puede hacerse con la cláusula de que Gastón, que es mayor de edad, y por tanto puede contratar, renuncie á toda otra ventaja ó herencia que en cualquier caso pudiera corresponderle.

—Entonces, señora Baronesa, hay que reconocer que vuestra idea es excelente; yo la apoyaré resueltamente en el caso en que Madame de Fla-

marande vuelva, por exceso de amor maternal, sobre la decisión que la hemos hecho tomar hace un instante.

—¿Por qué esa restricción, Mr. Carlos? ¿No es buena mi idea en todos los casos?

—Sería muy dificultoso para mí tener que explicaros mi repugnancia á ella; pero su matrimonio con el hombre acusado, con razón ó sin ella, por el difunto marido....

—¡Oh! ¡el difunto marido!—exclamó con viveza la Baronesa. ¡Que Dios le haya perdonado y recogido su alma! En cuanto á mí....

Y se detuvo bruscamente; atravesábamos en aquel momento la capilla, porque no sabiendo que estábamos fuera, habían cerrado la puerta de los establos, obligándonos á volver sobre nuestros pasos y á atravesar la capilla, una de cuyas puertas había de quedar abierta toda la noche para que pudiese entrar y salir el sacerdote que velaba al cadáver. Al pasar por delante del catafalco, que alumbraba tristemente la luz de los cirios, Madame de Montesparre, que iba á lanzar un enérgico vituperio contra el difunto, sintió miedo y se cogió á mi brazo con un movimiento nervioso como si hubiese visto al Conde de Flamarande lanzarse fuera de su ataúd. Yo experimenté una emoción

no menos viva, pero no de temor, sino de sorpresa. El sacerdote no velaba solo. A poca distancia de él estaba arrodillado sobre la tumba del *pastor Gastón*, un joven aldeano, inmóvil y con la cabeza entre las manos, como sumido en el dolor ó la meditación.

—¿Es él?—pregunté en voz baja á Madame de Montesparre cuando salimos de la capilla.

—¿Quién?—me dijo ella en el mismo tono.

—Gastón. No le he visto desde hace muchos años, y no le conozco.

—No me he fijado más que en el sacerdote; pero veámoslo.

Y dió un paso para volverse hácia donde estaba el desconocido; pero al oír el ruido de sus ropas, el joven se volvió y su figura desapareció en la obscuridad.

—No puede ser Gastón—continuó ella—porque está en el *Refugio*.

—El *Refugio* está bien cerca, señora Baronesa, sobre todo por el subterráneo.

—¿Luego lo sabéis todo? Pero ¿por qué había de venir aquí Gastón á rezar ó á meditar?....

—¿Conocéis la leyenda del *pastor Gastón*?

—Perfectamente. Está demasiado relacionada con la historia actual de los Flamarandes, para que la ignore.

—Pues bien, acaso el actual Gastón, que, por el contrario del anterior, sobrevive á su padre legal, venga á preguntarle ante el altar y en el silencio de la noche: «¿soy tu hijo?»

—Pero es menester suponer que sabe su historia. Eso sí que cambiaría el aspecto de todo y echaría por tierra nuestras mejores combinaciones. ¿Cómo saberlo?

—Yo lo averiguaré—respondí;—pero antes es preciso que nos aseguremos de que es él quien está allí.

La Baronesa oprimió de nuevo mi brazo. El desconocido se había levantado y se dirigía hacia nosotros. Se retiraba sin duda. Nos colocamos de modo que pudiéramos verle sin ser vistos. Pasó, y la Baronesa le reconoció perfectamente al reflejo de la luz que salía de la capilla: era Gastón.

—Seguidle—me dijo la Baronesa—y tratad de descubrir sus pensamientos; yo no puedo menos de volverme al torreón. No saben que he salido y podrían cerrar, dejándome fuera. Tratad de arrancar sus secretos á ese muchacho. Es preciso. Mañana nos pondremos de acuerdo.

## VI.

La Baronesa entró de nuevo en el torreón, y yo seguí á *Trinidad* sin esperanzas de alcanzarle, porque creía indudable que se deslizaría por alguna entrada del subterráneo desconocida para mí; pero no contaba con el amor. Gastón tomó la senda que conduce á la poterna, en la que le esperaba mi ahijada Carlota, y yo me deslicé en la obscuridad y pude oír su conversación, que transcribiré en lo que es posible resumir un diálogo de amor.

—¡Gracias á Dios que has venido!—decía la joven.—Estaba ya inquieta. ¿Podrás decirme por qué te manda Mr. Alfonso quedarte en el *Refugio*? ¿Qué ocurre allí de particular?

—Sí que hay novedades—respondió Gastón.—Mr. Alfonso no tiene otra idea que la de que quede sitio en el torreón para alojar á los que han llega-

do hoy y á los que esperan mañana. No me ha prohibido salir de su casa; pero en cambio, escucha y no vuelvas ya á afligirte: ¡nuestros negocios van bien, Carlota mía! ¡Estamos salvados!

—¡Ah! ¡Dios sea bendito! ¿pues qué ocurre?

—Sabes que todos los años recibo, sin saber de dónde ni de quién, pero con seguridad de mi padre, el dinero necesario para pagar mi pensión al tuyo. Sabes también que en una carta habían prometido darme veinte mil francos cuando tuviese veintiún años, á fin de que pudiera establecerme. Yo no recibía nada hace ya tiempo; tu padre creía que me habían abandonado ó que mis padres habían muerto sin poder hacer nada más por mí. ¡Pues bien! Hoy me ha entregado el cartero un sobre que contiene una letra por doble valor de lo que me habían prometido. Por lo tanto, ya soy rico, soy rico, y no dudo que tu padre accederá á nuestra unión.

—¡Oh! ¡de seguro! ¡Qué dicha, Dios mío! Pero entrá á darle en seguida esa noticia; no está acostado aún, y aunque lo estuviera, se levantaría con gusto.

—¡Aguarda! Díme antes que estás contenta y que no despreciarás el triste nombre de *Trinidad*.

—¡Ah! ¿puedes creerlo? ¡Yo que te he querido toda mi vida!

—¡Es verdad, toda tu vida me has amado! ¡Yo á tí también! ¡Ah, Dios mío! ¡qué bueno y qué hermoso es poderse amar siempre así!

—¡Entra, pues! ¿por qué no has venido en seguida? ¿qué hacías en la capilla?

—Necesitaba dar gracias á Dios y.... á mi padre.

—¿A tu padre? ¿Pues qué, le conoces?

—No le conoceré nunca.

—¿Por qué?

—Porque no quiero conocerle.

—¿De veras?

—Indudablemente ha seducido ó abandonado á mi madre.... No hablemos de él.... Procura sin duda reparar en mí su falta.... Ya le he manifestado mi agradecimiento en la capilla, y ahora no debemos pensar en eso....

—Tú no sabes si será él quien te envía esa gran fortuna.

—Preciso es que sea él; mi madre es una pobre mujer, bien educada, pero desprovista en absoluto de fortuna, puesto que me ha dejado aquí para no privarme de los dones de mi padre.

—¿Y te quejas de ello?

—¡Oh, no! yo la bendigo y bendigo mi suerte.

—¿Estás seguro de que no la disgustará nuestro matrimonio?

—No lo verificaremos hasta que ella haya dado su consentimiento. Mr. Alfonso sabe dónde vive; la escribiré y vendrá. Pero estoy seguro de que le agradará y te querrá mucho. ¡Es tan buena!

—¿Conque la conoces? ¡Y me decías que no!

—No podía decir estas cosas á mi Carlota, pero á mi mujer puedo decirselo todo. ¡Vamos, vamos, es preciso que tu padre nos bendiga! ¡Es preciso que sepa que tengo medios para hacerte dichosa, y que me conceda con tu mano el favor que le he pedido!

—¿Qué favor?

—Necesito un apellido, Carlota mía. No quiero que seas la mujer de un desconocido. ¡Quiero el apellido que es más grato á mi corazón: el tuyo! Deseo llamarme *Trinidad Michelin*. Creo que tu padre ha de concedérmelo.

—¡De seguro! pero ¿consentirá todo esto monsieur Alfonso?

—Mr. Alfonso no puede consentir ni impedir nada; así me lo ha dicho hoy mismo. No tiene ningún derecho sobre mí ni sobre mi familia. No conoce á mi padre; ni siquiera sabe si existe. No tiene sobre mí otra influencia que la que le da el gran cariño que me tiene y al que yo correspondo con toda mi alma. Cree que no debo casarme tan

joven, y menos sin consultar á mi madre; pero yo estoy seguro de ella; ya la hablé de ti el año pasado. Ella me aconsejó, como Mr. Alfonso, que esperase. ¿Á qué voy á esperar? ¿Á que tu padre te prometa á otro? Son para él una tentación los treinta mil francos del hijo de Simón el molinero, y es preciso que sepa en seguida que yo soy más rico aún. Mr. Alfonso, que ha pasado aquí la tarde, no sabe aún nada. Ya se lo diré en cuanto vuelva al *Refugio*. Lo que ahora corre más prisa es que lo sepa tu padre. Vamos, pues.

Los dos muchachos pasaron por delante de mí con los brazos enlazados y las mejillas del uno unidas á las del otro.

Carlota apoyaba su cabeza en el hombro de Gastón, que iba orgulloso y triunfante.

Mi plan, fraguado al azar, había sido coronado del mayor éxito, gracias á aquellas circunstancias. Gastón iba á comprometerse solemnemente á permanecer ignorado entre la plebe; y si aquel matrimonio no se oponía en absoluto á su reintegración en la alta sociedad, sería por lo menos un obstáculo más á las últimas esperanzas de su madre.

¡Con tal que Mr. Salcedo no lo destruya todo en este supremo instante!—pensaba yo.—¿Estaría aún en el torreón? Probablemente, puesto que

Gastón había podido marcharse del *Refugio* sin que él lo supiese. Me era imposible saberlo á ciencia cierta, porque el torreón estaba cerrado y Salcedo podía haberse marchado ó marcharse cuando quisiera por el subterráneo, lo que, entre paréntesis, favorecía maravillosamente sus entrevistas más ó menos íntimas con la Condesa. No eran más que las once. Acaso estuviese ya en el *Refugio*, ó tal vez hubiese ido, y al no encontrar allí á *Trinidad*, estuviese volviendo de nuevo á buscarle; pero desde luego asaltó mi cerebro la idea de un peligro más apremiante. Era, en mi concepto, indudable que Ambrosio Ivoine, que había dejado el torreón para ceder sus habitaciones á Madame de Flamarande, no se habría acostado aún.

Debía alojarse en la casa de los Michelin, y acaso estuviese en aquel instante fumando su pipa en compañía del jefe de la familia, que, á pesar de levantarse el primero, era siempre el último que se acostaba. Aquellos dos hombres pasaban muchos ratos en agradable conversación. Michelin no tenía secretos para Ambrosio, y era lo probable que *Trinidad* no los tuviese tampoco. Si Ivoine se enteraba de la resolución del joven, trataría de suspender su ejecución, ó al menos se apresuraría á advertir de ella á Madame de Flamarande. Era,

pues, preciso impedir su acción sobre Michelin y sobre Gastón en aquel momento decisivo. Me apresuré á entrar en la casa, siguiendo los pasos á los jóvenes amantes que me precedían. Me puse á buscar á Ambrosio por el pabellón en que me habían instalado, en la habitación lindante con la principal, destinada á Roger. Aquel viejo cuarto con muebles del tiempo de Luis XIV conducía á otro que servía de comedor y que estaba decorado en la misma forma. En él escribía de ordinario Michelin y llevaba sus cuentas. El buen hombre había quitado de allí sus papeles para ceder la habitación al amo, á quien esperábamos, y el cuarto, bien limpio, estaba bastante confortable, porque como el colono sólo usaba el comedor en los grandes acontecimientos, estaba todo bien cuidado y lo mejor conservado que era posible. Michelin ocupaba con su familia el piso superior, que era muy grande y se hallaba dividido en muchas piezas; pero la familia era tan numerosa, á pesar del matrimonio y la separación, por lo tanto, de dos de las hijas, que era difícil que quedase habitación para Ambrosio en aquel piso. Subí con precaución y con un pretexto preparado para preguntar por Ambrosio. Me detuvo el encontrarme con una criada que con tono servicial me pre-

guntó si necesitaba algo, y me dijo que Ambrosio dormía provisionalmente en el pueblo y que se había marchado ya, ofreciéndose á ir á buscarle si lo creía necesario. La dije que no, y quedé tranquilo sobre aquel punto. Sin embargo, no era cierto lo que me decía; la pobre muchacha se había equivocado. Según supe al día siguiente, Ambrosio no había querido abandonar la finca y se había ido á dormir sobre la hierba de los establos.

Me fui á mi cuarto, abrí las ventanas sin hacer ruido y procuré escuchar con atención. Oí á la criada subir una escalera de madera que conducía al piso de arriba. Todos se habían acostado, á excepción de Michelin y los dos novios, puesto que *Trinidad* no había vuelto á bajar; pero estaban cerradas todas las ventanas y no me fué posible oír ni una palabra de lo que indudablemente estaban tratando. La brillante luna se cernía entre tormentosas nubes y proyectaba en los patios un resplandor intermitente. Los perros estaban en la montaña con los ganados, y sólo uno, viejo é inválido, guardaba la casa; cuando le despertaba algún ruido no habitual, gruñía sordamente, falto de fuerzas para ladrar. Yo le había acariciado para que no dificultase mis movimientos con su desconfianza; él me había seguido y dormía á mis pies sobre una es-

tera, sin admirarse nada de las consideraciones guardadas á su edad y dispuesto á aprovecharse de ellas. Lo que yo no sabía era que *Capitán* (este era el nombre del perro) era muy querido de Carlota, que le hacía dormir á la puerta de su cuarto. Mi ahijada se había olvidado de él en aquella noche de grandes emociones, y *Capitán*, que era muy discreto, esperaba en mi cuarto á que ella le llamase. Así fué que cuando me decidí á subir para tratar de oír algunas palabras á través de la puerta del cuarto de Michelin, el diablo del perro se obstinó en seguirme, en la esperanza sin duda de que iba á conducirlo á donde estaba su ama. Quise cerrarle en mi cuarto; pero el animal pareció recobrar todo el vigor de su juventud para arañar furiosamente la puerta, y tuve que volver á abrirle y renunciar á mi proyecto.

Esperé la salida de *Trinidad*, que no se verificó hasta una hora después. La entrada del pabellón estaba al alcance de mi vista. Carlota le guió hasta allí, se detuvieron ambos en el quicio de la puerta y sostuvieron un corto diálogo, del que no pude oír más que las últimas palabras.

—Es, pues, cosa convenida—decía mi ahijada;—ni una palabra á nadie, ni siquiera á Mr. Alfonso ni á Ambrosio.

—¡Puesto que tu padre lo quiere!—respondió Trinidad.

—Ya has visto que yo he prometido—continuó Carlota—no decir nada á mamá ni á mis hermanos.

—Sí; pero Mr. Alfonso.... En fin, lo he prometido; por tí, Carlota, soy capaz de todo.

Se separaron. Carlota cerró la puerta, y Gastón se marchó por la poterna, cuya llave tenía sin duda. Mi ahijada volvió á subir, llamando con un silbido discreto á su perro, al que me apresuré á poner en libertad, y que corrió hacia ella.

Todo marchaba á medida de mis deseos. Gastón se había comprometido, y sus viejos amigos no sabrían una palabra. El honor y el amor trabajando de acuerdo le retendrían en adelante en Flamarande. Yo me sentía fatigado. Me eché vestido sobre la cama para estar dispuesto á recibir á Roger si llegaba durante la noche. Llegó, en efecto, antes de que amaneciera, y yo fui el primero que oyó la campana, sacudida por su impaciente mano, cuyo vigor reconocí. Corrí á abrirle y me encontré en el camino con Ambrosio que salía del establo y con Michelin medio desnudo. Casi al mismo tiempo ví alumbrarse las ventanas del torreón; la señora había oído también la campana y se levantaba á toda prisa.

Roger corrió en su busca y la encontró en la escalera del torreón. Se dijeron algunas palabras en tanto que se prodigaban multitud de besos; luego Roger, que había tomado un caballo para llegar antes, rogó á su madre que volviese á acostarse hasta la hora de la triste ceremonia, y la prometió dormir también hasta que llegase aquel momento. Se encontraba fatigado por la larga jornada hecha á caballo. Le conduje á su cuarto donde Michelin nos dejó solos, en tanto que Ambrosio se ocupaba del postillón y los caballos. Yo había preparado té, ron y algunos fiambres, á los que mi querido amo hizo bien los honores, en tanto que me contaba que el abate Ferras no se había atrevido á montar á caballo y correr toda la noche al lado de precipicios. Se había quedado en Murat y llegaría probablemente á tiempo para asistir á la ceremonia. Roger me preguntó por su madre; que si había sido muy profundo su disgusto, y que si no había sufrido su salud con el triste viaje que acababa de hacer. Respecto á su padre no me dijo una sola palabra. Evidentemente no encontraba qué decir para manifestar sentimientos de ternura y cariño que el Conde no había sabido ó no había querido inspirarle. No pudo menos de reírse al tratar de subir al monumental lecho que le esperaba, dicién-

do que había en el sitio para él, los dos caballos y el postillón, preguntándome dónde estaba la escala para ganar las alturas de semejante ciudadela; luego tomó carrera desde el centro de la habitación y saltó sobre los colchones, diciendo que aquel era indudablemente el modo y forma de acostarse de los antiguos señores de Flamarande. ¡Jugaba y reía á pesar suyo el pobre muchacho! Yo me entristecí al pensar que su padre había sabido arreglarse de tal modo que su muerte fuera un decreto de libertad para toda su familia, incluso aquel hijo á quien todo lo había sacrificado.

## VII.

A las ocho ya se había levantado Roger y había ido al torreón á buscar á su madre. Yo tuve que vigilar los preparativos de la ceremonia. El cura, que no era joven, no había podido velar toda la noche. El infatigable Ambrosio fué quien, sin querer llamar á nadie, se quedó solo en la capilla hasta el día. Allí le encontré arrodillado con esa piedad aparente de los aldeanos, pero durmiendo con el descuido del bohemio habituado á todo género de ocurrencias y peripecias. Si el país de Flamarande hubiese sido una comarca algo poblada, no hubiera bastado el patio del castillo para contener la gente, porque todos los habitantes y pastores de las cercanías dejaron sus ocupaciones para asistir al espectáculo de un enterramiento señorial. No era, sin embargo, la curiosidad por sí sola

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cód. 1625 MONTERREY, MEXICO

lo que les atraía. Yo averigüé que estaban orgullosos de ver instalar en un desierto las tumbas de sus antiguos señores, y que consideraban como un acto de deferencia hacia ellos la última voluntad del señor Conde. Michelin era el que se mostraba más orgulloso. El castillo de que era guardián tomaba por aquel hecho á sus ojos una importancia muy grande, y no hubiera perdonado á nadie que faltase al recogimiento ó á la gravedad durante la ceremonia.

La señora Condesa había invitado á todas las personas que habían tenido relaciones más ó menos íntimas con la familia, y también á todos los amigos de la Baronesa de Montsparre. Llegaron, pues, unos veinte nobles y otros tantos ricos de los alrededores, unos en carriches y otros á caballo, porque los carruajes de lujo no podían circular por los caminos de Flamarande. Dos sacerdotes de las cercanías vinieron á acompañar en los oficios al cura de Saint-Julien. Yo había hecho llevar hachas y crespones, y la arquitectura romana de la capillita desaparecía bajo las colgaduras de luto. Hubo que dejar las puertas abiertas, porque la nave no bastaba á contener la gente.

Cuando empezaron los funerales, ocuparon la

tribuna señorial que comunicaba con las habitaciones del torreón la señora Condesa, Roger y Madame de Montsparre, todos de luto riguroso, acompañados por Elena y el abate Ferrás que acababa de llegar. La señora me había invitado á estar allí con ellos, pero yo había preferido quedarme en el banco de Michelin, desde donde podía vigilarlo todo y acudir á donde hiciera falta. Busqué con la vista á Mr. de Salcedo, y le ví cerca de la tumba del pastor Gastón, confundido con la muchedumbre. Ambrosio estaba á su lado. *Trinidad* se había colocado más cerca de nosotros con el fin de estar más cerca de Carlota. Rodeaban al féretro media docena de vigorosos montañeses que se habían ofrecido á bajarlo á la tumba en que descansaban los antiguos señores de Flamarande.

La señora Condesa, vestida con la estameña de las viudas, llevaba sobre la cabeza un largo y espeso velo de crespón negro que impedía en absoluto ver su rostro. Estaba inmóvil como una estatua, arrodillada, y las miradas la buscaban en vano. Enteramente oculta por las ropas, hubiera sido imposible formarse una idea de su edad, de su talle ni de sus facciones. Me satisfizo el cuidado que había puesto en no ser reconocida por Gastón; su incógnito era irreprochable. Cumplía

su promesa. Gastón, con el recogimiento propio del acto, é indiferente á todo lo que no fuese su prometida, ni siquiera levantó la cabeza para mirar á las señoras de la tribuna.

¡Pero el destino es inexorable! Acaso parezca demasiado fatalista. ¿Cómo no había de serlo yo que he sido vencido siempre por la fatalidad en mi lucha contra ella? Todo iba bien hasta que llegó el momento de bajar el féretro á la tumba. Yo me apercibí en seguida de que los que lo bajaban no eran en número suficiente para la empresa. Hubieran debido ser diez, y no eran más que siete. Lo dije así en voz alta para que me oyese Ambrosio, que era aún, á pesar de sus sesenta y cinco años, uno de los hombres más fuertes de la comarca. Él me oyó, y atravesando el espacio que le separaba del ataúd, cogió una de las cuerdas. *Trinidad*, obedeciendo sin duda á un movimiento espontáneo de cariño y acaso de solicitud por su viejo amigo, cogió el otro extremo del mismo cable. Mr. de Salcedo se acercó, pero se abstuvo de tocar al féretro. Faltaba aún un hombre. Yo quise ocupar aquel puesto, pero Michelin me detuvo y lo ocupó él, diciendo á media voz á los otros:

—¡Animo, hijos míos! pesa mucho y es preciso hacer un esfuerzo.

Todo el mundo experimentó un momento de ansiedad, y yo ví que Madame de Flamarande se levantaba y separaba instintivamente su velo. La tumba no era muy profunda; pero el peso del féretro era considerable, y las maniobras á brazo son siempre peligrosas. Se reprodujo allí el mismo accidente que ocurrió en los funerales del rey Luis XVIII en Saint-Denis, y en el que una porción de guardias de corps estuvieron expuestos á ser aplastados por el féretro. Una de las cuerdas, la que tenía Ambrosio, se rompió. Ambrosio cayó hacia atrás sobre un grupo que le sostuvo y le levantó; pero Gastón, arrastrado hacia adelante, cayó con el ataúd en la fosa, y un grito de terror, partido del grupo que formaban sus compañeros, fué repetido por todos los asistentes á la capilla.

En aquel momento la Condesa, en pie y con el velo levantado, inclinada sobre la balaustrada de la tribuna, se hubiera precipitado si Roger no la hubiera retenido en sus brazos.

La pobre Carlota había corrido al sitio de la ocurrencia, y se hubiese arrojado á la fosa á no haberla yo detenido.

Aquella siniestra escena no duró más que un instante. *Trinidad* no se había hecho daño de con-

sideración, y se lanzó fuera de la fosa gritando á Carlota y á sus amigos:

—¡No es nada! ¡no es nada!

Tenía, sin embargo, una herida en la frente, de la que corría la sangre, sin que él se apercibiese al pronto de ello.

Carlota se adelantó para restañársela con el pañuelo.

La señora Condesa..... ¡ah! la señora Condesa perdió la cabeza y gritó con voz desgarradora:

—¡Herido! ¡mi hijo herido! ¡Dios mío!.....

—¡Pero no, mamá, si no soy yo! ¡Yo estoy aquí á tu lado—gritó Roger rodeándola con sus brazos, en los que se desvaneció.

Entre él, Madame de Montesparre y Elena la sacaron de la capilla, diciéndose:

—¡Es demasiada fatiga y emoción para ella!

La tribuna quedó vacía.

Todo el mundo se había levantado y miraba hacia ella; Saleado había desaparecido. Gastón permanecía en pie con los ojos fijos en aquella mujer á quien se llevaban, y á la que había reconocido perfectamente. Nunca olvidaré la especial impresión de su rostro en aquella suprema crisis. Era una mezcla de sorpresa, de dolor y de alegría, con no sé qué especie de energía y de resolución

repentina é inquebrantable. Luego, de pronto, al apercibirse de la estupefacción general, preguntó con aire ingenuo y voz vibrante que todos oyeron:

—¿Ha sido la señora Condesa, ó la otra señora, la que tanto se ha asustado? Yo no las conozco.

Aquella pregunta puso fin á todos los comentarios. Todo el mundo creyó que Madame de Flamarande, asustada, trastornada por el dolor y la emoción, y no viendo á su lado á Roger, sólo había pensado en él. Michelin impuso silencio y el féretro fué instalado en la fosa sin más accidentes. Los sacerdotes dijeron los responsos de costumbre, y las señoras y Roger volvieron á presentarse en la tribuna.

La Condesa se había cubierto de nuevo el rostro. *Trinidad* no volvió siquiera la cabeza, y cuando todo hubo terminado, salió con la familia Michelin sin levantar la vista hacia donde estaba su madre. Así pudo terminarse aquel incidente sin que el público se iniciase en el secreto de la familia. Se atribuía todo el terror y el momento de delirio de la Condesa á la grande aflicción que le producía la muerte de su marido; pero Gastón lo sabía todo; no se podía esperar engañarle por más tiempo.

Yo estaba demasiado inquieto para conformarme con perderle de vista. Le seguí, pues, á casa de los Michelin, donde le obligaron á tomar un poco de vino caliente, á pesar de que él no hacía más que reirse del percance que le había ocurrido. Cuando yo entré, me le presentaron, preguntándome si le reconocía, y me dijeron que él se acordaba aún de mí.

—Acaso recordaréis—le dije yo para probarle—que no me queráis mucho y que os negabais responder á mis preguntas.

—No recuerdo nada de eso—me dijo—y os ruego me perdonéis por ello. Ambrosio me dijo ayer que sois muy bueno, y sólo tengo, por lo tanto, motivos para quererlos.

Y me tendió la mano con dulce cordialidad que me emocionó. Recordé lo mucho que le había querido en sus primeros años.

Le examiné cuidadosamente sin que él lo notase, ocupado como estaba en tranquilizar á Susana Michelin, que no había asistido á la ceremonia por tener que ocuparse en preparar la comida y se mostraba muy inquieta por el accidente ocurrido á su hijo adoptivo. Comprendí que aquella mujer le amaba tiernamente y que estaba orgullosa de él.

—Ved—me decía—cómo puede ocurrir una desgracia cuando menos se piensa. ¿No hubiera sido una fatalidad perder de ese modo á un muchacho tan guapo y tan bueno? Yo le hubiera llorado como si le hubiera echado al mundo.

Á pesar de la admiración de su madre y de su madre adoptiva, Gastón no era lo que se llama un hombre hermoso. No tenía la elevada estatura de Mr. de Salcedo, ni las facciones regulares y la tez brillante de Roger; pero era muy simpático, y la simpatía que inspiraba iba en aumento cuando se le observaba largo rato. Su fisonomía revelaba insondables finuras de afección y sensibilidad. Atraía tanto y era tan distinguido, aun conservando su modo de hablar y sus modales rústicos, que comprendí el amor de Carlota y el orgullo de Madame de Flamarande.

Bien pronto escapó á mi atención. Michelin tenía preparada una gran comida. En tanto que en el torreón no se ofrecía más que un *lunch* á los nobles que se habían tomado el trabajo de ir hasta allí y asistir á la ceremonia, todos los invitados por el arrendatario, que eran por cierto numerosos, contaban con la sólida comida que se acostumbra á dar en tales casos en aquella parte de la Francia. Susana y sus hijas lo preparaban todo

con gran actividad; Ambrosio ponía la mesa en una vasta pieza, y *Trinidad*, guarnecido de mandil blanco, llevaba alegremente las soperas y los humeantes platos en compañía de Carlota. Llegaban los convidados presididos por Michelin. Yo iba también á ponerme á la mesa ocupando la presidencia, para la que *Trinidad* y Michelin me habían designado, cuando entró Roger, respondió graciosamente á los saludos que le hacían y se dirigió hacia mí. Yo me levanté, pero me hizo sentar de nuevo, inclinándose á mi oído:

—Come tranquilamente —me dijo,—pero designame al joven á quien ocurrió el percance en la capilla.

No pude ocultar un instante de emoción.

—¿Pues qué le queréis? le pregunté.

—Eso no te importa. No quiero que te molestes. Dime su nombre y yo le buscaré.

*Trinidad* estaba precisamente detrás de mí sirviéndome la sopa, y oía lo que me decía Roger.

—Soy yo—respondió con acento seguro.—Un servidor del señor Conde.

Roger le miró con una curiosidad que me hizo estremecer, y le respondió:

—¡Bien! ven conmigo, muchacho. Tengo que hablarte.

Y salieron juntos.

Yo me sentía profundamente turbado; se me había quitado el apetito, y aprovechando la circunstancia de que aun no se habían sentado todos á la mesa, me levanté. Seguí á los dos hermanos con inaudita ansiedad, y los ví parados y hablando cerca del torreón. Me deslicé en él antes que ellos, encontré á Elena y la dije que iba á ayudarla á servir el *lunch*; pero no entré en la sala en que Madame de Montesparre recibía á los invitados, sino que apercibiéndome por medio de una ojeada por la puerta entreabierta de que no estaba allí la Condesa, gané su habitación. Allí estaba sola, muy pálida, sentada cerca de una ventana y como abstraída en dolorosos pensamientos.

—¡Ah! mi buen Carlos—exclamó al verme.—Iba á mandar que os buscasen. Decidme la verdad; ese accidente....

—No es absolutamente nada, señora, os lo juro por mi honor; pero ocurren cosas más graves. ¿Puedo hablaros un instante?

—Hablad—respondió ella—hablad, amigo mío.

—Señora—la dije á media voz, porque me parecía oír á Roger subir la escalera—lo diré de prisa. Habéis estado imprudente, os subisteis el velo y pronunciateis palabras.... Gastón os ha

visto, y al presente sabe el nombre de su madre.

—Pues bien, entonces—respondió ella con animación—ya puedo verle. ¡Id á buscarle!

—Roger os le trae—dije yo con precipitación—ya están ahí; ¿qué vais á hacer?

—No lo sé; lo que quiero es verle.

—¿Debo retirarme?

—¡No, quedaos!

Entró Roger arrastrando á *Trinidad*, que parecía dudar. Yo hacía señas á la Condesa para que se pusiera de nuevo el velo, pero no lo entendió ó no quiso hacer caso. Roger estaba alegre y decidior como siempre. Me pareció, sin embargo, que había en su expansión algo de febril y de forzado.

—Y bien, mamá—dijo empujando hacia ella á *Trinidad*;—he aquí al herido que tanto te inquietaba. No tiene nada más que un lunar de tafetán negro que le he puesto yo en el ángulo del ojo; eso no le afea; al contrario: parece un adorno de coquetería.

Madame de Flamarande estaba en pie, temblorosa y como dispuesta á lanzarse á su hijo mayor. La mirada respetuosa, aunque profunda, que él la dirigió, la hizo volver en sí, y se dejó caer de nuevo en una butaca, diciendo:

—¡Ah! me alegro mucho de verle. ¡Le creía

aplastado por el féretro! ¡qué emoción tan terrible!

—La señora Condesa es demasiado buena—respondió *Trinidad* en el dialecto de la Aubergnia, —tanto más cuanto que no me conoce. He venido á mi pesar á vuestra presencia; pero el señor Conde lo ha querido así, y me he visto precisado á acceder. Ahora me vuelvo á mi trabajo, rogando á la señora que me dispense; mi padre me necesita.

—¿Vuestro padre?—dijo la Condesa, estupefacta de tanto imperio sobre sí mismo.

—El padre Michelin, el colono de la señora Condesa. Verdad es que no tiene más que hijas; pero á mí me ha educado y me va á dar su nombre, al mismo tiempo que la mano de la menor de ellas, si es que la señora Condesa y el señor Conde, nuestros amos, tienen á bien aprobarlo y considerarme como un servidor del castillo de Flamarande.

Después de aquellas palabras, *Trinidad* saludó, sin esperar respuesta, en la forma que lo hacen los aldeanos, se retiró vivamente y bajó la escalera, en la que resonaban sus gruesos zapatos.

Roger había recobrado su natural y comunicativa alegría.

—Y bien; ya ves, querida madre, que el muchacho no tiene ganas de morir. Se va á casar con la ahijada de Carlos, según me ha dicho hace un momento. ¿Lo sabías tú?

—No — respondió la Condesa conteniendo su emoción; — Carlos no me lo había dicho.

—Tampoco yo lo sabía — respondí yo.

—Pues yo no lo invento — continuó Roger. — Él mismo me lo ha dicho al atravesar el patio. ¡Diantre! ¡Y es muy guapa tu ahijada! La ví en la capilla, y ahora me explico el grito que dió.... ¡Es una verdadera alhaja! ¡No es desgraciado en amores ese arrogante mozo! Vamos, mamá, sonríe un poco; ya se ha pasado tu inquietud. Es preciso que tomes algún alimento; estás débil, y todas esas solemnidades fúnebres han quebrantado tus nervios. No te ocupes para nada de los invitados; la Baronesa cuidará de ellos, y yo voy á ayudarla en esa tarea.

—Ocupate de tí — respondió la Condesa. — Ve á desayunarte; te lo ruego. Me encuentro muy bien ahora; mi cabeza está ya firme, y no me explico el terror que experimenté.... ¡Anda, anda, hijo mío!

—Sí, pero á condición de que Carlos se encargue de hacerte tomar lo que voy á enviarte. Prométeme que lo tomarás.

—Sí, sí; te lo prometo.

Salió Roger, y yo le seguí para llevar algunos alimentos á la Condesa. Emplé algunos minutos en escoger lo que más pudiera apetecerla y nutrirla, dado su estado de aniquilamiento. Al volver á subir la escalera observé que estaba abierta la puerta del cuarto de la señora, cuya puerta había yo cerrado, y aligeré aun más el paso para ver lo que ocurría. *Trinidad*, más astuto y más ligero que yo, preciso es reconocerlo, había dejado abajo sus gruesos zapatos y vuelto á subir, acechando el momento oportuno para entrar, sin ser visto, en el cuarto de su madre. Estaba á sus pies y la decía:

—Está tranquila; no quiero saber nada; soy dichoso con adorarte, y siempre seré mudo. ¡Procura tú ser prudente!

Tosí para advertirle mi presencia, y escapó. Yo fingí no haberle visto. Encontré sollozando á la Condesa.

—¡Ah! todas estas emociones os quebrantan — la dije.

—No, amigo mío — respondió ella; — ahora me encuentro consolada; le he abrazado; de lo que lloro es de alegría. ¡Hijo querido! ¡qué alma tan noble! ¡qué cariño tan sublime! ¡qué fuerza

de voluntad! ¡Es verdaderamente digno de admiración!

—La señora no habrá cometido la imprudencia de decirle....

—Nada, nada. No me hubiese dejado decir nada. Lo que he adivinado es que se cree hijo de Salcedo y se enorgullece de ello.

—¡Que lo crea!—exclamé yo.—¡Oh! que lo crea, y siendo como es hombre de honor, todo se ha salvado. No sabe á punto fijo su edad. Que ignore, pues, por el cielo, que ha nacido durante vuestro matrimonio.

—¿Pensáis como siempre en librar á Roger de un reparto? Sí; esa es vuestra idea fija, mi buen Carlos. No os recrimino por quererle más que al otro....

—Pienso en algo más importante aún para la señora Condesa. Si Gastón tiene veintitres años, la señora ha amado estando soltera á un hombre al que sus padres no han querido unirla. Si no tiene más que veintiuno, la señora ha faltado á la fidelidad conyugal.

—Sí, tenéis razón—dijo ella con acento desdenoso;—sí, he sido una joven sin pudor; mi falta parecerá menos grave á los ojos de Gastón, ya que es preciso que mienta y sea en todo caso una

madre culpable. ¡Ah! ¡qué triste porvenir me ha creado Mr. de Flamarande! Voy á hablaros con entera franqueza, Carlos. Todo se lo hubiera perdonado, hasta el quitarme mi hijo y causarme la terrible desesperación de creerle muerto; pero condenarme á enrojecer perpetuamente en su presencia, ¡ah! eso es lo más cruel de cuanto puede imaginarse. Quiero creer que él mismo no previó todas las consecuencias de su injusticia.

—No digo que el señor Conde no haya sido demasiado riguroso.... pero vos misma habéis dicho que es preciso dejar en paz sus cenizas, apenas frías aún.

—Tenéis razón; hablemos del porvenir de Gastón y no del mío. ¿Es cierto que Michelin le ha prometido que le dará al mismo tiempo su hija y su apellido?

—La señora no tiene por qué inquietarse. Michelin, que es amigo mío, me lo hubiera confiado. Gastón lo ha dicho por evitar las sospechas de Roger, á quien indudablemente había intrigado mucho vuestro grito maternal.

—¡Roger tendría sospechas! ¡Tan pronto! Yo no había preguntado por *Trinidad*, ni siquiera le había nombrado; hablaba tan sólo de un hombre al que había visto con el rostro ensangrentado, y

preguntaba por vos para saber la verdad. Roger me ha traído á su hermano movido por su propio impulso. Tratad de averiguar á toda costa lo que piensa Roger.

— No piensa ya en nada, señora, y sería imprudente interrogarle.

— Vigíladle al menos, tratad de adivinar sus ideas.

— Esté tranquila la señora; trataré de hacerlo.

— ¡Dios mío! — dijo la Condesa, secando sus ojos enrojecidos por el llanto y esforzándose en comer con sumisión conmovedora. — ¡He aquí una nueva ansiedad, otra agonía que empieza! — ¡Me creía tan segura de la confianza y de la abnegación de Roger! ¡No habrá tormento en este mundo que yo no sufra!

## VIII.

Cuando Roger volvió al lado de su madre, corrió á mi vez á almorzar con *Trinidad*, que había acabado de servir á sus huéspedes, y que salió á mi encuentro comiendo con gran apetito y radiante de alegría bajo su delicada capa de reserva y de discreción. Aquel joven me encantaba cada vez más; él conoció bien pronto que le quería y me habló con confianza. Habíamos dejado en la mesa á aquellos convidados de buena ley que continúan bebiendo sin dejarlo hasta que caen debajo de la mesa. *Trinidad* me había seguido al cuarto de Roger, que aun no había yo tenido tiempo de poner en orden, y me ayudaba á hacer su cama con la mayor naturalidad y sin mostrar servidumbre ni orgullo.

No pude menos de decirle:

—Hacéis lo que yo, Mr. Trinidad; aceptáis las funciones que prepara la casualidad. Hace ya tiempo que dejé de ser ayuda de cámara; pero cuando se presenta la ocasión, sirvo con mucho gusto á mi joven Conde. En cuanto á vos, señor arrendatario, nunca habéis servido ni serviréis á nadie más que en los límites de la hospitalidad.

Gastón se sonrió, y dejando por primera vez en mi presencia su acento rústico,

—Todas esas diferencias—me dijo—son demasiado sutiles para mí. El servir á los que se quiere es la cosa más natural del mundo, y yo siempre he servido aquí á mis padres adoptivos y á sus amigos. En el campo, el criado y el amo viven como iguales, y buena prueba es de ello que el criado de la granja se casa con frecuencia con la hija del arrendatario. Y por cierto que al hablar de esto se me ocurre reparar un olvido, Mr. Carlos; no os he pedido vuestro consentimiento para casarme con vuestra ahijada, y aquí en los campos, donde las cosas se toman en serio, un padrino es un segundo padre.

—¡Ah! querido—exclamé yo—por mi parte no ha de haber oposición; ¿pero es ya cosa decidida ese matrimonio? Se lo habéis anunciado ya á la señora Condesa, y sin embargo, Michelin, que

antes me lo consultaba todo, no me ha hablado aún una palabra de este asunto.

—Seguramente os hablará hoy ó mañana, en cuanto le dejen respirar un instante. Hoy mismo ha tenido que trabajar bastante para librarse de un pretendiente, al que no había dicho aún que no, un tal Simón, hijo del molinero de Saint-Julien, guapo muchacho, rico para ser un aldeano, y que pensaba casarse con Carlota. El pobre se ha encontrado con que yo soy más rico que él, con que Carlota me ama y con que el padre Michelin no quiere disgustar á su hija ni á mí tampoco. Mi futuro suegro me había hecho jurar no decir á nadie que había consentido en nuestra boda hasta que él tuviese ocasión de despedir al pobre Simón. Como ya lo ha hecho, queda levantada la consigna, pero sólo para los amigos. Creo que en todos los países es costumbre no anunciar los matrimonios hasta que están próximos á efectuarse. No habrá quien se oponga al mío, puesto que no tengo familia; pero existe una persona á la que quiero más que á mi vida y á la que debo consultar.

—¿Mr. Alfonso?

—Sí; vos han dicho que él me ha educado?

—Con mucha ternura.

—Se lo debo todo, puesto que le debo mi alma,

un alma que acaso hubiera estado siempre dormida sin poder alzar su vuelo. Él ha querido siempre mi dicha y la querrá también ahora. Esta noche le hablaré en el Refugio, es decir, en su casa, porque me dijo esta mañana que no estaría allí durante el día.

De estas palabras, dichas con la mayor buena fe, deduje que Mr. Alfonso estaba en el torreón oculto en algún cuarto donde las señoras le consultaban en secreto sobre cualquier incidente, á no ser que le hubieran presentado ya á Roger como un amigo de la Baronesa. No quería interrogar á Trinidad sobre este delicado punto, pero me prometía dirigir con destreza la conversación, de tal modo que me dijese todo cuanto supiera sobre el particular. No sabía, por cierto, mucho, ó era muy reservado, porque me fué imposible hacerle decir nada más que lo que me había dicho.

Nos sorprendió Roger, á Gastón encendiendo la chimenea y á mí limpiando su traje. Habiendo partido los visitantes, iba á quitarse el traje negro y pedía el gaban para pasar la tarde á gusto con su madre. Gastón se encargó de presentárselo. Roger no le había apercibido al entrar, y experimentó un movimiento de sorpresa.

—¡Ah! ¡ah! mi futuro arrendatario—dijo intro-

duciendo el brazo en una de las mangas de su abrigo y mirando á Gastón. ¿Sois vos quien me sirve de ayuda de cámara? Es demasiado honor para mí.

—Para mi es un gran placer—respondió Gastón, al ir á buscar la corbata de color de su hermano.

Había vuelto á tomar el acento del país, y debo confesar que á la par que el acento, tenía el arte natural de transformarse de pies á cabeza, como si tuviese á su servicio dos naturalezas distintas. Roger le seguía con la vista.

—Es gracioso este muchacho—me dijo en voz baja. ¿Qué efecto te hace?

—El efecto de un excelente chico y el de un bravo aldeano.

—No tan aldeano—continuó Roger;—es un tipo híbrido. Quédate, dijo á Gastón, que hacía ademán de marcharse. ¿Quieres fumar un cigarro con nosotros?

—Muchas gracias; no sé fumar.

—Prueba.

—Ya he probado, pero me emborracha, y á mi edad no hay necesidad de eso para....

—¿Para estar loco? Efectivamente, tú estás loco de amor, ¿no es cierto?

—Sí, señor—respondió Trinidad con tono dulce y serio que hizo reír al joven Conde.

—¡Y es hermosa tu prometida, diablo! Debes estar celoso de ella.

—No, señor; la conozco demasiado.

—Entonces ¿permitirás que la galanteen?

—No, señor.

—¿Qué harías al que la pidiese un beso ó dos?

—Le rompería la cabeza—respondió tranquilamente Trinidad.

—¡Hola! ¡hola!—dijo Roger riendo.—Me diviertes, me agradas con tu aire de pichón celoso y tus manos de.... ¡Calla! ¡qué manos tan pequeñas! Mira, mira, Carlos; éstas no son manos de aldeano!

—Aquí en la montaña tienen todos las manos y los piés pequeños—respondí yo.

—Y sin embargo, se dice que eres el más fuerte del país—continuó Roger dirigiéndose á Gastón.

—Hasta que se presente otro más robusto.

—¡Veámos!—exclamó Roger, que se había ejercitado mucho en la gimnasia y tenía con justicia la pretensión de tener buenos músculos; pon el codo sobre la mesa, así como yo, y á ver si logras que tu mano vuelva la mía hacia atrás.

—¿Hasta el hombro?—preguntó Gastón sonriendo.

—¡Si puedes!—respondió Roger con tono burlón. La prueba no fué larga.

—¡Diablo!—dijo Roger. ¡Y sin hacerme daño! ¡con mucha finura! Esa es la verdadera fuerza. Me doy por vencido, muchacho. No besaré á tu prometida, al menos cuando tú lo veas.

—Ni cuando no lo vea tampoco—dijo Gastón con su acostumbrada dulzura.

—¿Crees que tendría miedo?

—No, no tendríais miedo á nadie más que á vos mismo.

—¡Hola! ¿cómo sabes tú esas cosas?—exclamó Roger estupefacto; porque *Trinidad* había dejado su acento rústico, cosa que le sucedía sin pensarlo, cuando tenía necesidad de expresar una idea elevada, para la que no encontraba palabras en el vocabulario de los aldeanos.

—Quiero decir—continuó Gastón sin turbarse—que no os creo capaz de hacer nada que sea innoble ni malo. Vuestro porte os abona.

—¡Calla, calla!—dijo Roger conmovido.—Siéntate, siéntate aquí y dime dónde has aprendido.... á hablar y á comprender.

Yo me apresuré á decir á Roger que aquel jo-

ven había sido educado por un naturalista que habitaba en las inmediaciones.

—¿El señor Marqués de Salcedo?—dijo Roger.—  
Acaban de presentármelo en el torreón.

É inclinándose á mi oído añadió:

—El amante de la Baronesa. Eso salta á la vista.

—Vamos, ya estáis vestido—le dije yo—y es preciso que volváis al lado de vuestra madre, que ya debe estar cansada de visitas y deseosa de veros á solas, después de una ausencia de seis meses.

—Tienes razón—respondió;—pasaré una hora con ella; luego me acostaré temprano, porque la carrera de anoche me ha dejado molido. Ya nos veremos—dijo á *Trinidad* tendiéndole la mano.

—Con mucho gusto—respondió el joven con tono muy afectuoso, en el que creí ver dibujarse profunda emoción.

Evidentemente aquel bravo corazón adoraba ya á su hermano, y decidido á no disputarle nada nunca, se daba el placer de servirle para tener el gusto de estar más tiempo á su lado.

## IX.

Yo seguí á Roger al torreón para impedir que volviese á unirse con su hermano en el patio. Veía al joven Conde tan preocupado de aquel aldeano, que temía cualquier descubrimiento funesto á la tranquilidad de su madre. Madame de Flamarande estaba en el torreón acompañada por la Baronesa y Ferras. Mr. de Salcedo se había marchado ya. La señora me rogó que me quedase un poco, y yo acepté, porque lo importante por el momento era vigilar á Roger y estar dispuesto á explicarle todo lo que le pudiera parecer raro. Se hablaba de partir al día siguiente para Monteparre. Roger se opuso, diciendo que no quería abandonar tan pronto aquellas curiosas rocas de Flamarande, que probablemente no volvería á ver más.

No era aquél el sitio más á propósito, según

ven había sido educado por un naturalista que habitaba en las inmediaciones.

—¿El señor Marqués de Salcedo?—dijo Roger.—Acaban de presentármelo en el torreón.

É inclinándose á mi oído añadió:

—El amante de la Baronesa. Eso salta á la vista.

—Vamos, ya estáis vestido—le dije yo—y es preciso que volváis al lado de vuestra madre, que ya debe estar cansada de visitas y deseosa de veros á solas, después de una ausencia de seis meses.

—Tienes razón—respondió;—pasaré una hora con ella; luego me acostaré temprano, porque la carrera de anoche me ha dejado molido. Ya nos veremos—dijo á *Trinidad* tendiéndole la mano.

—Con mucho gusto—respondió el joven con tono muy afectuoso, en el que creí ver dibujarse profunda emoción.

Evidentemente aquel bravo corazón adoraba ya á su hermano, y decidido á no disputarle nada nunca, se daba el placer de servirle para tener el gusto de estar más tiempo á su lado.

## IX.

Yo seguí á Roger al torreón para impedir que volviese á unirse con su hermano en el patio. Veía al joven Conde tan preocupado de aquel aldeano, que temía cualquier descubrimiento funesto á la tranquilidad de su madre. Madame de Flamarande estaba en el torreón acompañada por la Baronesa y Ferras. Mr. de Salcedo se había marchado ya. La señora me rogó que me quedase un poco, y yo acepté, porque lo importante por el momento era vigilar á Roger y estar dispuesto á explicarle todo lo que le pudiera parecer raro. Se hablaba de partir al día siguiente para Monteparre. Roger se opuso, diciendo que no quería abandonar tan pronto aquellas curiosas rocas de Flamarande, que probablemente no volvería á ver más.

No era aquél el sitio más á propósito, según

decía, para decidirse á pasar en él el resto de su vida; el país era triste á más no poder; el castillo, espantoso, y las circunstancias no tenían nada de alegres. Pero, á pesar de todo, añadía, es un lugar interesante para nosotros, puesto que es la cuna y la tumba de los Flamarande, y me agradaría conservar en la memoria sus recuerdos. Llegué aquí de noche; hoy no he tenido un momento en todo el día para recorrer estos alrededores; quedémonos veinticuatro horas más, querida mamá, si esto no te desagrada demasiado.

—Me encuentro, por el contrario, muy bien aquí—respondió la Condesa, que no resistía al deseo de volver á ver á Gastón.

Madame de Montesparre, más prudente, respondió á Roger:

—Niño mimado—le dijo—sabéis que vuestra madre os respondería que eran rosas, aunque estuviese acostada sobre espinas, á pocos descos que manifestarais de dejarla allí; pero ¿cómo podéis suponer que ella se encuentra bien aquí?

—Que se traslade á mi cuarto del pabellón grande—continuó Roger;—es una antigüalla muy curiosa. Tapicerías, baúles, aparadores, nada falta allí, y el comedor es de un gran estilo. He dormido como un rey en una ciudadela de ocho pies cuadra-

dos, y puedo asegurar que no hay ratones, puesto que aún se conservan sus cortinas.

—Es cierto—respondí yo;—pero hace falta vuestra edad para poder dormir tranquilo en medio del ruido de la quinta, y temo que esta noche sea interrumpido vuestro hermoso sueño de los veinte años por los cantares de los convidados de Michelin.

—¿Cómo! ¿esos estúpidos piensan cantar y beber toda la noche en medio de nuestro duelo? Yo los llamaré al orden. Te lo aseguro.

—No, hijo mío; eso sería inferirles un agravio. Sus cumplidos consisten precisamente en beber á la memoria de los muertos y á la prosperidad de los vivos; acabas de hacer grandes viajes y debes haber aprendido que en todas partes es preciso someterse á las costumbres, por más que nos parezcan raras ó nos disgusten.

—Tienes razón, como siempre, mamá, tienes razón; pero ya que te veas obligada á pasar esta noche aquí, parte mañana para Montesparre, y déjame quedar en Flamarande uno ó dos días. Es preciso que conozca mis dominios, porque éstos son mis dominios, y nunca tendré otros tan seguros.

—Yo no quiero partir sin tí—respondió la Con-

desa.—¡Hacia ya tanto tiempo que no te veía! Prefiero quedarme un día más.

Y dirigiéndome una mirada que aludía á Gastón, añadió:

—¡Veinticuatro horas pasan tan pronto!

Por fortuna, Madame de Montesparre no quiso ceder.

—Vuestra madre ha sufrido mucho hoy; puede decirse que ha estado enferma—dijo á Roger;—no comprendo que insistáis en que se quede en este castillo tétrico y en este país frío, cuando os es tan fácil volver desde Montesparre en cuanto pasen unos días.

Roger cedió, pero trató de incomodar á Madame de Montesparre. La conocía desde hacía ya algún tiempo, de haberla visto en París en casa de su madre, en la que había reaparecido desde que el Conde habitaba en Londres, y la quería más por lo mismo que su padre le había hablado de ella con desdén. Sin embargo de las irónicas insinuaciones del Conde, le había quedado la idea de que la Baronesa tenía ciertos amores en Aubernia, y aquel día en que había conocido allí al hermoso Salcedo no cesaba de aludir á sus cabellos blancos y á su traje de color marrón. Como tenía buena conversación é inmejorables formas, no hería nun-

ca con sus expresiones, y tanto menos cuanto que encontraba hermosa á la Baronesa, y mezclaba la galantería con los equívocos y las pullas, de tal modo que la Baronesa no podía menos de reirse, cosa que hacía también Madame de Flamarande, acaso para disimular el disgusto que sentía.

—Señora Condesa—la dije, aprovechando un momento en que Roger estaba en el balcón con la Baronesa—es preciso partir cuanto antes. Roger empieza á sentir amistad por Gastón.

—¡Hijos queridos!—respondió ella.—¡También me estará prohibida la dicha de verlos quererse!

Roger se retiró á las ocho, resignado á partir á la mañana siguiente. La Condesa me retuvo para decirme:

—No puedo, sin embargo, partir de Flamarande sin saber lo que Salcedo habrá dicho á Gastón para impulsarle á que retrase ese matrimonio, en el que ni el Marqués ni yo hemos consentido. ¿Tenemos ni él ni yo el derecho de permitir al Conde, al verdadero Conde de Flamarande, que se case con una aldeana, sin saber lo que hace, ni la posición ni el enlace á que podría aspirar? No; nosotros no podemos ni debemos hacerlo. Vos mismo, Carlos.... y los demás que conocen el secreto de su nacimiento, no podéis, en conciencia, dejarle

abandonado de ese modo á los azares de la vida. En cuanto á mi, por más que diga Mr. de Salcedo, cuya opinión tengo en mucho, y á pesar de las reflexiones de la Baronesa y de mi confianza en su tierna amistad, no puedo acabar de resolverme á sacrificar á Gastón y á dejarle engañar. Si descubre la verdad, y no dudéis que la descubrirá, pues no creo que tal atentado pueda ser justificado por el éxito, ¿qué reproches podrá dirigirme con justicia? ¿No pensará que le he sacrificado al cobarde temor de que se dude de mí, cuando mi alma, fuerte con su inocencia y su derecho maternal, hubiera debido protestar contra la resolución que nos separa? Quieren que marchemos mañana, está bien; pero no iré más allá de Monteparre y volveré sola. Cuento con vos para acompañarme de nuevo aquí. Es preciso que vuelva.

Hablaba con una energía que jamás había yo visto en ella. La pregunté si había quedado Monsieur de Salcedo en volver para darla cuenta de su conferencia con *Trinidad*.

—No—respondió ella;—ha decidido nuestra rápida partida y se ha despedido de nosotros, prometiéndonos que dentro de pocos días iría á Monteparre á darnos cuenta de todo.

—¿Pues qué teméis entonces? Irá, de seguro; no

tiene motivos para ocultarse, y os informará de todo. Lo más importante por ahora es alejar á Roger de Gastón.

—El peligro no es tan grande como creéis; Roger no abriga aún dudas arraigadas, y si las tuviese, Gastón sabría ser impenetrable.

En tanto que así me hablaba, recorría agitadamente la habitación; de pronto se detuvo y me dijo:

—¡Quiero ver á Salcedo, quiero verle en seguida; no partiré sin haberle visto! Mi conciencia de mujer y de madre se rebela contra las promesas que me arrancaron anoche. ¡Dios me prohíbe mantenerlas!

—¿Queréis ir al *Refugio* estando allí Gastón?—exclamé.

—No son más que las ocho, y Gastón no irá hasta las diez. Tenemos tiempo; venid conmigo, Carlos. Deseo saber lo que Mr. de Salcedo piensa decir á mi hijo, y decirle á mi vez todo lo que pienso de sus proyectos.

A pesar de mi temor de dejar juntos en el pabellón á Gastón y á Roger, no podía menos de obedecer á la Condesa, si quería estar al corriente de sus últimas resoluciones. Madame de Monteparre se había retirado á su cuarto. Elena esperaba en

el gabinete inmediato á que la señora la llamase para ayudarla á desnudarse.

—Acostaos, Elena—la dijo la Condesa.—Voy al *Refugio*; no me esperéis, dormid bien y no estéis inquieta por mí, porque me acompaña Carlos.

Luego tomó de uno de sus baúles una linterna de bolsillo y me la entregó, rogándome que la encendiese. Yo ignoraba en absoluto el camino que íbamos á tomar. La señora abrió un gran armario incrustado en la pared, hizo girar por medio de un resorte el tablero posterior y me enseñó una estrecha escalera abierta oblicuamente en el muro. Yo empecé á bajarla, andando de espaldas para alumbrar á la Condesa.

—Os váis á caer—me dijo ella;—no bajéis así. Yo conozco bien este paso y no necesito luz; bajad tranquilo, que ya os sigo.

A los pocos minutos me sorprendió un ruido que oía bajo nuestros piés.

—Estamos atravesando el torrente; pasamos por encima de la arcada de rocas, bajo las cuales se pierde. Nadie más que nosotros conoce este paso, que es una obra antigua y muy sólida. Ambrosio fué quien lo descubrió, y él solo y secretamente restableció la comunicación con la habitación que ocupó, que era la de los antiguos señores.

Entonces me expliqué la causa de la insistencia de Ambrosio en hacer los trabajos de reparación del torreón é irse á habitar en él. Recordé también sus fantásticas desapariciones durante la época de aquellos trabajos.

Llegamos á un sitio en que la Condesa me pidió la linterna y pasó delante.

—Aquí es preciso evitar una sima. Por eso encontraremos una puerta muy sólida que Mr. de Salcedo ha hecho poner para preservar á los curiosos del peligro de una exploración, y al mismo tiempo para conservar el secreto de este paso que sólo nosotros y Gastón y Ambrosio conocemos. Bueno es que vos le conozcáis también, por si aun puede sernos útil en alguna circunstancia imprevista. Mirad bien el lugar en que estamos.

Elevó la linterna y vi á nuestra derecha una especie de agujero negro y pavoroso; un pequeño parapeto dividía en dos el sendero que habíamos seguido.

—Ambrosio ha encontrado ahí multitud de osamentas humanas, como si esta sima hubiese servido en otros tiempos de cementerio ó hubiesen sido estas grutas teatro de un combate. La tradición nada dice, pero el *subterráneo* tiene sus leyendas de aparecidos, y las gentes del país no se arriesgan en él de buen grado.

Abri con facilidad la puerta de encina claveada, que giraba bien sobre sus goznes, y me encontré en la parte del *subterráneo* que había recorrido en otros tiempos.

—Aquí—me dijo la señora—el paso cesa de ser misterioso, por más que esté exclusivamente reservado á Mr. de Salcedo. Nos encontramos debajo de su posesión. Andemos más de prisa, Carlos; no hay ya ningún peligro ni obstáculo hasta llegar á otra puerta, hacia la cual nos dirigimos.

Reconocí perfectamente aquellos lugares, y llegamos á la puerta de la cueva, situada bajo los cementos del *Refugio*. La puerta estaba cerrada.

—Llamemos—dijo Madame de Flamaraude.

Alzó el brazo y tocó con el dedo índice un botón cuya existencia ignoraba yo. La puerta se abrió en seguida, y antes de que hubiésemos subido la escalerilla de madera ya estaba levantada también la trampa. Mr. de Salcedo, que creía abrir á *Trinidad*, se sorprendió mucho al vernos.

—Tengo que hablaros—le dijo la Condesa.—¿Estáis solo?

—Sí—respondió él;—pero subid á mi cuarto, porque *Trinidad* vendrá á acostarse y es posible que regrese antes de lo que yo espero.

Subimos á aquel gabinete de trabajo, que tan

bien conocía yo, y en el que todo estaba lo mismo que doce años antes. Confieso que experimenté un profundo malestar al contemplar la mesa de encina, cuyo secreto había violado. Me sentía más turbado aún por la presencia de Mr. de Salcedo, y pensaba menos en observar su modo de ser para con la Condesa que su actitud para conmigo en aquella conferencia íntima, á pesar de que él me había acogido con la mayor naturalidad y me había invitado á sentarme, sin parecer contrariado ni sorprendido por mi presencia.

Madame de Flamaraude le expuso el objeto de su visita. Fué asunto de pocas palabras y como la continuación de conversaciones precedentes. El Marqués demostraba una calma que parecía irritar algo á la Condesa, pero sobre la cual formé desde luego un juicio exacto; se la hacía tener la resolución tomada por su enérgico carácter, dispuesto á salvarla á despecho de ella misma.

—No compliquemos—la dijo—una situación ya tan difícil, en la que necesitamos pensar las cosas y hacerlas día por día. Roger no me inquieta; su aguda inteligencia y su carácter apasionado del movimiento y las emociones hace que se logre distraerle con facilidad; llevadle cuanto antes á Monteparre. Apenas lleve allí ocho días, estará de-

scando volver á París. Os respondo de que no volverá á pensar en venir aquí. Lo que más apremia es la declaración que os ha hecho Gastón de su próximo matrimonio, cuya declaración me hará á mí dentro de un instante. En ese punto es preciso resolverse; hay que decir sí ó no. Yo no tengo sobre él más derechos que aquellos de que queráis investirme; ordenad, pues; ¿debo decir que no?

La Condesa dudó un momento y preguntó al Marqués qué respondería él si se encontrase en su caso.

—En lugar de responderme, me pedís consejo; luego vuestra agitación no os ha permitido decidir nada y os encontráis enteramente irresoluta, dudando entre el sí y el no.

—Esa es la verdad, amigo mío; no he pesado los inconvenientes de semejante matrimonio. No me atrevo á admitirlo sin que Gastón esté enterado de la posición social que tiene derecho á reclamar. Este es el único punto en que mi conciencia no me permite transigir; pero en esto mi decisión es inquebrantable.

—Vuestros escrúpulos son muy justos—respondió el Marqués.—En cualesquiera otras circunstancias sería preciso obedecer á ese grito de vuestro corazón, á esa reivindicación de vuestra dignidad;

pero yo aporto á él un elemento nuevo, que ha persuadido á Ambrosio, el más positivista y por lo tanto el más recalcitrante de nuestros confidentes; este elemento es mi adopción, que indemniza largamente á Gastón. ¿Lo dudáis? Mirad; he aquí los títulos que constituyen mi fortuna, que á fuerza de tiempo he podido realizar y poner al abrigo de toda reivindicación de mi familia; no tengo parientes cercanos, y los pocos que tengo lejanos no son pobres. Mi conciencia me autoriza para disponer del contenido de esta cartera, que representa la propiedad de tres millones de francos. Dudo que Roger recoja otro tanto como herencia de su padre. ¿Qué os parece, Mr. Carlos?

—Opino como vos, señor Marqués.

—¿Es el título—continuó el Marqués, dirigiéndose de nuevo á la Condesa—lo que consideráis como una ventaja social importante? Pues también quedaréis satisfecha por este lado. El mío.....

—Basta, basta—dijo con viveza Madame de Flamarande.—Vuestro apellido es ilustre, vuestra fortuna considerable y segura, y vuestra palabra sagrada; pero ¿conocerá Gastón las ventajas que váis á proporcionarle, antes de comprometerse á ese matrimonio tan desigual?

—Sí, Condesa, las conocerá esta misma noche.

He incoado ya, según os he dicho, los procedimientos judiciales necesarios para probar ante la ley mi libertad de acción para donar y la de *Trinidad* para recibir. No le he hablado aún á él de esto porque no podía hacerlo sin vuestro asentimiento, y no he ultimado el asunto porque sin el suyo no podía legalizar mi situación para con él.

—¡Ah, Dios mío! — dijo la Condesa. — ¿Qué se figurará al recibir vuestro nombre?

—Se figurará que no teniendo hijos y no pensando en casarme, adopto al que he educado y querido paternalmente. ¿Es tan difícil de creer la verdad?

—Pero ¿y su madre? ¿qué pensará de su madre?

—Lo que un alma como la suya mira como una ley sagrada. La adorará sin juzgarla, lo que no es difícil á un alma pura.

Me permití entonces emitir una idea: la misma que había sometido á la Condesa. Asignando á *Trinidad* la edad de veintitrés años, se le haría abandonar en todo caso la idea de adulterio.

Aquellas palabras pronunciadas en presencia del Marqués hicieron enrojecer á la Condesa, y observé también que Salcedo reprimía un escalofrío.

—Tenéis razón — me dijo él; — le diré que tiene veintitrés años. ¿Quedáis tranquila de este modo? — añadió dirigiéndose á Madame de Flamarande. — *Trinidad* sabrá dentro de una hora que puede pretender á una noble y rica heredera, y luego podrá escoger entre un sueño campestre y un sueño dorado.

—Pero ¿y si persiste en casarse con Carlota?

—No prejuzguemos nada. No tenemos tiempo para perdernos en hipótesis. Cualquiera que sea la decisión del muchacho, obtendré fácilmente de su respeto hacia vos y de su amistad hacia mí, que ajuste su respuesta al dilema que voy á proponerle. Haré más: no le permitiré responder hasta que se haya tomado ocho días para reflexionar.

—¡Ocho días! ¡es bien corto plazo para resolver semejante asunto!

—Ocho días son bastantes cuando las personas se conocen y se quieren de toda la vida.

—He visto y veo, querido Marqués, que en el fondo sois favorable á ese matrimonio.

—Es cierto; pero no haré nada, os lo juro. No diré siquiera una palabra que pueda influir en la decisión de Gastón.

—¿Sabéis que ha hablado ya á Michelin?

—No; creía que no había de hacerlo sin prevenirme.

Ví que aquella noticia había conmovido y sorprendido á Salcedo, y creí deber tomar la palabra para evitar responsabilidades.

—Ayer tarde — dije — al atravesar la poterna, oí á Gastón decir á Carlota que había recibido de Londres la suma de cuarenta mil francos, cuya procedencia ignora. Creo que no pueden provenir más que de quien ofreció en carta anónima á los Michelin veinte mil francos para la educacion y establecimiento de su pensionista.

Madame de Flamarande sonrió desdeñosamente de aquel don de su marido.

—Después de todo — dijo — esa pequeña suma le pertenece sobradamente. Pero ¿qué tiene que ver eso con su resolución?

—Ahora lo comprendo todo — dijo Mr. de Salcedo. Trinidad, al verse rico bajo su punto de vista, y separado de mí por el desorden que ha reinado en el castillo y en la finca ayer y hoy, se ha apresurado á confiar á Michelin el secreto de su fortuna. De ahí á un compromiso recíproco y prematuro no había más que un paso, bien fácil de dar cuando el amor le impulsaba á ello. No reprenderé por eso al pobre muchacho, pero le diré que reflexione, y reflexionará.

—¡Ah! — dijo vivamente la Condesa. — ¿Creéis?...

—¡Oh! no quiero que viváis engañada en ese punto. Yo creo que sus reflexiones le impulsarán á Carlota.

—¿Y vos lo aprobaréis?

—Sí, señora.

—Todo eso es demasiado romántico, Mr. de Salcedo. ¡Es aún tan joven! Hasta temo que vos seáis un padre demasiado joven para él.

Salcedo se turbó un momento, pero se repuso bien pronto.

—¡No! — dijo; — ¡no soy ya joven! Mis cabellos blancos, que representan años doblados para mí, por pruebas excepcionales, dicen bien que conozco ya lo verdadero y lo falso de la vida. Las únicas verdades son el amor y el deber; todo lo demás no es más que una ilusión y mentira. El hijo que voy á adoptar será bastante rico para poder casarse con arreglo á los deseos de su alma, y su corazón no se ha equivocado al elegir á Carlota. Preciso será que antes de dar ó negar vuestro consentimiento la conozcáis y la tratéis. Volved al castillo sin doncella y rogadla que os sirva. Pocos días os bastarán para juzgarla. Es un ideal de pureza y de candor. En cuanto á su inteligencia, ved sus cuadernos de estudio. Mirad, aquí tenéis extractos y apreciaciones hechos por ella. Ved esas flores

dibujadas y coloreadas por su mano. ¡Qué idea tan exacta de la naturaleza! ¡Mirad esos bordados y comprenderéis su exquisito gusto! Tiene la intuición de lo bello y de lo bueno. Adora á *Trinidad*, su compañero, su protector, su amigo inseparable. Seguro estoy de que pasarán toda su vida como han vivido hasta ahora, sin descubrir uno en el otro un solo defecto, sin comprender otro goce que el de pertenecerse mutuamente. Creerán cada uno en el otro como en Dios, y se respetarán siempre como.....

—¡Casémoslos!—exclamó la Condesa, vencida y con los ojos arrasados de lágrimas.—¡Ah! ¡el amor, la fe, el respeto mutuo!..... ¡Cuando todo eso no existe en el matrimonio, éste se convierte en esclavitud, vergüenza y desesperación!

Y se levantó, conociendo que el grito supremo, resumen de su vida, se le escapaba en mi presencia.

—Nos volveremos por la montaña — me dijo — por el subterráneo correríamos el peligro de encontrarnos con Gastón.—Adiós —añadió tendiendo á Salcedo ambas manos con suprema franqueza y efusión.—Me habéis librado, como siempre, de mortal ansiedad; me habéis devuelto, como siempre, la esperanza. ¡Dios os bendiga y os dé

el premio á que os hacen acreedor vuestra abnegación y vuestro desinterés!

Aquel cariñoso impulso parecía en ella completamente maternal. Salcedo palideció y enrojeció simultáneamente como un hombre cuyas pasiones no están saciadas, y que conserva la impresionabilidad de la primera juventud. Me parecía verle en los tiempos en que tenía la edad de Gastón, tembloroso de placer cuando en el camino de Flamarande la Condesa apoyó por primera vez su brazo en el suyo.

La Condesa y yo nos volvimos por una senda que yo no conocía, y cuyas dificultades aumentaba la profunda obscuridad de la noche. Yo he temido siempre las tinieblas, pero para ella no parecían existir, porque caminaba con paso rápido y seguro sin tropezar, ligera como un pájaro, diciéndome que había tenido citas con Gastón en sitios casi inaccesibles, y que para poder concurrir á ellas se había ejercitado en andar y franquear caminos difíciles en las asperezas de Menouville.

—¡Qué joven está aún!—pensaba yo.—¡Qué entusiasta y qué romántica la ha conservado esta misteriosa maternidad!

En aquellos momentos estaba singularmente exaltada.

—¡Qué noche tan buena y tan fresca!— me decía.— ¡Cómo me agrada este silencio! ¡qué bien comprendo el amor de Salcedo y de Gastón á estas montañas! ¡Temo que no quieran abandonarlas nunca definitivamente ni separarse el uno del otro! ¡Tienen los mismos gustos y las mismas ideas; ambos adoran la soledad! No es éste, por cierto, el ideal de Roger, y mi vida está ligada á la suya. Él es el que más me necesita. ¡Gastón es tan prudente y va á ser tan dichoso! Roger tendrá mil tentaciones y vivirá rodeado de peligros. Yo no tendré sobre él la autoridad que su admirable carácter y su superior inteligencia dan á Salcedo sobre Gastón. No podré dejar mi querido volcán por mi hermoso y apacible lago. No importa. ¡Salcedo dice que le hará tan dichoso! Ya vendré á verlos; vendremos, Carlos, lo más frecuentemente posible. Le veré más á menudo y con más libertad que antes. Sé muy bien que mi corazón se destrozará cada vez que tenga que separarme de nuevo de Gastón, que lloraré aún mucho..... por no perder la costumbre; pero sabré que es dichoso y procuraré que Roger lo sea también, cuidando de hacerle prudente. ¡Cuánto bien le hubiera hecho el trato y la amistad de su hermano! Segura estoy de que un hermano mayor como Gastón hu-

biera sido para él un gran ejemplo, un guía seguro cuyos consejos hubiese escuchado. Preciso será que Salcedo me enseñe á contener y dirigir su carácter impetuoso, porque yo no sé hacerlo. Yo no sé más que adorarle, y eso no es bastante. ¿Verdad, Carlos?

Hablaba con tanta animación y naturalidad de las perfecciones de Salcedo, que me acometió cierto deseo malicioso de curiosidad. Olvidé las conveniencias del momento y la prudencia que debía tener, y la hablé de los proyectos de matrimonio entre ella y Salcedo, que la Baronesa me había confiado la víspera.

Ella no pareció sorprenderse ni turbarse, y comprendí bien que ya había pensado en ello; pero en lugar de responderme, me preguntó por el tono y la actitud de la Baronesa al comunicarme tales proyectos, como si el temor de desesperar á su amiga fuese la única objeción que tuviera que oponer á ellos. Atormentado por la inquietud y verdaderamente confuso, la aseguré que Madame de Montesparre había sido sincera al expresarme el pensamiento de su sacrificio.

—Decidíos, pues, con entera libertad, señora Condesa—le dije—y no temáis manifestarme vuestras intenciones.

Signió silenciosa; se detuvo y pareció reflexionar profundamente. Yo era presa de una singular impaciencia. Iba á insistir, cuando Madame de Flamarande puso la mano en mi brazo y me dijo en voz baja:

—¡Escuchad! Hablan á pocos pasos de nosotros, y es la voz de Gastón.

Gastón estaba, en efecto, en el sendero, é íbamos á cruzarnos con él. No estaba solo; una voz dulce y suave, la de Carlota sin duda, respondía á la suya. Ambos amantes iban juntos al *Refugio* por el camino descubierto. Parecía que se habían parado; nosotros nos detuvimos también, y escuchando con atención, oímos gran parte de sus palabras.

—No—decía Carlota—no iré más allá. Si oyes á Mr. Alfonso decirte que no, me faltaría el valor, lloraría mucho y él me tendría por co-barde.

—No dirá que no—respondió *Trinidad*.—Yo no dependo más que de mi madre, y estoy seguro de que ella dirá que sí.

—No lo sabes; ¡oh! ¡si dijese que no! preferiría morir á que dieses un disgusto á tu madre....

No pudimos oír la respuesta, porque se iban acercando según hablaban y tuvimos que separarnos de la senda y ocultarnos tras de las rocas.

Carlota pasó tan cerca de la Condesa, que ésta no pudo resistir el impulso de su corazón. Extendió el brazo, cogió por el cuello á la joven y la besó en la frente. Carlota, asustada por aquella sombra negra, se precipitó en los brazos de Gastón al mismo tiempo que éste exclamaba:

—¡No te asustes: es mi madre!

La Condesa había desaparecido ya.

—¡Ah!—dijo Carlota—¡y no la veo! ¿Dónde está? ¡quiero verla!

—¡Nunca!—respondió *Trinidad* con firmeza.—

¡Ámala sin conocerla! Ya ves que consiente. ¡Madre mía.... yo tampoco os veo; Dios os bendiga; yo os adoro!

Arrastró hacia adelante á su prometida, y Madame de Flamarande, muy conmovida, tuvo que tomar mi brazo para poder seguir nuestro camino.

—¡Ah! señora—la dije—¡qué impetuosa y qué espontánea sois! Me explico el carácter de Roger.

—No me riñáis, querido Carlos—respondió ella con penetrante dulzura;—no siempre dispongo de mis actos. ¡Qué queréis! ¡He sufrido tanto en mi vida; se ha abusado tanto de mis primeros impulsos! Hay cosas capaces de quebrantar la razón más firme..... así es que cuando se presenta la

ocasión de compensar en parte tantos sufrimientos, de proporcionar un momento de goce á aquellos á quienes más se ha herido..... no puedo dejarle escapar, no me es posible contenerme.

—¿No teméis que Carlota adivine quién sois? Si hubierais tenido unos días de paciencia, no la hubiera sido posible adivinarlo.

—Si Carlota lo adivina, se callará. ¡No me hagáis dudar de los que amo!

Llegamos al torreón, la conduje de nuevo á su cuarto y volví al lado de Roger, que dormía profundamente.

## X.

Al día siguiente todo el mundo estaba dispuesto desde bien temprano. Michelin quería presentar á su familia á la señora antes de que partiese; pero yo le disuadí de ello diciéndole que la Condesa había sufrido mucho y se encontraba muy fatigada, que iba á descansar unos días en Monteparre y que luego volvería para conocerle á él y á su familia.

No se presentaron ni Salcedo ni *Trinidad*. Ambrosio ayudó á enganchar los carruajes, é hicimos sin dificultad el descenso de la terrible montaña de Flamarande.

Ambrosio, ayudado por otros aldeanos, sujetaba las ruedas, sirviendo de ayuda al torno. Cuando se fueron á separar de nosotros, ya en el llano, estaba bien entrado el día y pude reconocer que el

ocasión de compensar en parte tantos sufrimientos, de proporcionar un momento de goce á aquellos á quienes más se ha herido..... no puedo dejarle escapar, no me es posible contenerme.

—¿No teméis que Carlota adivine quién sois? Si hubierais tenido unos días de paciencia, no la hubiera sido posible adivinarlo.

—Si Carlota lo adivina, se callará. ¡No me hagáis dudar de los que amo!

Llegamos al torreón, la conduje de nuevo á su cuarto y volví al lado de Roger, que dormía profundamente.

## X.

Al día siguiente todo el mundo estaba dispuesto desde bien temprano. Michelin quería presentar á su familia á la señora antes de que partiese; pero yo le disuadí de ello diciéndole que la Condesa había sufrido mucho y se encontraba muy fatigada, que iba á descansar unos días en Monteparre y que luego volvería para conocerle á él y á su familia.

No se presentaron ni Salcedo ni *Trinidad*. Ambrosio ayudó á enganchar los carruajes, é hicimos sin dificultad el descenso de la terrible montaña de Flamarande.

Ambrosio, ayudado por otros aldeanos, sujetaba las ruedas, sirviendo de ayuda al torno. Cuando se fueron á separar de nosotros, ya en el llano, estaba bien entrado el día y pude reconocer que el

aldeano que había ayudado á Ambrosio á sujetar las ruedas del carruaje de la Condesa no era otro que *Trinidad*. Quería saludar á su madre por última vez y despedirse de Roger. Yo creí deber impedirselo, y sin darme exacta cuenta de lo que hacía.

—¡Vamos, basta!—le dije.—Vamos á partir.

Pero él posó su pequeña mano, que parecía de acero, sobre mi brazo y me dirigió una mirada terrible. Me dijo claramente con los ojos: «¡Atrás, lacayo! Yo soy el Conde de Flamarande.»

En aquel momento se parecía al señor Conde en sus más terribles momentos de altivez, y yo temblé como á la vista de un espectro.

Él se aproximó á la carretela en que iban su madre y Madame de Montesparre, y con una prontitud de observación maravillosa, sin ser visto por nadie, posó sus labios en la mano que la Condesa apoyaba en el borde de la portezuela. Roger iba en el pescante y no vió á *Trinidad* hasta que saltó al suelo, porque teníamos que subir al paso una cuesta igual á la que habíamos bajado, y prefería subirla andando. Hizo entonces una exclamación de alegría, tomó el brazo de su hermano y se adelantó con él, como para hablar sin ser oído por los demás.

Yo había recobrado el valor. Me decía que todo iba bien y que era preciso evitar un naufragio á la vista del puerto.

Doblé, pues, el paso con objeto de unirme á ellos, y como pretexto á mi intervención pregunté á Roger si tenía él las llaves de sus maletas.

—Hombre, no—me dijo él.—Ya sabes que nunca me he ocupado de pensar en esas cosas. Si las has perdido, será preciso hacer saltar las cerraduras.

Tenía las llaves en el bolsillo; pero fingí buscarlas con preocupación.

Estaba á su lado y nada podía hablar sin que yo lo oyese.

—¿De modo que te casas con la bella Carlota?  
¿Es ya cosa decidida? Pero, ¿qué edad tienes ya que tan dispuesto estás á tomar estado?

—Veintitrés años—respondió Gastón sin vacilar.

—¿Veintitrés años?—repitió Roger con admiración.—¿Estás seguro?

—Ya lo creo.

—¿Has entrado ya en quintas?

—Sin duda.

—¿Y has visto tu partida de nacimiento?

—No era necesaria.

—¿Pero la has visto alguna vez en tu vida?

—No he tenido necesidad de ello.

—¿Conoces á tus padres?

—Han muerto.

—¿Los dos?

—Sí; pero ¿por qué me hacéis todas esas preguntas?

—No te incomodes. Pregunté ayer á Michelin quién eras, y me respondió que no sabía tu nombre, ni tu país, ni tu edad, ni á qué familia perteneces. No, no te avergüences de ello; no es culpa tuya, ni mía tampoco. Parece ser que eres un muchacho de mérito, al que todos estiman y quieren en el contorno. ¿Puedo hacer algo por tí?

—Muchas gracias, señor. La finca nos produce lo bastante, y además tengo algún capital. No necesito nada.

—Ya estamos en lo alto de la cuesta; ven con nosotros hasta Montsparre; subes conmigo en el pescante, yo guiaré, y hablaremos por el camino.

—No me es posible, señor Conde. Hago falta en casa.

—Siempre dices lo mismo.

—Porque es verdad.

—La verdad es que no puedes pasar un día lejos de Carlota.

—También es cierto.

—Entonces, adiós.

—Por mucho tiempo sin duda—dijo con tristeza Gastón.

—No—respondió Roger;—volveré antes de tres días. Mr. de Salcedo me ha ofrecido su casa, y no me disgustará recorrer con él el país.

—¿Y cazar? ¿Os gusta la caza?

—Sí; pero no me gusta llevar la escopeta. Ya encontraremos un muchacho.....

—Yo os la llevaré—dijo alegremente Gastón.

—¡Buena! ¿Y á mí también, si acaso?....

—Y á vos también, si os cansáis.

—Dime, pues—continuó Roger, apretando su mano y mirándole fijamente—¿por qué me hablas hoy en el dialecto del país, cuando he visto ayer que hablabas el francés tan bien ó mejor que yo? ¿Lo haces á propósito?

—No, no lo hago á propósito. Tengo la costumbre de hablar de uno y otro modo, y lo hago indistintamente.

Llegaba el carruaje de la Condesa. La señora vió á los dos hermanos darse la mano al tiempo de separarse; luego Gastón volvió á pasar á su lado, quitándose el sombrero, y ambos cambiaron una mirada de cariño, cuya elocuencia comprendí.

Quise montar al lado de Roger por si podía aprovechar algún momento de expansión.

—No— me dijo él— este coche va ya demasiado cargado; vé en el otro.

—No me volvió á dirigir la palabra en todo el camino. Evidentemente le preocupaba el problema. Abrigaba, sin duda, extrañas sospechas ¿Qué circunstancia podía haberlas dado origen? ¿Era tan sólo el grito escapado á su madre en la capilla?

Durante el camino y á la llegada, estuvo con ella expresivo como siempre; pero yo le encontraba pensativo, y hubiera querido servirle como en Flamarande, para poder sorprender sus pensamientos; desgraciadamente ya le esperaba allí su criado, y el decoro no me permitía á mí, admitido en la mesa de los señores, volver á tomar mis antiguas funciones de ayuda de cámara.

## XI.

Encontré á Monteparre muy cambiado. Aquella sonriente casa, rebosando en otros tiempos de alegría por los acordes de la música, el ruido de la danza y las cornetas de caza, estaba muda y como abandonada. La Condesa y la Baronesa eran aún jóvenes, sin embargo, y se conservaban hermosas; pero la Condesa encontraba allí el recuerdo de un suceso que había torturado su vida y que al mismo tiempo había marchitado las más gratas ilusiones de la Baronesa. Para coimo de dolor, ésta había perdido allí á su único hijo, á su más querido consuelo, y en el fondo del jardín, en un ángulo que en otros tiempos le gustaba frecuentar, florecían las rosas bajo los cipreses alrededor de una lápida de mármol blanco, en la que se leían estas palabras : *Angel de Monteparre. Quince años.*

La Baronesa iba allí todas las mañanas á llorar á solas sus penas. El resto del día se la veía animada, afable, ocupándose de los demás con infinita amabilidad; pero recibía pocas visitas y nunca tenía convidados. Aquella mujer, tan desgraciada y tan buena, me interesaba vivamente, y hubiera deseado verla unida al único hombre á quien había amado. Madame de Flamarande apenas se atrevía á hablarla de sus propios sufrimientos, porque entonces ella le respondía:

—Al fin y al cabo, vuestro Gastón vive. ¡Yo sí que he perdido toda esperanza! Vos habéis sido siempre adorada por Salcedo sin hacer nada por conseguirlo, y yo no he obtenido otro premio del sacrificio de mi vida entera que su apacible amistad.

Entonces Madame de Flamarande trataba de persuadirla de que ella tendría la parte mejor y más durable y de que acabaría por llamarse Madame de Salcedo. Sostenían ambas uno de esos combates de generosidad femenina, análogo al que en otros tiempos habían sostenido en otro sentido cuando Rolanda trabajaba en favor de Berta con el hermoso Salcedo. Entonces Berta trabajaba en favor de Salcedo para con su amiga, y con muchas más probabilidades de éxito. Como no se cuida-

ban mucho de ocultarse de mí para hablar de tan delicados asuntos, fué evidente á mis ojos que el amor de Gastón y el de su padre adoptivo eran inseparables en el corazón de Madame de Flamarande.

Pero no era aquella mi mayor preocupación, porque yo prefería á Roger á todos los demás, y su aspecto de preocupación me tenía muy inquieto. Al cabo de tres días ví con placer que empezaba á volver á su estado normal; la predicción de Mr. de Salcedo se cumplía. Se iba ya cansando de Monteparre, y sólo pensaba en volver á París. Su madre le hizo ver que no podía reaparecer en la sociedad, á los pocos días de la muerte de su padre, con la fisonomía sonriente y el corazón expansivo que no sabía contener, y le rogó que dejara pasar algunas semanas, distrayéndose lo mejor posible en Aubernia. Él pareció tomar su consejo y aceptó la invitación que le habían hecho los jóvenes Leville de ir á cazar á sus posesiones.

Los Leville, antiguos amigos de los Monteparre, tenían un castillo al pie de la montaña. Ellos eran los que habíamos encontrado cerca de *La Violeta* el funesto día en que habiéndose roto nuestro coche de camino, nos volvieron á llevar en su carretela á Monteparre. Sin aquel encuentro

hubiéramos ido á dormir á Flamarande y no hubiera ocurrido el terrible acontecimiento de la noche del 15 de Agosto de 1840.

Como Roger hablaba de permanecer ausente tres días por lo menos, y no significaba conservar recuerdo alguno de Flamarande, la señora creyó que podía aprovechar su ausencia para hacer una pequeña excursión á dicho punto. Madame de Montesparre fué también de su opinión y la animó á ello, ofreciéndola su caballo de silla, que la llevaría en dos horas por el atajo. También ella había hecho así muchos viajes misteriosos para ver á Salcedo y á su pupilo en los dexiertos de Cantal. La Condesa se decidió y, como era natural, me rogó que la acompañase. Me prestaron el caballo del criado de confianza que acompañaba ordinariamente á la Baronesa. Salimos, pues, Madame de Flamarande y yo montados en nuestros caballitos montañeses, vivos, pero nobles y de una solidez á toda prueba, y recorrimos con velocidad y confianza un país terrible, por senderos que sólo parecían accesibles á las cabras.

Salimos á las seis de la mañana, y á las ocho estábamos ya en el torreón. La señora, segura de la discreción de Gastón, llegaba sin misterio y como si fuese á ponerse al corriente de sus negocios,

puesto que era por algunos meses aún la tutora de Roger y la verdadera señora de Flamarande.

Entramos, pues, por la puerta principal, y Ambrosio fué á recoger los caballos. *Trinidad*, que trabajaba en un cuarto del torreón, salió á nuestro encuentro, sin demostrar más solicitud que la de un servidor respetuoso. La señora subió á la habitación que había ocupado cuatro días antes, situada precisamente encima de la de su hijo. Los Michelin se apresuraron á preparar el desayuno, que Carlota y su prometido sirvieron por sí mismos á la señora. Todo marchó bien. Madame de Flamarande recibió á la familia Michelin, que la presentó sus respetos, y también algunas reclamaciones insignificantes á las que la señora accedió graciosamente, pero sin que pareciese que trataba de favorecerlos. Al mediodía dijo que estaba algo cansada y que dormiría la siesta, pero exigió que *Trinidad* continuase en su habitación y signiera sus costumbres. Su vecindad no la molestaba nada.

Se encerró en su cuarto; Gastón salió. Yo me fui á arreglar con Michelin las cuentas del arriendo, bien seguro de que la señora no dormía y que gracias al corto camino del subterráneo, estaría ya acaso con Gastón y Salcedo en el *Refugio*, ó que éstos habrían ido al torreón.

A las cinco me mandó avisar la señora, rogándome que fuese á comer con ella; no había dormido, había visto á Salcedo y había hablado largamente con Gastón. *Trinidad* sabía ya que era millonario y ni siquiera parecía comprenderlo. Salcedo le había dado su palabra de honor de que no era su padre ni su pariente. No dudaba de la palabra del Marqués, y por lo mismo que le creía le quería aun más. Estaba más decidido que nunca á casarse con Carlota y á no cambiar en modo alguno su modo de vivir, por lo menos hasta nueva orden. Deseaba que la adopción no se publicara ni se efectuase, ni siquiera se anunciase hasta después de efectuado su matrimonio; pero éste parecía que había de retardarse por voluntad de Carlota. Habiendo sabido ésta por Mr. de Salcedo el gran porvenir que esperaba á su prometido, tenía escrúpulos en casarse sin reflexionarlo bien y someterle á pruebas, y había tenido una explicación con *Trinidad* ante Madame de Flamarande.

—Cuando consentí con alegría en ser su mujer —decía— creía casarme con un hombre de posición igual á la mía. Él era un poco más rico que yo, pero no tenía familia; y mi padre, que es orgulloso, creía hacerle un honor dándole su nombre. Yo por mi parte me envanecía de no reparar

en nada de eso y de amarle por lo que es y no por lo que pueda parecer á los demás; pero ahora temo ser demasiado poco para él, y además, que le critiquen por haberse casado con una aldeana, siendo ó pudiendo ser un gran señor. ¿Quién sabe si no llegará un día en que se arrepienta? Deseo que espere por lo menos un año; que salga algún tiempo del país; que conozca los placeres de ser rico; y si después vuelve con el mismo cariño hacia mí, prometo ser su mujer. Hasta entonces todo queda de mi cuenta. Ocultaré la verdad á mi padre, que podría no comprender mi idea y vituperarme. Le diré que soy demasiado joven y que quiero esperar un año, ó bien que Mr. Alfonso encuentra á *Trinidad* demasiado joven y que quiere llevarle una temporada á París para completar su instrucción. Un hombre del campo que ha estado en París pasa por más listo que los otros, y todos creen que ha de saber dirigir mejor sus negocios. Mi padre se convencerá con estas razones, y *Trinidad* debe también convencerse, porque son justas, y Mr. Alfonso las admite como buenas.

Al referirme las palabras de mi ahijada, la Condesa me dijo que había hablado con el Marqués y que ambos habían admirado y aprobado el buen sentido y la delicadeza de Carlota. *Trinidad* se

había rendido, después de una lucha bastante viva. Se había, por lo tanto, decidido que Salcedo y su pupilo pasarían el invierno en París.

— Ahora — añadió la Condesa — me considero dichosa, porque podré ver con frecuencia á mi hijo; pero confieso que si cambiase su afecto á Carlota, no le estimaría tanto; pero no cambiará, no; es imposible.

— ¿Y cómo interpreta Carlota vuestra posición respecto á ella? — le pregunté.

— Eso es lo que me ha sido imposible averiguar — respondió la Condesa — porque no debía yo preguntárselo. Ya recordaréis que cuando la besé en la senda y ella trató de buscarme en las tinieblas, mi hijo la dijo reteniéndola: «Jamás, jamás.» Ella se ha sometido como si se lo hubiera ordenado Dios, y no tratará jamás de adivinar.

— ¡Pero adivinará ó habrá adivinado ya!

— Yo también lo creo así; sin embargo, ella calla, y no parece ver en mí más que á la muy amable señora de Flamarande, á la que sirve con el mayor respeto. Yo la quiero cada vez más. ¡Es un ángel esa niña!

— Sois demasiado débil, señora, en vuestra ternura y en vuestra bondad, y acabaréis por decírselo todo.

— No, porque Gastón no lo quiere, y él es quien nos dirige á todos, incluso á Salcedo, que no ve más que por sus ojos.

Los dos novios nos prepararon y sirvieron la comida. Debo decir que estaban adorables en sus cuidados y admirables por su conveniencia y su reserva. Me conmovieron profundamente, y no pude menos de decir á la Condesa, al separarme de ella, que era una madre dichosa.

Como la señora no había dormido la siesta, tenía realmente necesidad de descanso, y la dejamos á las ocho. Se decidió que Carlota durmiese cerca de ella, y por un sentimiento de casta delicadeza *Trinidad* dejó su cuarto y se fué á dormir al pabellón. Subió á mi cuarto para ayudarme á arreglar la habitación, y me demostró el mismo afecto y la misma cordialidad que antes de la aterradora mirada que me había lanzado al pie de la carretela de su madre.

Creí que como me veía al corriente de una porción de cosas, si no de todas, me hablaría con franqueza; pero no ocurrió nada de eso. Conservó su papel, con su acento montañés, llamando á su madre *nuestra ama* cuando hablaba de ella, y á Roger el *señor Conde*. Yo no me atrevía á preguntarle. Confieso que notaba en aquel muchacho una

superioridad de carácter especial, y que nadie me ha intimidado tanto como él. Ibamos á separarnos cerca ya de las nueve, después de hablar de agricultura, en cuya materia me pareció más competente y más sensato que el mismo Michelin, cuando un golpe dado bruscamente en las maderas de la ventana me hizo estremecer; era la mano de Roger la que le había producido; no había duda, no. ¡La conocía tan bien!

Abrió *Trinidad*, y Roger, pues él era en efecto, entró por la ventana, saltó con ligereza al centro del cuarto y se echó á reír al notar mi sorpresa. Me dijo que él no se admiró de encontrarme allí, porque sabía que tenía que volver pronto, y que él tampoco caía de las nubes, sino que habiendo encontrado cerrada la puerta, se había visto obligado á entrar por la ventana.

—Pero no sabréis—le dije—que también está aquí vuestra madre.

—No. ¡Ah! ¿conque ya está de vuelta? Pues bien, voy á abrazarla en seguida.

—Está cansada y se ha acostado ya. Hemos venido á caballo.

—¡Bien! Pues dejémosla dormir. Yo he venido á pie.

—Vos estabais en Leville—le dijo *Trinidad*; la

señora nos lo ha dicho. ¡Diantre! pues es un bonito paseo.

—No está más lejos que Montsparre; á mí me ha parecido corto; un país magnífico.... para escenario de un melodrama.

—¿Y cómo habéis dejado á los Leville?—le pregunté yo.

—A fe mía que lo más pronto que me ha sido posible; ha sido una verdadera comedia. Os la voy á contar. Figuraos que al aceptar anteayer la invitación de los jóvenes, ignoraba que su casa estuviera adornada por una madre y tres hermanas imposibles. Llegué á su casa ayer después del mediodía; el padre me dió un verdadero paseo de propietario enamorado de su finca. No me permitió dejar de ver ningún rincón de la propiedad. Luego llamaron á comer á las cinco como verdaderos provincianos. Yo no tenía apetito, pero me consolé con la idea de que contemplaría rostros frescos y agradables y tomaría parte en una gentil conversación de muchachas. Se presentó la madre; ¡una especie de foca! No importa; efecto sin duda de la edad, me dije; veremos las muchachas. Apareció la hija mayor; ¡una langosta! Pase aún; las otras serán mejores. Aparecieron las menores; ¡dos pulpos! Sentí miedo y me pregunté

por qué habría abandonado el delicioso otoño de la Baronesa para ir á contemplar aquellas espantosas primaveras. Sentí impulsos de escapar. Se sirvió la sopa, bien mediana por cierto. La comida era de viernes. El pescado no estaba fresco, la manteca era rancia. Como no tenía apetito, me era ignal; pero como no podía levantar la vista sin encontrarme con un monstruo, caí en una especie de estupor que me hacía parecer petrificado. Al levantarnos de la mesa seguí á los jóvenes al jardín, esperando fumar allí. ¡Nada de eso! No se permitía fumar en todo el parque. Era preciso salir de la propiedad y andar una legua por las tierras sembradas; tal era el horror que aquellas señoras tenían al cigarro. Cuando volvimos al salón, no se tomaron el trabajo de disimular que las infestábamos. La foca, la langosta y los pulpos hacían espantosos gestos. Yo me asusté hasta ponerme azul. El dueño de la casa me propuso una partida de ajedrez. No valía la pena de dejar á Ferrás, que juega bien, para jugar con Mr. Leville que lo hace peor que yo. La señora y sus hijas se interesaron en la partida y se agruparon alrededor de la mesa cuando yo iba á ganar. Quedé de nuevo petrificado. Mr. de Leville me dió jaquemate. Triunfó el papá. Las hijas sostuvieron que

juega muy bien y que nadie puede ganarle. Los hijos roncaban en el sofá. Llegó el cura, que es más feo aún que sus feligresas, y habla de tal modo, que no entendí una palabra de lo que me decía, teniendo que contestarle á bulto. Me apercibí de que me tomaban por un borrico y salí; luego, á la hora de darles las buenas noches, cuando quisieron ponerse de acuerdo conmigo acerca de la hora en que hoy debía empezar la caza, les dije que había recibido una cartita de mi madre que me llamaba á Flamarande. Prometí que cazaría con aquellos señores por la mañana, pero anuncié que no volvería á Leville por la noche. En efecto, nos pusimos á cazar esta mañana. O esas gentes no saben cazar, ó yo no conozco la caza de montaña. No hicimos ni una sola pieza. Llegó la tarde; me encontré á la orilla del Jordana; confié mi escopeta y mi perro á uno de los ojeadores, le dije que me apremiaba el tiempo y le rogué que me despidiese de sus amos. Seguí la ribera del torrente á buen paso, como si me viese perseguido por los cuatro monstruos de que he hablado antes. No conocía el atajo y seguí como pude los rodeos del Jordana, divirtiéndome en subir y bajar esos ásperos derrumbaderos. Por fin, heme aquí libre de aquellas gentes. Celebro que

mi madre esté también aquí, porque de ese modo no podrán acusarme de haberlos engañado. En Flamarande no hay monstruos; por el contrario, Carlota es bonita por tres de las que más lo sean. Aun traigo zapatos, á pesar de que las puntiaguadas rocas me amenazaban con dejarme descalzo como un fraile carmelita. Me ha alegrado el passeio, pero tengo más hambre que un cocodrilo, y y si Michelin tiene algo que darme, declararé que es mi ángel protector.

—¡En seguida!—dijo *Trinidad*, lanzándose alegremente fuera del cuarto.

Cuando quedé solo con Roger, al que me ocupaba de instalar en su cuarto, pensé que debía aprovechar el tiempo para averiguar sus designios. Fingí no creer en los monstruos de Leville, y sostuve que lo que había atraído á Flamarande al joven Conde eran los hermosos ojos de Carlota. Él no lo negó; pero yo conocí que mentía para despistarme. Entonces me propuse apurar su paciencia y le propiné un largo y enojoso sermón, hasta que conseguí mi objeto. Roger no sabía fingir ni contenerse.

—Véte al diablo con tus pláticas que para nada necesito—me dijo.—Sabes muy bien que no debo, que no puedo pensar en Carlota. Yo soy quien debe

exigirte responsabilidades y hacerte hacer examen de conciencia; y puesto que á ello me impulsas, te exijo que me digas si *Trinidad* es hijo tuyo.

—¿Qué os importa eso?

—¡Te lo exijo en nombre del honor! No andemos con tonterías; responde, viejo esfinge, responde!

—¿Y si no puedo responder?

—Sí puedes. ¡Yo acepto á *Trinidad* como camarada y como amigo si es hijo tuyo, y como hermano si es hijo de mi padre.

—¿De dónde diablos habéis sacado tan estupenda ocurrencia?

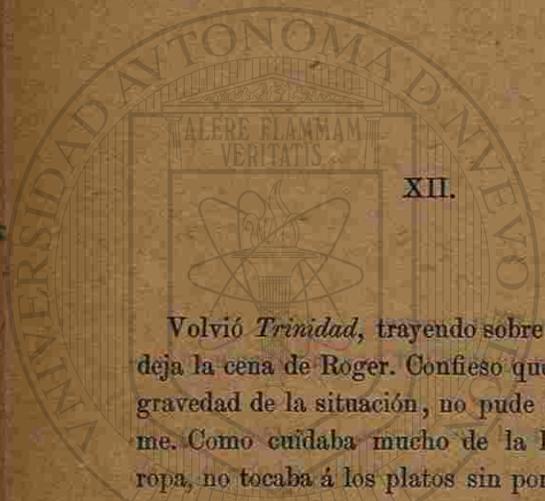
—¡Vaya! Pierdes el tiempo si intentas negar, puesto que no has de persuadirme. Ahórrate, pues, esa gastada farsa. Tú trajiste aquí un niño de cuatro ó cinco años y lo depositaste en un establo.

—¿Yo?

—Sí, tú, Carlos Louvier, ex ayuda de cámara de mi padre, que obraba por orden suya.

—¿Quién ha podido contaros tal novela?

—¿No quieres confesar nada? ¡Está bien! Renuncio á tu confesión; me pasará sin ella. Confesaré por mí mismo á *Trinidad*. Vas á verlo; ¡escucha y calla!



Volvió *Trinidad*, trayendo sobre una gran bandeja la cena de Roger. Confieso que, á pesar de la gravedad de la situación, no pude menos de reírme. Como cuidaba mucho de la limpieza de su ropa, no tocaba á los platos sin ponerse un delantal, en el que Susana había dibujado con largas hebras de hilo una rosita que le caía sobre el estómago. Roger se rió con toda franqueza de aquella facha, y le preguntó si era Carlota quien le había condecorado de aquel modo.

—No—respondió él;—Carlota está en el torreón al servicio de la señora Condesa. Ha sido Susana, que no me encontraba bastante elegante para servir al señor Conde. Quería que me pusiese guantes.

—¿Guantes?—dijo Roger?

—Sí; ella vió, en el primer viaje que vuestro

padre y vuestra madre hicieron aquí *hace mucho tiempo*, que sus criados los servían con guantes de algodón blanco. Entonces se dejaron olvidado un par, ella los guardó, y aquí en el bolsillo los tengo. ¿Queréis que me los ponga?

—Ciertamente—le respondí yo—que es indispensable; pero cuando se calzan los guantes se quita el delantal.

—¿De veras? ¡pues tiene gracia! ¡Vamos, abajo!—dijo quitándose el delantal y calzándose los guantes, que eran doble de grandes que sus manos.—No estoy muy fuerte en esto, como véis; pero ya aprenderé.

—¿Qué vas á aprender?—preguntó Roger, empezando á devorar la sopa.—¿El oficio de ayuda de cámara?

—Ciertamente, para poder serviros bien.

—¿Quieres ser mi ayuda de cámara?

—Sí, siempre que vengáis á esta casa.

—¿Y si yo quisiera llevarte conmigo?

—¿A dónde?

—A París, á viajar, adonde fuese yo.

—¡Oh, no, no es posible!

—¿A causa de Carlota?

—Eso en primer lugar, y luego por los demás.

—¿Quiénes son los demás?

—Mr. Alfonso, que no piensa abandonar el país, que yo sepa, y mis padres y hermanas de la finca; y además por la finca misma, que me voy á encargar de dirigir desde ahora. El padre Michelin ha comprado bienes y tiene demasiado trabajo. Y luego por Ambrosio, á quien vos no conocéis, que es mi amigo, y por el país, que vos encontráis triste, y que lo será, no lo niego, pero que para mí es el más hermoso del mundo.

—¿De modo que eres dichoso así?

—Muy dichoso.

—Cosa rara. Es la primera vez que oigo á un hombre decir que es dichoso. ¿No tienes nada de qué quejarte en la vida?

—Ni de nada, ni de nadie.

—Sin embargo..... tus padres..... al traerte al mundo.....

—Me hicieron un gran favor. La vida es un gran bien cuando se pasa á gusto.

—¿Y cuando no se pasa bien?

—Siempre queda el recurso de mejorarla.

—¿Cómo?

—Con el valor y la razón.

—Eres un gran filósofo; yo no lo soy tanto. No siempre he podido conseguir encontrarme feliz.

—¿Vos?—exclamó *Trinidad* con viva expresión

de sorpresa y de reproche, que decía más de lo que él hubiese querido.

—¡Sí, yo!—respondió Roger mirándole fijamente. A pesar de mi gran posición y de los cuidados de una madre adorable, he tenido momentos bien tristes. ¿No has oído hablar nunca del Conde de Flamarande?

—Muy poco; no se le ha visto por aquí más que una vez, y apenas le conocían.

—Pues bien, era seguramente un hombre de mérito, pero muy raro y no amaba mucho á sus hijos.

—¡Oh! ¡sí que os amaba!—dije yo cortando la palabra á Roger para advertirle que era injusto con su padre.

—Cállate—me dijo el joven Conde;—tú no tienes voz en este asunto. Yo sé muchas cosas que acaso sepa también este muchacho. ¿No has oído tú hablar nunca del joven Gastón de Flamarande?

—preguntó á *Trinidad*.

—¿De Gastón el pastor?—dijo *Trinidad*, que sostenía candorosamente la atenta mirada de su hermano.

—No, del de la leyenda, no; del otro Gastón, de mi hermano.

—¿Del pobre niño que se ahogó en el Loire al

poco tiempo de nacer? Sí, se ha hablado aquí de esa gran desgracia. ¿Se llamaba Gastón?

—¿No lo sabías?

—No, no lo sabía—respondió *Trinidad*, que evidentemente acababa de aprender entonces su verdadero nombre.

—Pues bien—continuó Roger—la historia de ese Gastón, á quien mi madre ha llorado y buscado por todas partes durante muchos años, y á quien mi padre no buscó ni lloró jamás..... prueba que el Conde de Flamarande no quería mucho á sus hijos.

Y volviéndose hacia mí, añadió:

—Recuerdo muy bien todas estas cosas.

—Decid mejor que las habéis soñado. Érais entonces demasiado niño para.....

—En Sevines sí—continuó él con firmeza;—pero luego ya no lo era tanto,.... He crecido viendo llorar á mi madre y oyendo hablar á los criados. Se cree que los niños no se fijan ó que no comprenden; pero la leyenda era demasiado misteriosa para que no interesase mi espíritu. Además, se mezclaba en ella un caballo maravilloso que se habían llevado..... un caballo parecido á los que se pintan en los cuentos de hadas. ¡Pones una cara tan rara, viejo Carlos! ¡Cualquiera diría que tú también te acuerdas!

Yo estaba trastornado; *Trinidad* pretendió salir.

—Espera, espera—le dijo Roger.

—No, no—respondió Gastón;—habéis acabado de cenar y voy á traer el café.

—Pues vuelve en seguida.

—Al instante.

Salió *Trinidad* haciendo un verdadero esfuerzo para ocultar su emoción y reprimir su curiosidad.

—Estáis cometiendo la más grave de las locuras—dije yo á Roger. Estáis introduciendo en el espíritu de ese muchacho unas quimeras que os crearán un enemigo en él el día en que hayáis reconocido vos mismo lo infundado de vuestras suposiciones.

—¡Mis suposiciones!—exclamó él con fuego.—¿Quieres jurarme por tu honor, en este mismo instante, sin dudar, que *Trinidad* no es Gastón de Flamarande?

—Y vos—respondí yo con la misma energía—¿podéis jurar por vuestro honor, que cederíais sin disgusto y en el momento vuestro título de Conde y vuestra inmensa herencia de hijo único á Gastón de Flamarande resucitado? Suponed lo que os plazca. Que os equivoquéis ó estéis en lo cierto, importa poco. Figuraos en presencia de un suceso

romántico que os va á costar la mitad de vuestra fortuna y la mitad del corazón de vuestra madre.

—¡Lo sé!—respondió él dando un puñetazo en la mesa. ¡El reparto de la ternura maternal está ya hecho! ¡Bah! pues qué, ¿no viste ni oiste lo que ocurrió en la capilla? La tenía yo en mis brazos y ella no veía más que á él y continuaba exclamando: «Mi hijo, mi hijo querido.» ¡Luego ella sabe que somos dos, y es preciso que me resigne á no ser solo!

Mientras hablaba así, sus ojos se llenaban de lágrimas. Conoció que había tocado la fibra sensible. No esperaba convencerle en los pocos minutos que habíamos de estar solos, puesto que *Trinidad* iba á volver; pero podía moderar el impulso del primer momento.

—Pues bien, pensad—le dije—en el inmenso dolor que causaríais á vuestra madre si, como es probable, sois presa de una ilusión que indudablemente la haríais compartir. El despertar sería espantoso para ella y ridículo para vos; todos tendrían el derecho de acusaros de precipitación y de deciros que el aturdimiento es una de las formas del egoísmo.

—Tienes razón—me dijo;—me repites los mismos argumentos de mi ayo. Lo sé. Sé que voy

demasiado de prisa; es efecto de mi costumbre de obedecer al primer movimiento. ¿Crees, pues, que mi madre no está segura, que sólo presume?....

—Si tuviera ella seguridad de algo, ¿por qué no había de deciros ante todo el mundo: «Abraza á tu hermano?»

—¡Ah!—dijo Roger, desgarrándosele el corazón y ocultando la cabeza entre sus manos.—¿Por qué no me lo ha dicho? Eso, eso es lo que yo me pregunto.

Y levantándose, me miró, exclamando:

—¡Tu sonrisa es maliciosa, Carlos! Te prohibo que me contestes. Véte y dejame solo.

Me guardé bien de obedecer. *Trinidad* entró con el café. Roger se había sentado de nuevo y ocultaba su rostro, reprimiendo los sollozos que subían á su garganta.

—¿Está mal el señor Conde?—me dijo *Trinidad* en voz baja.

—Sí—le contesté—tiene una pequeña neuralgia en la cabeza; le suele dar con frecuencia.

—En ese caso, el café es lo que le conviene—replicó.

Y dirigiéndose á Roger:

—Tomadlo caliente, señor; os aliviará. Es bueno, yo mismo le he preparado, y os aseguro que

sé hacerlo; también preparo el de Mr. Alfonso y cuido de que esté bien, porque sé que es su única golosina.

Roger hizo un gesto de impaciencia.

Gastón vió que lloraba, y en vano quise intervenir.

Me rechazó, y rodeando á Roger con sus brazos,

—¡Tenéis penas!—dijo—¡ó estáis muy malo!

¡Señor Conde, querido señor, decidme lo que tenéis!

—¿Qué te importa?—dijo Roger con tono brusco.

—Lo siento mucho.

—¿Por qué?

—Porque os quiero.

—¿Quién te manda que me quieras? ¿por qué me quieres?

—Porque sois mi señor y sois bueno.

—¡Tu señor! ¡imbécil! ¿Acaso existen señores?

—Sí; lo son aquellos de quienes uno quiere ser servidor.

—¿Por qué?

—¡Porque se los ama! No hay otra razón.

En aquel momento Roger estaba sentado en el lado opuesto al que había ocupado primeramente para cenar.

Como cuando llegó tenía calor y el comedor

estaba muy frío, le habíamos preparado una buena lumbre de leña que ardía á su espalda; la mesa estaba puesta muy cerca de la chimenea, y él había cambiado de postura por encontrar el fuego demasiado vivo, y estaba de cara á la lumbre y á un viejo espejo con marco ennegrecido por el tiempo y colgado sobre la repisa de la chimenea. Los ojos de Roger se fijaron en aquel espejo y vió reflejarse en él su rostro y el de su hermano, que permanecía en pie á su espalda. Quedó durante algunos instantes entregado á aquella contemplación, y de pronto, inclinándose hacia mí,

—¡Miral—me dijo por lo bajo.—¡Tu sonrisa era infame! ¡Miral te digo; ¡es el vivo retrato de mi padre la imagen que contemplo en aquel espejo!

Miré adonde me indicaba, y experimenté una especie de vértigo. Iluminado como estaba en aquel momento por las bujías colocadas en la mesa, *Trinidad* tenía una semejanza inconcebible con el Conde Adalberto de Flamarande.

—Es un juego de luz—contesté á Roger.—Volveos. No existe tal semejanza.

—No importa—dijo.—Déjame con él. Quiero probarle y saber si sabe algo. Tu presencia le asusta. Conmigo será más sincero.

Me dirigí á la alcoba como si fuera á hacer la

cama. Cerré la puerta tras de mí; pero estaba tan deteriorada aquella vieja puerta, que podía ver y oír fácilmente á través de sus hendiduras.

—¡Vamos!—dijo Trinidad tan pronto como hubo salido;—tomad el café, señor. ¡Hace un momento estabais tan alegre, y ahora tan cambiado! ¿Qué deseáis? ¿Qué puedo hacer para contentaros?

—Es preciso obedecerme—le respondió Roger con tono áspero.

—Mandad.

—Vé á buscarme otro café. Este es detestable.... no, es bueno, ven. Echa más leña en el fuego..... no, hay demasiada; retírala. Basta.

Roger hacía una prueba de verdadero niño, con objeto de ver si su hermano, informado de sus derechos, se rebelaba contra él. Gastón, como hombre de más mundo, demostraba una sumisión pasiva.

—¿Y ahora?—dijo cuando hubo obedecido al capricho de aquellas órdenes contradictorias.

—Ahora—dijo Roger conmovido interiormente—han terminado tus servicios.

—¿Puedo retirarme?

—No, es preciso que te sientes aquí.

—¿A vuestra mesa?

—Sí, á mi derecha..... ¡No, en mi sitio! Dame

eso—añadió levantándose y cogiendo la servilleta que su hermano tenía en el brazo.—¿Señor Conde, queréis tomar el café?—le dijo.

*Trinidad*, estupefacto, permanecía en pie, no sabiendo si debía prestarse á tan extraño juego.

—Contéstame—le dijo Roger empujándole en los hombros para hacerle sentar. ¿El señor tomará el café?

—¿Luego es necesario que os represente?

—Sí, contéstame como yo te contestaría; ante todo es preciso que me tutees.

—Pues bien, dame el café.

—¡Aquí le tenéis!—dijo Roger imitando la entonación de un mozo de café.

—No es ese el modo de dármelo—replicó *Trinidad* riendo.—Yo hubiera dicho: «Aquí está, señorito.»

—Es verdad. ¡Aquí le tiene usted, señorito! Pero tú toma la taza que te presento.

—¿Y vos no tomáis?

—Y tú ¿no tomas?—debes decir.

—Bueno, ¿y tú no tomas?

—El señor Conde no me ha invitado á sentarme á su lado—respondió Roger.

—Te invito—dijo Gastón.—Vamos, ¿ha terminado ya la comedia?

Quiso levantarse, pero Roger le detuvo y se sentó á su derecha diciendo:

—¡Vamos, á beber y á brindar!

—¿Con las tazas?

—Con cualquier cosa; quítate eso—prosiguió sacándole los guantes de algodón y arrojándolos al fuego.—Ya somos iguales, salvo que yo soy más joven. Ahora hablemos como dos amigos. Perdóname por haberte consentido que fueras el criado; era para probar tu amistad y tu buen corazón.

—La prueba ha sido muy dulce, y sólo deseo poderla continuar.

—Es bien sencillo—contestó Roger;—ambos seremos señores y criados; nos serviremos el uno al otro.

—Si es capricho vuestro, por esta noche le acepto con gusto—dijo Trinidad, más conmovido de lo que quería parecer;—no deseo otra cosa; pero es preciso no jugar á este juego delante de testigos.

—¿Por qué?

—Porque dirían que vos no tenéis formalidad y que yo soy poco respetuoso.

—¡Ah! ¿conque también tienes tus preocupaciones? ¡y yo que te creía filósofo!

—No tengo preocupaciones, pero sufro la ley que nos imponen las preocupaciones de los demás.

—Perfectamente; pero ¿y si además de la igualdad de educación y de honor, la única que es verdadera, existen también entre nosotros la igualdad de nacimiento y de fortuna?

—Posible es—respondió *Trinidad*—puesto que soy hijo de misterio; pero vos no lo sabéis, ni yo tampoco. Me suponéis gratuitamente nacido de una familia noble, y eso no es probable: mi madre es una aldeana, y de mi padre nunca he tenido noticias.

—¡Conque tu madre es una paleta! ¡Vamos, vamos, entonces no la conoces!

—Perdonad; la he visto con frecuencia.

—Y se llama.....

—Se llama *mi madre*. No la conozco otro nombre.

—¿Y..... dónde vive?

—Tampoco lo sé.

—¿No se lo has preguntado?.....

—No he querido saber nada.

Roger reflexionó un instante.

—¡Una aldeana!—dijo;—¡también puede vestirse una señora de aldeana! ¿Sabes si vive tu padre?

—Lo ignoro.

—¿No tienes ninguna idea de que pudiéramos ser..... *parientes?*

—No, ni tengo ninguna idea de ello—contestó *Trinidad* con tono firme—ni lo creo.

—¿Y si yo lo creyese?

—No podríais probarlo.

—¿Quién sabe? Si tú me ayudases un poco..... Procura recordar. ¿Acaso no te acuerdas de haber tenido una nodriza que se llamaba?.....

—¡Oh! ¡no lo he sabido nunca, ni tengo el menor recuerdo de ella!

—¿Quién te condujo aquí?

—Tampoco lo sé, porque nadie ha sabido ó querido decírmelo nunca.

—Pues á mí me han dicho que fué uno á quien tú conoces muy bien. ¡Mr. Carlos!

—¡Ah! nunca me lo han dicho.

—Llámale: vamos á preguntarle.

—¡No—dijo *Trinidad* con energía—no quiero!

—¿Por qué?

—No quiero saber nada de mí; ya os lo he dicho: mi nacimiento es el secreto de mi madre; ¡prohibo que nadie toque á él!

—Pero, ¿y si yo quisiera tocar á él por tu bien y el suyo?

—Señor Conde, vos no teneis ese derecho.

—¡Cómo! ¿aun cuando se tratase de restituirte un nombre ilustre y una gran fortuna?

—Aun cuando se tratase de mi vida.

—¿Y si se tratara de Carlota?

—Ni aun en ese caso. No, no quiero; no me digáis nada, no hablemos de mí; permitid que me retire.

—No, aun tienes que escucharme. ¿Y si se tratara de dar á tu madre la alegría más grande que haya podido experimentar en toda su vida, amargada por tu causa, de un terrible sufrimiento?

—Mi madre no ha tenido ni tendrá nunca penas por mi culpa.

—Te equivocas; cada vez que se separa de tí sufre horriblemente. Su felicidad sería vivir á tu lado; ¿no quieres ayudarme á darle esa felicidad?

—¿Cómo podría ayudaros?—dijo Gastón conmovido y trastornado.

—No ocultándome lo que sabes.

—Mr. Roger, me estáis atormentando; os juro por mi honor que no sé nada.

—¡Mientes!—exclamó Roger, reteniendo entre las suyas las manos de *Trinidad*.—¡Por lo menos sabes que somos hijos de la misma madre!

Gastón enrojeció, palideció, se levantó como para huir, y volvió á caer en la silla, diciendo:

—¡Pluguiese al cielo; Mr. Roger! pero no es cierto. ¿Quién ha podido deciros semejante cosa?

—¡Alguien que lo sabe, el que me ha educado, mi preceptor, mi amigo; un hombre honrado; el abate Ferras!

Aquella revelación cayó sobre mí como un pistoletazo. Perdí la cabeza y entré bruscamente, gritando:

—¡Es imposible! El señor Conde está en un error creyendo saber la verdad. Un hombre honrado no hubiese hecho traición á la confianza de vuestros padres. Mr. Ferras no ha podido deciros eso.

—¡Ah! ¡ah!—dijo Roger, mirándome con cruel ironía—y tú, el hombre honrado, escuchas tras de las puertas? ¡He ahí una cosa que yo ignoraba, y que me confirma en la idea de que has sido capaz de decirme muchas mentiras!

## XIII.

Yo estaba exaltado.

—¡Insultadme—le dije—pero no conseguiréis que calle, señor Conde! Combatiré toda calumnia contra el honor de vuestra familia.

—No se trata del honor de mi familia, Mr. Carlos—respondió Roger con altanería.—No sois vos quien me ha de enseñar á respetar á mis padres, y creo vuestras dudas en este punto tan ofensivas para ellos como para mí. Os he dicho que salieseis y habéis vuelto á entrar sin mi permiso....

—Á pesar de eso, permaneceré aquí—le dije, comprendiendo que la crisis suprema había estallado y que era necesario arrojarse á ella por entero.—Ultrajadme, pegadme si os place, pero no saldré de aquí sin saber lo que ha inventado monsieur Ferras para haceros dudar del honor de vuestros padres.

—¡Pluguiese al cielo; Mr. Roger! pero no es cierto. ¿Quién ha podido deciros semejante cosa?

—¡Alguien que lo sabe, el que me ha educado, mi preceptor, mi amigo; un hombre honrado; el abate Ferras!

Aquella revelación cayó sobre mí como un pistoletazo. Perdí la cabeza y entré bruscamente, gritando:

—¡Es imposible! El señor Conde está en un error creyendo saber la verdad. Un hombre honrado no hubiese hecho traición á la confianza de vuestros padres. Mr. Ferras no ha podido deciros eso.

—¡Ah! ¡ah!—dijo Roger, mirándome con cruel ironía—y tú, el hombre honrado, escuchas tras de las puertas? ¡He ahí una cosa que yo ignoraba, y que me confirma en la idea de que has sido capaz de decirme muchas mentiras!

## XIII.

Yo estaba exaltado.

—¡Insultadme—le dije—pero no conseguiréis que calle, señor Conde! Combatiré toda calumnia contra el honor de vuestra familia.

—No se trata del honor de mi familia, Mr. Carlos—respondió Roger con altanería.—No sois vos quien me ha de enseñar á respetar á mis padres, y creo vuestras dudas en este punto tan ofensivas para ellos como para mí. Os he dicho que salieseis y habéis vuelto á entrar sin mi permiso....

—Á pesar de eso, permaneceré aquí—le dije, comprendiendo que la crisis suprema había estallado y que era necesario arrojarse á ella por entero.—Ultrajadme, pegadme si os place, pero no saldré de aquí sin saber lo que ha inventado monsieur Ferras para haceros dudar del honor de vuestros padres.

Roger estaba tan exasperado, que quiso arrojarle sobre mí. Gastón le detuvo y le calmó.

—Mr. Carlos tiene razón—le dijo;—es preciso que le escuchéis, porque cumple con su deber. Yo no soy necesario para semejantes explicaciones; os dejo.

—¡No; tú permanecerás aquí!—exclamó Roger—¡fienes el deber de oirme justificar á nuestra familia, á la que este viejo miserable finge defender á fin de hacerte dudar de ella!

Iba á rejlicar, cuando llamaron á la puerta. Gastón fué á abrir.

—Es Ambrosio—dijo.—¿Qué quieres, buen viejo? ¿estás peor?

—No sé—respondió Ambrosio entrando;—no es por eso por lo que me he permitido..... Señor Conde de Flamarande, dispensadme; duermo ordinariamente en un cuarto del torreón. Temiendo molestar á vuestra madre, porque me levanto temprano y las puertas hacen mucho ruido, dormía en el establo, cuando Michelin, viendo que tenía fiebre, me ha obligado á que durmiese en su cocina, que está precisamente encima de este cuarto, y es necesario que sepáis que por esa chimenea oye el que está arriba todas las palabras que se pronuncien aquí. Yo estaba cerca de ella calentándo-

me, y á fe mía que, sin querer escuchar, lo he oído casi todo. No he aprendido nada nuevo, puesto que soy uno de los que se han ocupado de este asunto; pero me he dicho que no debía permitir que se hablase contra la verdad. No creo que esa sea la intención de Mr. Carlos; pero como conozco poco, ó por mejor decir, nada, á Mr. Ferras, quiero saber tambiénlo que ha podido decirnos, si tenéis á bien permitirselo á un pobre viejo, fiel como un perro, y que está orgulloso de merecer la consideración de vuestra madre.

—Sentaos aquí, Ambrosio—dijo Roger estrechándole la mano;—os conozco más de lo que creéis, y sé que no mentiréis. Escuchad, pues, lo que tengo que decir.

—Pero no aquí, señor Conde—dijo Ambrosio;—¡las paredes oyen! Como he sido albañil, conozco bien esto. En vuestro cuarto podéis decir todo lo que gustéis. Si entrase alguien en la cocina, ó si otro que no hubiese sido yo hubiera entrado hace un instante.....

—Tenéis razón—dijo Roger tomando uno de los candelabros.

Yo cogí el otro y pasamos á la alcoba, en la que yo había preparado una buena lumbre. Roger colocó una butaca muy cerca de ella, é hizo sentar á

Ambrosio, que estaba muy pálido, echándole sobre los hombros el cubrepies de su cama. Gastón sufría un verdadero suplicio, pero no podía sustraerse á la explicación, y parecía aún más inquieto desde la aparición inesperada de Ambrosio.

—He aquí lo que ha pasado—dijo Roger;—es tan sencillo, tan natural, que no comprendo que haya habido á mi alrededor quien no lo haya previsto; pero antes de hablaros de Mr. Ferras debo contaros la historia de mis padres. Todos sabéis que mi padre, á pesar de sus grandes cualidades de inteligencia y de carácter, padecía una enfermedad....., sí, una enfermedad del espíritu, consecutiva á otra crónica del hígado. Yo he consultado, sin nombrar al enfermo, á médicos de fama, y todos han estado conformes en decirme que las enfermedades del espíritu pueden sobrevenir en muchos casos á consecuencia de padecimientos físicos crónicos, y que particularmente la hepatitis da con frecuencia origen á ideas extravagantes, á sentimientos hostiles hacia tal ó cual persona, y aun á una clase entera de personas. Pues bien, mi padre no podía sufrir á los niños, y su primer hijo vino al mundo precisamente en una época en que su mal se hallaba en uno de sus más álgidos períodos. Mi padre hizo inscribir en el registro á su

primogénito con el nombre de Gastón de Flamarande, le llevó luego á su cuarto y dijo á su oído frases que no he podido averiguar cuáles fuesen, pero que revelaban en todo caso que el Conde era presa de un verdadero acceso de demencia. Digo esto para demostraros que no era entonces dueño de su voluntad. Después de aquella conferencia con el recién nacido hizo desaparecer á éste, confiándolo á Mr. Carlos Louvier, que está presente y no podrá desmentirme, el cual se lo llevó durante la noche, sirviéndose para ello de un caballo de resistencia y velocidad extraordinarias. Debo confesar que Mr. Carlos llevó á cabo aquel acto con la mejor intención; temía por la vida del niño, porque había visto el estado de delirio de su padre, y cuidó mucho del pobre *bebé*, al que condujo al Mediodía de Francia en compañía de una buena nodriza, á la que se había pagado bien, pero que posteriormente lo ha confesado todo. ¿Es exacto todo esto, señor Carlos? ¿Estoy bien informado?

Yo no podía negar en presencia de Ambrosio que me hubiera desmentido. Bajé, pues, la cabeza y Roger continuó:

—Me apresuraré á deciros que cuando mi padre recobró su lucidez, no quiso que ocurriese ninguna desgracia á su pobre hijo ni que le faltase

nada. Cuidó siempre de proveerle de todo lo necesario, pero de lo necesario nada más; luego aprobó que Mr. Carlos le trajese aquí para que fuese educado por estas honradas gentes y en sus mismas propiedades, y esto exige una explicación. El Conde había firmado á Mr. Carlos para que pudiese eximir su responsabilidad en caso necesario, una declaración en la que consignaba que no desconocía los derechos de su hijo primogénito, y que le hacía educar en el campo por aldeanos pobres á fin de robustecer su físico y preservarle de la enfermedad hereditaria que él padecía. Esa declaración existe. Mr. Carlos la conserva aún.

— ¡Lo creerá así el señor Conde! ¿cómo había de saberlo de un modo positivo? — repliqué yo.

— ¿Pero no negarás al menos que ha estado en tu poder? ¡La nodriza exigió verla y se la enseñaste! Pues bien, esa es toda la historia. Gastón sabrá acaso el resto. Ambrosio lo sabe de seguro. Sabe que mi pobre madre, á la que se había hecho creer que su hijo había perecido ahogado en el Loire con su nodriza, no se consoló hasta que me dió á mí la vida. Sabe que estuvo gravemente enferma y en peligro de muerte al perder á Gastón. Sabe que mi padre tuvo que permitirle criarme por sí misma y tenerme siempre á la vista.

Estábamos en Italia; mi padre había mejorado mucho y me veía sin aversión y hasta con cierta ternura; con la ternura que á él podía inspirarle un niño. No recuerdo esto para quejarme de él, sino á fin de que podáis explicaros su conducta para con Gastón, á quien nunca pensó en volver á llevar á su lado, y de quien ni siquiera se acordó en su última hora, puesto que no tomó disposición alguna ni en su favor ni en su contra. No hizo, pues, testamento, y yo deduzco de este hecho que quiso dejar las cosas á la voluntad de Dios, satisfecho de haber alejado de él á su hijo mayor, de haberse él alejado á su vez de su hijo segundo y de haber resuelto así el problema de ser padre de familia y de vivir sin hijos. Compadezcámonle, Gastón: dudo que fuese dichoso. Cierto es que no habrá sufrido las agitaciones ni las torturas de nuestra madre, pero tampoco ha sentido sus alegrías. De lo que ahora debemos tratar es de hacerla dichosa y de procurar que olvide el pasado. Comprenderás que no puedes sustraerte á á este deber y que hacías mal en temer tanto la verdad, Carlos.... mi viejo Carlos, que me ha hecho montar en cólera hace un instante, y al que pido perdón de mi arrebato, es un hombre digno á quien quiero mucho, pero es un loco al creer

que alguien puede haberme hecho interpretar mal la verdad. ¡No! nadie lo hubiera conseguido, y declaro que nadie lo ha intentado tampoco. Lo que ha sucedido tenía que suceder. Desde que existo sé que ha existido Gastón. Su trágica historia fué la leyenda de mi primera infancia. Luego, mi madre, que se había resignado á no tener más que un hijo, supo que no estaba probada la muerte de Gastón. Yo veía sus alegrías, sus dolores, sus esperanzas y sus inquietudes, y cuando adivinaba vagamente la causa, me decían: «No hables de eso á mamá; le hacen mucho daño esos recuerdos.» Así me acostumbraron á guardar silencio, y luego olvidé en absoluto á mi hermano, porque mi madre, que le había vuelto á encontrar, y que de cuando en cuando le veía en secreto, parecía consolada y jamás hablaba de él. Ahora voy á deciros cómo he descubierto la verdad, y cuando lo sepáis, creo, amigos míos, que no insistiréis en negar.

Yo callé, con la esperanza de averiguar si había aún medio de impugnar la identidad de Gastón con *Trinidad*. Ambrosio, absorto y mirando á la lumbre, era probablemente presa de una lucha cruel. Había jurado no hablar. ¿Habría? Gastón nada podía decir, puesto que, á excepción del

nombre de su madre, lo ignoraba todo y nada podía negar ni afirmar; pero yo leía en su mirada la profunda alegría de oír justificar á su madre por su propio hermano.

—Os diré—continuó Roger—qué clase de hombre es Mr. Ferras, porque no le conocéis, no; ni tú tampoco, Carlos, á pesar de haberle tratado con intimidad durante doce años y de creerte tan listo. Mr. Ferras, con su aspecto de bonachón y de indiferente á todo lo que no sea la bibliomanía y el juego de ajedrez, es mucho más listo que tú. Nunca ha tenido expansiones contigo, por más que muchas veces hayas tratado de ganarte su confianza; y de no obtenerla, has deducido que era un hombre frío é incapaz. Lo cierto es que nunca ha aprobado tu conducta en el asunto de Gastón. Creía que tú eras honrado y bueno, pero que estabas imbuido por ciertas ideas preconcebidas, y que eras demasiado adicto á mi padre para serlo sin reservas á mi madre. Había combatido la confianza que mi madre ponía en tí, y que él no ha compartido nunca; pero nunca había provocado en mí el menor recuerdo de la infancia, relativo á mi hermano, al que creía sacrificado en absoluto para el porvenir. Cuando hace quince días nos anunció en Odessa el telégrafo la muerte de mi padre, ob-

servé en él un cambio extraordinario. Él, que nunca me había dirigido lo que vulgarmente se llama un sermón; él, que se valía siempre para reprenderme de cortas sentencias, bastante incisivas bajo su aparente dulzura, me habló de pronto con absoluta franqueza. Me reprendió abiertamente por mi ligereza y mis prodigalidades, y me hizo entender que la fortuna de que iba á entrar en posesión no era tan grande como podía haberme imaginado. Poco á poco, eludiendo siempre mis preguntas y viendo la impaciencia que me causaba, porque, la verdad, al sentirme libre y tan próximo á la mayor edad, me ví muchas veces tentado de enviarle al diablo, creyó deber dar un golpe de efecto para hacerme entrar en razón. Reconozco que hizo bien. Empezó por preguntarme si estaba bien seguro de ser hijo único y de poderlo probar. Con tal pregunta ya estaba abierta la brecha. En seguida despertó en mí el recuerdo de Gastón. Anonadé á preguntas á Ferras. Él me hizo desear la respuesta. Viajábamos frente á frente; y él, en lugar de responderme, me preguntaba á su vez. Cuando vió bien el fondo de mi corazón; cuando estuvo seguro de que en vez de contrariarme tener un hermano, sentía ardiente deseo de encontrarle de nuevo y devolvérselo á mi madre, me dijo, des-

pués de haberme hecho jurar por mi honor que comprobaría por mí mismo todas sus aseveraciones y que vería á mi hermano por mis propios ojos antes de hablar á mi madre del asunto. No dudaba él, sin embargo, que ella me hablaría antes; pero temía que acaso dudara algo, temiendo mis celos de niño mimado. No se equivocaba, por cierto, mi digno ayo. Ya sentía yo esos celos, íntimamente mezclados con mi alegría y mi sinceridad; pero pronto se disiparon al escuchar el relato de la vida de sacrificio y de tortura de mi pobre madre. Luego vi á Gastón y le amé en seguida; sentía verdadera prisa por decirselo á nuestra madre; pero Ferras, viendo que ella no quería escucharlo, me rogó que esperase, y he esperado. ¡Ahora ya no esperaré más; no quiero esperar más! Me he convencido en Montsparre de que mi madre tiene una razón para no abrirme su alma, y de que sufre amargamente. ¿Cuál es esa razón? Ese es el único punto que ignero y que me atormenta. Decidme la verdad vosotros que debéis saberla; dímelas tú, Gastón, si la sabes. Dímelas, Carlos, ó vos, Ambrosio, que de seguro la sabéis. ¡Os exijo que me le digáis!

Todos guardamos silencio; Gastón, tan conmovido, tan ansioso y tan poco resignado como su

hermano; Ambrosio, presa del escrúpulo de violar su juramento; yo, tratando de evitar á toda costa que entrase la sospecha en la ingenua alma de los dos jóvenes.

Roger se irritó de nuestro mutismo.

—¡Vamos, ya lo veo bien claro!— exclamó.— Se teme que sienta perder mi título y la integridad de mi fortuna! ¡Se me supone infame; y porque se sabe que soy frívolo y gastador, no se duda en acusarme de un sentimiento bajo! ¡Acaso se haya llegado hasta persuadir de eso á mi pobre madre! ¡Ah! ¡qué cruel castigo á mis primeras faltas de la juventud! ¡Qué lección tan terrible á mi inexperiencia! La merezco, aparentemente al menos, y juro que me aprovechará; ¡pero es atroz y me desgarrá el corazón!....

Sus ojos se anegaron en lágrimas, y Gastón, movido por irresistible impulso, se arrojó en sus brazos exclamando:

—¡No, no! ¡yo no! ¡yo no dudo de tí!

Se mantuvieron estrechamente abrazados durante largo rato. Yo estaba vivamente conmovido; Ambrosio lloraba. Se levantó para mirarlos, y arrastrado por la fuerza de la situación,

—¡Muy bien, muy bien!— dijo con voz entrecortada, pero clara.— Todo eso es muy hermoso,

Monsieur Roger; es propio de un carácter tan noble como el de vuestro hermano. Todo lo que os han dicho es la verdad; ¡os lo juro!

Roger abrazó á su vez á Ambrosio, agradeciéndole su testimonio. Yo conocí que se me iba á obligar á afirmar igualmente, y para sustraerme á la necesidad de acusar ó de mentir, aproveché la efusión de los demás para evadirme.

Fuí á refugiarme á la capilla, cuya llave tenía, y me encerré en ella, presa de una desesperación que no quería testigos. ¡Todo estaba, pues, consumado, y aquella borrachera de alegría que á mí mismo me había enternecido, era el fruto de una mentira! Á mis ojos todo estaba perdido, puesto que todo el mundo se había de poner de acuerdo con la ingeniosa..... ó por mejor decir, con la ingenua explicación del abate Ferras. Madame de Flamarande no resistiría á los ruegos de Roger; aceptaría desde luego la solución propuesta por el mismo: la de afirmar que el Conde estaba loco. Todos creerían en ella con gran facilidad, porque bien sabido era que era raro. Mi pobre amo no había sabido hacerse amar, y había herido muchas susceptibilidades que habían de tomar entonces su revancha. Quedaría siempre oculta la causa de su duelo con Salcedo. Se recordaría que antes de su

matrimonio había tenido el señor Conde otros lances de honor por causas frívolas, y en los que él había sido el ofensor con sus palabras agresivas. El nombre de Salcedo no se pronunciaría para nada en toda la historia del destierro de Gastón. La Condesa había tenido después una vida tan retirada y tan austera, que todo el mundo estaría de su parte, y nada tendría que temer al hacer reaparecer oficialmente á su primogénito. El recuerdo de un muerto que no había tenido amigos sería sacrificado á la rehabilitación de un hijo interesante, y Roger sería el primero en inmolar la memoria de su padre para legitimar al hijo de Salcedo.

Me retorcia las manos al hacer estas amargas reflexiones. Yo era el único que podía salvar la situación y hacer triunfar la verdad, porque Ambrosio y el abate Ferras creían firmemente en la inocencia de la Condesa, y Madame de Montesparré era demasiado grande y generosa para hablar. Además, ella no tenía prueba alguna: sólo podía abrigar dudas; ¡yo, sólo yo tenía una certidumbre! Sólo yo tenía una prueba.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## XIV.

¿Qué hacer? ¿influir sobre Roger, ponerle al corriente de todo, hacerle maldecir y despreciar á su madre? Todo mi ser protestaba contra este extremo, tanto más cuanto que la Condesa, por su confianza y su bondad, me había inspirado un verdadero afecto y que mi sumisión á los honrados consejos de Salcedo venía en provecho de mis intenciones.

—¿Qué hacer, Dios mío?— me decía yo, apoyándome en la tumba de Mr. de Flamarande.

É involuntariamente mis labios murmuraban estas palabras:

—¿Qué hacer, señor Conde?

La angustia me exaltaba. Me pareció que una voz interior me respondía en nombre de mi amo,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

al que acaso no había servido con bastante fidelidad.

—Confidente traidor—me decía aquella voz—has olvidado la obligación que te confié. Te has dejado convencer por lágrimas de mujer. Has colocado, sin consultarme, al hijo ilegítimo en condiciones en que era fácil á su madre encontrarle. Has sabido que ella le veía, que veía á Salcedo, y no me lo has advertido; otros me lo dijeron, y yo no pude oponerme á ello, porque sabía que no había de ser secundado por tí, y no podía fiarme de otro sino á riesgo de divulgar mi secreto. Quisiste ser bueno, pero tomaste gusto á ser independiente. Te avergónzaste de la ciega obediencia que me tenías; te enorgulleciste de tus propios juicios, te creíste más prudente y mejor que yo, y ahora ves tu obra, comprendes á lo que has dado lugar.

Creí oír aquellas palabras resonando dentro de mis oídos. Creí ver levantarse ante mí la lívida y contraída fisonomía que pocos días antes había visto en su lecho de muerte. Me sentí acometido de terror y salí precipitadamente de la capilla; volví al lado de Roger sin proyecto alguno determinado y con la cabeza trastornada. Le encontré paseándose solo en su cuarto y fumando.

—¡Ah! ¿ya estás aquí?—me dijo él.—Tú te has

ocultado, tú no has querido rendir tributo á la verdad. ¿Por qué? ¿me dirás por qué ahora que estamos solos?

—Queríais hacerme asegurar que vuestro padre estaba loco—le respondí;—sabéis bien que eso no es verdad y que yo no podré afirmarlo nunca.

—Yo no he dicho que mi padre estuviera loco. Lo que he dicho es que tenía accesos de delirio, de resultas de los cuales le quedaba una idea fija; esto les ha ocurrido á los hombres más serios y respetables, y aun á los genios. No veo, por lo tanto, en qué falto al respeto filial aceptando un hecho doloroso y desgraciadamente bien probado.

—¿Creéis que ese hecho parecerá cierto á todo el mundo?

—De seguro. La verdad resplandece siempre.

—No siempre, señor Conde. La verdad queda con frecuencia en las sombras, y entonces brilla la ilusión.

—¿Qué quieres decir con esas frases? Cualquiera diría que tú también..... Sí, sí; si yo lo he pensado siempre; me parece que tú tienes también tus manías.

—Claro, me habéis visto morir de tristeza en Menouville y os habéis permitido..... Siempre ocu-

re lo mismo; se acusa de locos á los que sufren, para dispensarse de compadecerlos.

—¡Veamos!—dijo Roger.—Tú sabes bien que yo te compadecía! ¿Me dirás el secreto de tus penas?

—Ni hoy, ni nunca. No os lo diré jamás. Y por otra parte, ¿para qué había de deciroslo? ¿No está ya todo perdido? ¿no habéis reconocido por vuestro hermano á Mr. Trinidad sin consultarme?

—No es á mí á quien toca reconocerle, ni en ello tengo ningún mérito; le reconoce la ley, puesto que su partida de nacimiento está en Sevines y no existe su partida de defunción. No tiene que hacer más que presentarse y alegar sus derechos. No le faltarán pruebas de su identidad, y tú mismo no podrás en justicia rehusárselas.

—Ahora, cierto es que estáis á su discreción; pero mientras él ignoraba quién era, no corríais riesgo alguno; habéis querido enseñarle lo que no sabía; os habéis empeñado en ello....

—¿No era ese mi deber? ¿debía yo esperar á que Gastón, enterado de sus derechos, viniese á decirme: alto, señor Conde, habéis ocupado mi puesto y es preciso que me lo devolváis?

—¿No podíais haber dejado á vuestra madre que os trazase una línea de conducta?

—Mi madre temía sorprenderme demasiado. Mañana tendrá la pobre un hermoso despertar; sabrá que acepto á mi hermano con los brazos abiertos; yo mismo se le presentaré.

—¿Estáis resuelto á ello?

—Completamente.

—¿Mañana temprano?

—Muy temprano. Se acostó al anoecer y no se quejará de ver salir el sol entre sus dos hijos.

—¿Y si os equivocáis? ¿Y si á la señora no le agradase vuestra resolución y os dijese que contrariáis formalmente las suyas?

—¡Eso es imposible! ¿á qué viene esa absurda suposición?

—¿Qué pensaréis si luego la encontráis fundada? No digáis á la señora que habéis ilustrado á *Trinidad*, y veréis como ella os prohíbe hacerlo.

Roger me miró fijamente y empezó á pasear de nuevo con febril agitación. No quería preguntarme más; se interrogaba él mismo.

—Comprendo—dijo deteniéndose de pronto;—mi madre tiene los mismos escrúpulos que tú, y su admirable generosidad los exagera aún más. No quiere que mi padre sea criticado, ni que se con-

fiese la locura parcial que le ha hecho obrar como ha obrado. No hay, sin embargo, medio de negarlo, á no ser que.....

—A no ser que.....—repliqué yo con más convicción que prudencia —á no ser que se atribuya el destierro de Gastón á una sospecha..... á un arrebató de celos..... injusto seguramente—añadí al ver palidecer los labios de Roger, en tanto que sus cejas se rodeaban de ese círculo de color rojo vivo que en los hombres rubios es la señal de una violenta cólera.

El Conde calló, sin embargo, como queriendo dejarme tiempo para emitir todo mi pensamiento. Yo continué:

—Los celos llevan siempre consigo la injusticia, porque son una pasión y no una enfermedad; pero ¿porqué queréis que se proclamen en alta voz las pasiones funestas ó las miserables aberraciones de vuestro padre? ¡La señora se opondrá á ello!

Roger pareció calmarse y reflexionar; luego continuó:

—Nada habría de extraño en que mi padre haya estado celoso de la más hermosa y más perfecta de las mujeres; pero esos celos no podían haber continuado después de veinte años de virtud, y á lo menos en su última hora, mi padre

hubiera reconocido los derechos de Gastón. ¡Ya ves, por lo tanto, que no hay medio de negar la locura! Por muy piadosa y generosa que sea mi madre, no puede evitar la necesidad, no puede en modo alguno imponer nuevos sacrificios á su hijo, ya bastante sacrificado, ni sería justo ni natural que lo hiciese, aunque fuera impulsada por un exceso de misericordia hacia su esposo que tanto la ha hecho sufrir. No tiene ese derecho, y yo tampoco. Los derechos de mi hermano son sagrados para mí, y jamás me prestaré á una simulación que tienda á privarle de ellos, ni aun á restringírselos.

—¿Y si vuestro hermano contase con recursos más considerables que los que había de producirle un reparto con vos?

—Los bienes de mi madre ascienden á bien poco, y mi padre, al no hacer testamento, me ha confiado, aparentemente al menos, el cuidado de su porvenir.

—No me refiero á la fortuna de vuestra madre, sino á la de Mr. de Salcedo.

Roger se estremeció.

—¿De Mr. de Salcedo? ¿cómo? ¿por qué? ¿Qué tiene que ver Mr. de Salcedo en nuestros intereses de familia?

—Él ha educado á Gastón, le quiere como si fuese su hijo, es rico, es libre, y quiere adoptarle y darle su nombre.....

—¡Mientes!—exclamó Roger.—Eso es imposible.

—No sólo no es imposible, sino que es cierto. La señora Condesa podrá decíroslo.

—¿Y consentiría eso la Baronesa?

—La señora Baronesa no tiene derecho alguno sobre Mr. de Salcedo.

—¿Pues no es su amante hace mucho tiempo?

—Nunca lo ha sido.

—¡Ah! yo creía..... ¡pero no importa! Mi madre no consentirá ese raro arreglo.

—No es raro en modo alguno, y la señora Condesa consiente en él.

—¡Pues yo no consiento! ¡Yo lo encuentro..... absurdo!

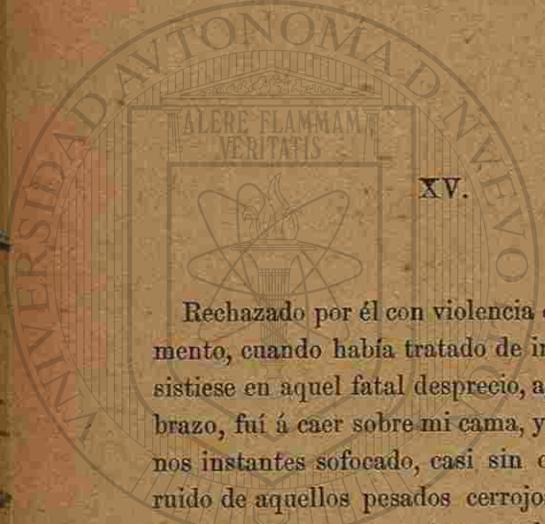
—¿Por qué?

No contestó; vi que en que en su corazón había entrado la duda. No era eso ciertamente lo que yo me proponía. Descaba tan sólo hacerle ver que su madre se exponía á la crítica de la opinión al hacer pública la existencia de su hijo mayor, que no necesitaba aquella publicidad para ser noble y rico.

Quise desarrollar este tema que nada tenía de ofensivo para ella. Roger, que atizaba la chimenea con unas tenazas enrojecidas por la llama, se irguió ante mí, levantando sobre mi cabeza aquella terrible arma, que volvió en seguida á arrojar en el fogón; pero me cogió por ambos hombros, y sacudiéndome con furia,

—¡Viejo miserable!—me dijo con voz ahogada—¡viejo lacayo! No necesitas decir más. No sé qué papel representas para conmigo; pero comprendo bien lo que quieres hacerme pensar. ¡Pues bien, yo te digo cara á cara que mientes, que mientes como un villano que eres, y que te prohíbo dirigirme nunca la palabra en adelante! ¡No quiero ni siquiera ver tu figura; no intentarás clavarme por segunda vez ese puñal envenenado en el corazón! Calla, calla, pues, y véte, véte inmediatamente.

Me empujó hasta mi cuarto, cerró la puerta del suyo y corrió los cerrojos.



Rechazado por él con violencia en el último momento, cuando había tratado de impedir que persistiese en aquel fatal desprecio, agarrándome á su brazo, fuí á caer sobre mi cama, y allí quedé algunos instantes sofocado, casi sin conocimiento. El ruido de aquellos pesados cerrojos, que presentía que me cerraban para siempre el corazón de Roger, de aquel niño querido, al que lo había sacrificado todo, hasta el honor, había quebrantado mi valor y aniquilado mi voluntad. No me quedaba más que un partido que tomar, y era el de dejar el servicio de la familia y trasladarme á vivir lejos del espectáculo de una expoliación que no podía ya evitar.

Recobré, sin embargo, mi lucidez y traté de investigar lo que hacía Roger; pero aquella puerta

no tenía ninguna hendidura ni agujero que poder aprovechar para mi objeto. Estaba recubierta por viejo cuero dorado, y la llave ocupaba el agujero de la cerradura por su parte interior. No podía ver ni siquiera si había luz en la habitación de Roger, ni oía en ella el menor ruido. Ó se había acostado y dormido, lo que no era probable, ó había quedado inmóvil ante la chimenea, absorto en sus pensamientos. Yo sabía que sus accesos de cólera duraban cinco ó seis horas por lo menos. No me atreví á llamar ni á hablarle á través de la puerta. Me propuse acechar su salida á fin de tener una nueva explicación con él antes de que conferenciase con su madre. Tenía que esperar bastante tiempo, puesto que no eran más que las doce, y Gastón no iría indudablemente á buscarla hasta las seis de la mañana por lo menos.

¿Cómo ocupar mi cruel insomnio? Mil confusos pensamientos pasaban como relámpagos por mi cerebro. Por fin concebí una idea clara. Mr. de Salcedo era el único que podía salvar á Roger. Sólo él podía encontrar el medio de conciliar su propio deber con el cuidado de tranquilizar al hijo legítimo acerca de la virtud de su madre. Su honor estaba interesado, y yo fiaba mucho en la honradez del Marqués. Mr. de Salcedo era hombre de clara

inteligencia y de buen corazón. Se lo diré todo, pensaba yo, lo confesaré todo si es necesario, aun exponiéndome á su desprecio y á su indignación. Bien podía hacer esto más por Roger, puesto que por cariño á él había llegado hasta á envilecerme. Si á pesar de deshonrarme así no conseguía salvarle, no me quedaba otro recurso que levantarme la tapa de los sesos. ¿Por qué no? Perdidos su amistad y su cariño, no tenía por qué amar la vida. Me proveí de una luz, atravesé la capilla y el jardín, del que se podía salir por una escarpada brecha. Busqué en el sendero la puerta del subterráneo que conducía al *Refugio*. Mr. de Salcedo no cerraba de ordinario aquella puerta, y efectivamente la encontré abierta. Encendí mi bujía y llegué hasta el punto en que estaba la campanilla que daba á la cueva del *Refugio*. Llamé resueltamente. Transcurrieron algunos minutos, los precisos para levantarse, y Mr. de Salcedo abrió la puerta. La franqué y encontré abierta la trampa en lo alto de la escalera; el Marqués, envuelto en una bata, me preguntó que qué ocurría.

Yo le supliqué que me concediese una hora de conversación. Me hizo subir á su cuarto, y allí le conté sin reflexiones ni comentarios lo ocurrido ante mí aquella noche entre Roger, Gastón y Am-

broso. Mr. de Salcedo me escuchó con la más profunda atención, sin interrumpirme con una palabra ni un gesto. Cuando hube acabado, quedé aún mudo y absorto durante algunos instantes; luego me dijo con tono de confianza y de simpatía:

—Habéis hecho muy bien en ponerme al corriente de esas cosas, que alteran todos mis proyectos y exigen profunda reflexión. Ayudadme si podéis, como creo, á darme cuenta de una situación tan imprevista; vos conocéis á fondo el carácter de Roger; ¿creéis que su resolución de aceptar á Gastón sea duradera y formal?

—Sí, señor Marqués. Creo que Roger será inquebrantable en toda cuestión en que anden en juego los intereses, el honor ó la delicadeza.

—¡Oh! eso no lo dudo—continuó el Marqués;—pero ¿no sentirá celos al tener que compartir con otro la ternura de su madre?

—Los tendrá, los tiene ya.

—Eso es grave, pero acaso pueda remediarse. Gastón sabrá hacerse querer, y Madame de Flamarande logrará sin gran esfuerzo tranquilizar las inquietudes de Roger. No encuentro otro peligro seriamente temible que las injustas y dolorosas sospechas que podrían asaltar al joven si alguien comete la imprudencia de revelarle las que ha te-

nido su padre. ¿No teméis que lleguen circunstancias en que pudiera ocurrir esto?

—Ya ha ocurrido, señor Marqués; Roger es ya presa de sospechas y dudas que le torturan.

—Entonces, no me lo habéis contado todo! ¡Acabad vuestro relato!

Y mirándome con atención, continuó:

—¿Habéis sido acaso vos quien ha cometido la imprudencia que yo temía?

—Yo he sido—respondi yo casi en contra de mi voluntad.—Sabía las resoluciones tomadas en mi presencia por Madame de Flamarande hace pocos días, y quería evitar á toda costa que Roger las combatiese. Le he dado cuenta de vuestras intenciones de adoptar á *Trinidad*, y al oírlo, sin ninguna otra insinuación por mi parte, os lo juro, le ha acometido un verdadero acceso de furia. Me ha amenazado, me ha arrojado de su habitación, se ha encerrado en ella, y estoy seguro de que aun está en ella devorado por el furor.

Como Mr. de Salcedo me veía muy afectado, me reprendió con dulzura.

—No dudo de la bondad de vuestras intenciones—me dijo;—pero habéis cometido una grave imprudencia. Desde el momento en que Roger sabe que es su hermano y quiere reconocerle, no se de-

bía haber vuelto á hablar de mi proyecto de adopción, que debía haber quedado secreto entre nosotros.

—¿No era, sin embargo, preciso—dije yo—detener á toda costa la precipitación de Roger?

—¿A toda costa? No, y mucho menos cuando nada habíais de evitar. Si Roger habla mañana á su madre, como es probable, ya se guardará ella muy bien de hablarle de mí, y aceptará con inmenso júbilo ese sublime impulso de su corazón.

—No son más que las doce, señor Marqués. En pocos instantes podemos estar en presencia de la señora Condesa. Me acusaré, confesaré mi falta, y entre ambos encontraréis el remedio.

—¿El remedio? No lo hay.

—¿Cómo que no lo hay?

—No. Roger no podrá menos de sufrir con la duda que habéis sembrado en su alma. Sufrirá más ó menos tiempo; pero al presente, su madre no haría más que agravar sus sufrimientos si consintiese en dejarme adoptar á Gastón. Sólo una cosa puede hacerse, y es, advertirle que en el caso en que Roger le repita vuestras palabras, le responda que estabais completamente equivocado acerca de sus intenciones. Si él no la habla de vos, bien seguro estoy de que ella no le hablará una palabra

de mí. En todo caso, creo que se la debe prevenir para ahorrarle el disgusto de la sorpresa. Encargaos vos de ese cuidado. Voy á escribirla, y vos le llevaréis la carta, procurando verla antes que Roger. No creo que haya que prever nada más. El porvenir está en manos de Dios.

La resignación pasiva de Mr. de Salcedo, á quien yo creía tan leal y escrupuloso, me sorprendió y me confundió mucho.

—¿De modo—le dije muy emocionado—que el señor Marqués abandona la partida, sacrifica á Roger y consiente que sufra las consecuencias de las desgracias y las faltas de su familia?

—Él es demasiado caballero y demasiado honrado para quejarse de ello—respondió Mr. de Salcedo.—Nunca oirá acusar á su padre ni por su madre ni por Gastón, y como lo que le ha dicho Ferras es la estricta verdad, no le costará trabajo sostenerla contra los demás si le contradijesen, ó contra sí mismo si alguna vez pudiese ocurrirle aún algún mal pensamiento.

—Vos llamaríais un mal pensamiento á dudar.... á pesar suyo....

—¿Del honor de su madre?—continuó vivamente Salcedo.—Ciertamente; tal idea sería un consejo del demonio.

—Sin embargo—exclamé yo profundamente indignado y sin poder ya dominarme—vos habíais previsto ese mal pensamiento como una cosa natural y casi inevitable, al arrancar á la Condesa la promesa de callar. Madame de Montesparre lo había juzgado también así, y yo, ¡yo os he creído á los dos! Yo no hubiera confesado nunca á Roger los derechos legales de Gastón, que no pueden defenderse sino mintiendo ante Dios y los hombres.

Yo estaba muy exaltado; creía de mi deber rechazar todos los equívocos y llegar pronto á los hechos por medio de un golpe de efecto. Mr. de Salcedo se levantó y me miró con aterradora fijeza. Aquel hombre, á quien yo había creído tan timorato y tan delicado, era, pues, capaz de sostener también la mentira.

Me causó miedo, porque comprendí que Roger estaba perdido y que le faltaba su última garantía, que era el honor de Salcedo. Miré á éste con gesto de reproche, sosteniendo su amenazadora mirada. Él permaneció en pie, sonrió desdeñosamente y me dijo:

—¡Nunca creí, Mr. Carlos, que vos hubieseis puesto jamás en duda el honor inmaculado de la santa mujer de que hablamos! Permitidme que me sorprenda de encontrar en vos esos pensamientos,

después de la confianza con que os ha honrado durante tanto tiempo.

—Lo que vos no podéis suponer, señor Marqués, es que esa confianza haya sido completa.

Estas frases irreflexivas y desgraciadas, contrarias á la franqueza, me condujeron á un abismo.

—¡Mentís!—exclamó Mr. de Salcedo.—¡Intentáis sorprenderme y arrancarme la confesión de un vergonzoso secreto! ¡Mentís cobardemente! ¡Jamás ha podido decirnos Madame de Flamarande lo que queréis dar á entender, porque no podía decirlo, porque hubiera sido inferir un ultraje gratuito á la verdad, porque acusándose en falso de una falta me acusaba á mí de un crimen!

Yo me levanté á mi vez; mi trastornado espíritu seguía un camino falso. Mr. de Salcedo aludía á un crimen de traición para con su amigo el Conde, y yo me imaginé que se defendía de haber sorprendido y violentado á la mujer á quien amaba tan perdidamente.

—Madame de Flamarande no os acusa de nada—le dije.—El único que os acusa soy yo, puesto que me forzáis á ello. Vos os defendéis de haber cometido un atentado en el fuego de la juventud.... Pues bien; os equivocáis, señor Marqués: mejor sería que confesarais, ó por mejor decir, que fin-

gierais confesar ante mí que sorprendisteis en su sueño á una joven, á una niña, que no se atrevió á gritar y que no supo defenderse.... ¡Sí; eso sería más decoroso para ella y más honroso para vos que permitir que crea en alguna complicidad por su parte! Esa hipótesis, que yo he presentado más de una vez al señor Conde, es, en mi concepto, la más probable. No es posible que una mujer esté tan corrompida á los diez y seis años. No se engaña así á un marido á los pocos meses de matrimonio, sobre todo cuando ese marido se ha casado por amor y es honrado á los ojos de todo el mundo y tan agradable como pudiera serlo cualquiera otro. ¡Confesad, pues!.... ¡Pero no, no confesaréis nada; sacrificaréis á Roger, puesto que estáis decidido á ello!.... Pues bien; yo os declaro que Roger sabrá toda la verdad, aunque me cueste la vida. Nunca se la hubiera dicho, porque contaba con vuestra lealtad; pero veo que vos le abandonáis, y no he de abandonarle yo, su viejo servidor, el único amigo que le queda. Yo sabré inspirarle la firmeza que necesita.... ¡No.... eso no, no haré eso!.... ¡Veré á su madre! ¡Voy á verla ahora mismo! La diré que lo sé todo, que tengo pruebas; ella no se atreverá á negar; dejaré que duden de ella sus dos hijos si es preciso; pero no consentiré

la iniquidad de que se reparta la herencia de su marido entre el hijo legítimo y el que no lo es.

Mr. de Salcedo me había cogido el brazo derecho y me sujetaba fuertemente, con los ojos fijos en los míos, pero sin interrumpirme. Cuando quise marcharme para ir en busca de la señora, me detuvo, me hizo sentarme y me dijo con voz clara y firme:

—¡Mentís! ¡O sois un loco ó un malvado! Veamos ahora mismo vuestras pruebas. No saldréis de aquí sin haberlas enseñado.

—No estoy tan loco que las haya traído á un sitio en que no me sería posible defenderlas; lo que puedo deciros es que sólo tengo una, pero terrible, y que podéis buscarla sobre vuestro pecho, señor de Salcedo. Allí tendréis aún el *facsimile*; pero el original está en mi poder desde hace mucho tiempo.

Estupefacto, aturdido Mr. de Salcedo, llevó la mano á su relicario, le abrió y miró el papelito. Durante el atento examen que de él hizo pareció recobrar su presencia de espíritu.

—Es cierto—dijo—una mano muy hábil ha reproducido el original. Sin embargo, es lo probable que no me hubiera equivocado si hubiera abierto el saquito; pero desde hace quince años que le

llevo sobre mí, envuelto en una cubierta química impermeable, no le he abierto una sola vez por el temor de alterar su contenido, que quería conservar toda la vida como un talisman, como un preservativo contra la falta de valor, como uno de esos amuletos que usan los orientales y de los que no se separan nunca, porque les dan la esperanza de una vida mejor. Este era mi versículo del Corán, era mi única superstición. ¡El infame que me lo ha quitado puede creer que tiene en sus manos el signo y la consagración de veinte años de fuerza moral y de sacrificio!

Luego, mirándome fijamente, continuó:

—¿Sois vos quien ha dado esta muestra de sorprendente habilidad?

Era tan terrible su mirada, que comprendí la temeridad de mi conducta. Tenía sobre mí el original.

Salcedo era un hércules y podía forzarme á entregárselo.

Él adivinó mi ansiedad.

—Estad tranquilo—me dijo.—No usaré para con vos la violencia; rescataré mi talismán al precio que exijáis, porque por él tengo tanto interés como por mi vida; pero os lo dejaré en tanto que pueda ser útil, porque es el complemento de las

pruebas de inocencia que guardo en esa mesa. Sabed que os desprecio profundamente, y que si se tratase de mí solo, os arrojaría de mi casa sin responderos. Pero se trata del honor de una mujer pura y del porvenir de sus dos hijos igualmente legítimos. Váis, pues, á tomaros el trabajo de leer todas las cartas de Madame de Flamarande á Madame de Montesparre, á fin de que quedéis convencido de que no tenéis ninguna prueba contra la señora Condesa y de que vuestras tentativas para hierla no han hecho ni harán más que aumentar vuestra confusión. ¡Leed!

Abrió el cajón de la mesa y quiso hacerme sentar ante ella; pero yo rehusé.

—Todas esas cartas no significan absolutamente nada—le dije;—conozco todas las que han sido escritas antes de 1850. En la noche del 27 de Mayo de dicho año fué cuando abrí ese cajón y me enteré de todo lo que contenía; en la mañana del 28, y aprovechando vuestro sueño, aquí, en este mismo cuarto, sobre esa misma cama, os sustraje la prueba suprema y la sustituí con mi autógrafo. Las cartas que hayáis podido recibir después no probarán más que las dirigidas hasta entonces á Madame de Montesparre. Ninguna mujer prudente, colocada en tan graves circuns-

tancias, confiesa la verdad á una rival, por muy generosa que ésta sea. Podría citaros de memoria pasajes enteros de esas cartas que son una hábil denegación, al mismo tiempo que un equívoco apasionado dirigido á vos por el intermedio de la Baronesa; ningún juez de instrucción podría ver claro en esa correspondencia, en la sutilidad de esas expresiones y en el tono general de las cartas, que lo mismo pueden atribuirse á las emociones de la maternidad que á las del amor. Si la señora Condesa ha escrito después de aquella época á su amiga, si os ha escrito á vos mismo, no dudo que habrá guardado la misma actitud y que se habrá producido con la misma prudencia, puesto que me permitís leerlo todo; lo que no me enseñaréis son las cartas ó los billetes particulares que no pasaban por las manos de la Baronesa, que no estaban en aquel tiempo en ese cajón, y de los que son el evidente y enérgico resumen las cuatro palabras conservadas sobre vuestro corazón.

Yo argumentaba como un abogado con la tenacidad de la convicción y sin cuidarme de otra cosa que de demostrar la exactitud de mi convencimiento. Mr. de Saleedo, tratado por mí de embustero, me habia tratado á su vez de infame; está-

bamos en paz. Ya no le tenía miedo, porque me sentía sostenido por la sed de la verdad. Tampoco me avergonzaba ya de confesar la inicua investigación que en otros tiempos había hecho, y sólo me obstinaba en hacerle conocer que podría asesinarme, pero intimidarme no.

## XVI.

Salcedo comprendió bien que si yo era astuto como un agente de la policía secreta, era al mismo tiempo atrevido como un fanático y se abstuvo de volver á injuriarme.

Se contentó con responder:

—No podría enseñar á nadie cartas de Madame de Flamarande, porque jamás he recibido ninguna, ni siquiera el más sencillo billete, ni siquiera las cuatro palabras que tuve la imprudencia, la locura si así queréis llamarla, de cortar de una carta dirigida á otra persona, á fin de hacer de ellas un amuleto para mi uso. Me admira, señor Carlos, que habiendo explorado tan bien mis cajones, no os haya llamado la atención una de esas cartas. Esa es la prueba de que el hombre más hábil del mundo deja á veces escapar el detalle más significativo.

El Marqués abrió uno de los cajones de la mesa y tomó de él, con la seguridad de un hombre amante del orden, un legajo de cartas, en cuya cubierta se leía la fecha de 1849. Cogió del fin del legajo dos ó tres cartas, y encontró en seguida la que buscaba. Me la presentó y me invitó á leerla. Era corta y decía así:

«No le veré, pues, este año, ¡pobre hijo mío! Sí, ya sé que esas entrevistas son peligrosas para mí y para él, y que cualquier influencia me obligaría á suprimirlas por completo. ¡Por amor á mi querido Roger, del que no quiero que me separen, me privaré de ver á mi pobre Gastón! ¡Ah, mi querida Elena, mi verdadera amiga! dí á la Baronesa que trate de hacerle ir á su casa. ¡Hace tanto frío y es tan dura la vida en esas rocas de Flamarandé! Dila que por lo menos se informe á menudo de su salud, que sea para él una segunda madre y.....» Allí la letra estaba cortada, faltando la última línea y la firma, y ajustando la línea que él había cortado exactamente sobre el original, «y vela por nuestro hijo, Rolanda.» Mr. de Salcedo me hizo ver que lo que yo había tomado por un billete dirigido á él, no era más que el fin de una carta dirigida á Elena. Yo recordé que en la época en que se había escrito aquel billete, Elena,

que tenía una hermana colocada en casa de la Baronesa, había hecho un viaje á Anvernia para verla. Encargada por la Condesa de informarse de Trinidad, era probable que hubiese escrito que estaba bien, y que aconsejando Salcedo ó la Baronesa á la señora que no fuese, ésta hubiera contestado con aquella carta á Elena. Madame de Montesparré, que se lo trasmitía todo á Salcedo, podía muy bien haberle enviado esta respuesta, y el amante, siempre apasionado y siempre romántico, podía haber tomado por divisa, por regla de conducta, por supremo consuelo, aquel ruego dirigido á Elena, y que él se aplicaba á sí mismo: *Vela por nuestro hijo.*

¿Cómo había escapado á mi atención aquella carta cuando había registrado el legajo? Y si la carta había pasado por mis manos, ¿cómo no me había chocado el corte de la última línea y de la firma? Verdad era que había hecho aquel examen presa de una emoción bien fundada y de una gran fatiga física; tal vez en el momento que tenía en mis manos aquella carta habría debilitado mi atención cualquier ruido exterior y el temor de ser sorprendido.

Quedé mudo y sin saber lo que me pasaba. Mi espíritu se volvía de nuevo á la terrible noche de

Mayo de 1850. Ya no veía á Mr. Salcedo, me creía solo. El viento de la noche parecía arrojarme al rostro burlonas risas, y su vibrar sobre los cristales parecía decirme: «¡imbécil, te has creído un sabio y eres un solemne estúpido!» Mr. de Salcedo me examinaba, leía en mi pensamiento. Me sacó de mi estupor retirando de mis manos la carta dirigida á Elena, que volvió á colocar en el legajo juntamente con las palabras cortadas; luego me dijo con abrumadora sonrisa:

—Esto os prueba, señor Carlos, que yo he sido siempre un insensato, por no decir un necio. Enamorado en mi juventud de una mujer adorable, hubiera muerto antes que dejarla sospechar mi amor, y yo os aseguro que no lo sospeché hasta que vió sus funestas consecuencias; pero creyendo que había partido, figurándome que no la volvería á ver nunca, anhelando un recuerdo, un perfume, algo que hubieran tocado sus manos, entré por la noche en su cuarto para coger de él una flor.... Con esta romántica acción causé la desgracia de toda su vida; más tarde, creyendo haberlo reparado todo sacrificando la mía á su hijo, oculté en mi seno cuatro palabras escritas por ella, en unión de la otra reliquia, de la flor manchada con mi sangre, y este humilde tesoro me ha sido ro-

bado por el espía del marido y se ha convertido en sus manos en un arma contra ella. Verdaderamente—añadió con amarga sonrisa—que no soy afortunado. Me parece mucha desgracia haber sido tan cruelmente castigado dos veces por dos faltas, que no me han producido otra cosa que la vergüenza de ser despojado por un infame y la desesperación de haber causado la desgracia de una familia.

Empezó á pasearse por el cuarto pasándose la mano por la frente como si hubiese querido arrancar sus cabellos que el dolor había blanqueado; luego se detuvo de pronto, sonrió y pareció iluminado de una alegría repentina.

—¡ Pero no — dijo — blasfemo, y es estúpido blasfemar ante los ateos! ¡Es evidente que vos no creéis más que en el mal, como desgraciado servidor envilecido que sois de una mala causa! Os compadezco, porque en el punto culminante de una vida de sacrificios, no viendo en mi pasado más que disgustos y torturas, y en mi porvenir más que trabajo solitario, me siento animado de una fuerza singular que ha de darme la victoria. ¡He querido reparar y he reparado! ¡He renunciado á todos los placeres de la vida, á los goces de la fortuna, á las ambiciones de la juventud y á las de la virilidad,

á los placeres, á la actividad, á la gloria, al matrimonio y al amor! Me he hecho anacoreta. He servido obscuramente á la ciencia, he ocultado cuidadosamente á la que amaba la incurable herida de mi alma para no lacerar la suya, y con todo esto he vuelto á encontrar la paz y la alegría de mi conciencia y he sido más útil que si hubiese servido á una causa política ó secundado la acción de los hombres trabajadores de mi época; he educado al hijo de un hombre injusto que le había condenado á las tinieblas. Le he enseñado á vivir, he hecho de él un hombre de corazón, un hombre de bien y un hombre de ciencia. Se lo he devuelto á su madre, y se lo he devuelto digno de ella. No soy, pues, digno de lástima, no tengo derecho á considerarme desgraciado. Si no he tenido bastante fuerza de voluntad para arrancar de mi pecho un sentimiento funesto, la he tenido al menos para ocultarle y lo he conservado tan puro como el primer día. ¿Será de ese sentimiento mudo y respetuoso de lo que se me acusa ante los hijos de Mr. de Flamarande? Uno de ellos, el que me conoce, responderá que mi silencio honra á su madre; el otro comprenderá que á nadie debo cuentas de los combates interiores en que he sabido triunfar. Id, pues, Mr. Carlos, á acusarme ante Roger de que he queri-

do introducir un extraño en su familia; os aseguro que no lo creará, á menos que sea presa de una corrupción improbable en su edad. Además, yo sabré exculparme. ¿Créis que sufriría en silencio una imputación calumniosa? No; lo diré todo, si á ello se me obliga; lo diré todo, porque todo puedo decirlo, puesto que nada hay ni ha habido que no proclame la razón, la moralidad y la castidad de su madre. ¡Veamos, hablad! ¿Qué pensáis hacer? Ahora ya os conozco y sé que sois capaz de todo. No trataré de impedir vuestra peligrosa iniciativa; pero os vigilaré, me pegaré á vos, escucharé vuestras palabras y estaré allí para explicarlas y desenmascarar al impostor. ¡Responded, pues! ¿Qué pretendéis hacer? No es el valor para obrar lo que os falta; bien lo habéis probado al venir aquí, creyendo encontraros con un hombre capaz también de todo para impedirlos desenmascararle. Ahora soy yo quien os invita á proseguir vuestra obra de traición y delación; pero no trabajaréis ya en las sombras, os lo advierto; cara á cara conmigo es como tendréis que emprender de nuevo la lucha.

## XVII.

Yo estaba aterrado y tuve que hacer un gran esfuerzo para responder. Por fin conseguí reponerme y explicarle el objeto que había perseguido. Le conté toda mi vida, resumiéndola en pocas palabras, á fin de no mostrarle más que los puntos esenciales: mi afecto á mi bienecor, mi primera creencia en su injusticia, mi deseo de preservar á Gastón de sus rigores, y luego el descubrimiento de la verdad que había creído hacer en el Bosque de BOLONIA. Él recordó haber sido seguido aquel día por un hombre, al que había tomado por un ladrón ó un timador y había estado dispuesto á sacudirle un bastonazo. Le referí de qué modo le había seguido y vigilado, y cómo, al condenarle las apariencias, había yo sido arrastrado por mi amor á Roger á la acción, páfida y temeraria á la

vez, de leer su correspondencia y de despojarle durante el sueño de lo que yo consideraba entonces y había considerado siempre como un medio de salvación para Roger. Le expliqué la dolorosa lucha entre mi afecto á la Condesa y mi cariño á su hijo, por cuyos derechos consideraba tener el sagrado deber de velar. Le dije por fin que si creía tener derecho á tratarme de infame y de espía, no podría al menos suponerme interesado ni egoísta. Podía probarle este último punto, y mi orgullo herido no resistió al deseo casi insensato de hacerlo en seguida.

— Nunca se me ha pagado — le dije; — he compensado con mis largos y fieles servicios los adelantos que Mr. de Flamarande me hizo para salvar el honor de mi padre. Jamás he querido, á pesar de sus obstinadas ofertas, aceptar ninguna recompensa por mis fatigas de cuerpo y de espíritu. En su última hora quiso hacerme un legado de cien mil francos. Helos aquí, los encontré bajo su almohada con un sobre á mi nombre, y ya véis que los he puesto en otro para restituirlos á su heredero. Os hago depositario de ellos. No los quiero, no quiero nada, no necesito nada ni á nadie, á pesar de que nada tengo. Ya encontraré una ocupación cualquiera. ¡Necesito tan poco para

vivir! Tendré una satisfacción relativamente igual á la vuestra, señor Marqués, el testimonio de mi conciencia, y como vos, podré decir que si no siempre he sido dueño de mis sentimientos, por lo menos no he obedecido más que á una idea del deber y á una necesidad de cariño.

Mr. de Salcedo me dejó depositar los cien mil francos sobre su mesa. Me miraba atentamente y parecía estudiarme. Aquel examen me turbaba, temía haberme dejado arrastrar al presentarme ante él, como un hombre demasiado satisfecho de sí mismo, y sin embargo, sentía la necesidad y usaba del derecho de justificarme en su opinión.

—No habéis concluido—me dijo, viendo que esperaba su réplica. No me habéis dicho cómo juzgáis vuestra situación presente ni lo que pensáis hacer.

—Creía haberlo dicho, señor Marqués; pienso marcharme lejos de aquí y de todos los Flamarandes. Lo sentiré, porque los he querido á todos, y lloraré á Roger, que ha sido mi predilecto; pero conozco que he terminado mi misión, y puesto que ha acabado mal, quiero huir de los reproches. Os doy mi palabra de honor de que al salir de vuestra casa partiré para siempre, y nunca más volveréis á oír hablar de mí.

—Permitidme una última pregunta, Mr. Carlos. ¿Partiréis con la convicción de que os habéis equivocado, de que Madame de Flamarande es irreprochable y de que Gastón de Flamarande es tan legítimo como Roger? En caso de que os quedase alguna duda, tengo el deber de daros todas las explicaciones que podáis desear. Ya véis que os trato como á hombre formal.

—No sé si por convicción ó por piedad—le respondí;—pero os contestaré con franqueza. En este momento creo que me decís la verdad, y como las pruebas en que había fundado mi juicio han perdido todo su valor, tengo aquél como nulo. Sin embargo, yo me conozco; soy suspicaz por instinto. Tengo una naturaleza inquieta; he vivido largo tiempo bajo el imperio de una duda que he creído fundada, para pasar de un golpe de la negación tormentosa á la fe serena. La más pequeña causa hará reaparecer mis dudas, y acaso vuelva á ceder á alguna preocupación malsana que tome por una verdad imperiosa. Es necesario que me aleje; ésta será la mejor de las soluciones. Me iré á América ó Australia, á cualquier parte, con tal que sea bastante lejos para dejar de ser temible á mí mismo y á los demás. Permitid que me despida de vos: todas las cuentas de mi ges-

ción se hallan en el más escrupuloso orden, y el presupuesto de Menouville está en perfecto equilibrio. En cuanto á los demás negocios del Conde de Flamarande, hace ya tiempo que no sé una palabra de ellos, y ningún dato podría proporcionar.

—Escuchadme, Carlos—dijo Mr. de Salcedo con repentino acento de benévola dulzura y colocando su mano en mi hombro;—escuchadme bien y acaso recobréis vuestro valor. Después de una hora de observaros como nunca había tenido ocasión de hacerlo y de escucharos sin resentimiento, creo haberos comprendido. Escuchad, pues, mi juicio acerca de vos. El mayor servicio que puede prestarse á un hombre que se halla en vuestra situación, es ayudarle á conocerse bien á sí mismo, y yo quiero y debo prestaros ese servicio.... Hace un instante os he tomado por un infame, luego por un loco, después por un maniaco, y me he preguntado si Mr. de Flamarande os contagiaria de su enfermedad durante sus largas relaciones con vos.

—Algo hay de eso—respondí tristemente.—

¡Ya me lo he dicho yo muchas veces!

—Pues bien, no—continuó Mr. de Salcedo—no sois ni loco, ni maniaco, ni infame, ni malvado;

sois un carácter inquieto, como vos mismo habéis dicho, dirigido por cierta exaltación cuyos móviles no conocéis. Estos móviles son dos: el primero es la vanidad, llamémosle si queréis el orgullo ofendido; y el segundo.... ¡Oh! el segundo no lo confesaréis jamás, ni yo os lo indicaré; pero ya me comprendéis sin que lo diga.

—Os equivocáis, señor Marqués—exclamé yo, sintiendo correr por mi frente un sudor frío, porque le veía en camino de lanzarme la acusación que siempre había temido más que nada.

—Tan pronto habéis adivinado—continuó él—que si alguna duda hubiera podido abrigar, ya ha desaparecido. Sí, ése, ése es el mal oculto que nos ha perdido á ambos. A mí me ha lanzado á una exaltación no menos viva que la vuestra; pero las circunstancias me han conducido perentoriamente al cariño noble y desinteresado. No me alabo por ello; comprendo que hubiera sido un infame si hubiera desconocido mi deber. En cuanto á vos, ¡oh! vos habéis sufrido de otro modo, y vuestro afecto se ha cambiado en persecución; vuestro amor propio había sufrido demasiado en la servidumbre doméstica á que estabais condenado, y puedo decir, sin temor de equivocarme, que habíais nacido para mandar y no para obedecer. Habíais recibido una

buena educación, erais apto para todo, y vuestra presencia y aspecto inspiraba confianza. Os hubierais creado con relativa facilidad una posición social desahogada y honrosa; pero creísteis poder servir impunemente á la aristocracia, y desde entonces habéis sufrido sus influencias; os habéis identificado con las cuestiones de honor, con los prejuicios románticos, con los renovados dramas de antiguas leyendas, cosas de que ni siquiera hubierais tenido idea si hubierais continuado haciendo la vida de la clase media. Fuera de vuestro centro, os sentíais, á pesar vuestro, al igual de vuestros amos. Condenado á miraros como su inferior, vuestras impresiones han tomado un carácter de acritud, de despecho, y sobre todo de celos, de que yo he sido el principal objeto.

Me levanté como loco, pero el Marqués me obligó á sentarme de nuevo.

—No diré más—continuó con calma.—No es á mí á quien corresponde condenaros y desconocer el imperio de una pasión que puede hacernos abyectos ó sublimes, según las circunstancias en que nos coloca el destino. Permitid que os diga, en la necesidad que siento de rehabilitar en lo posible á un hombre tan honrado y tan delicado en lo fundamental como vos lo sois, que el que ha vio-

lado mi domicilio, abierto mis muebles, leído mi correspondencia y robado de encima de mi cuerpo una pretendida prueba de adulterio, no era ni un malhechor ni un espía; era un celoso desesperado, que aceptaba el papel y usurpaba los derechos de un marido vengador.

La fría autoridad de Mr. de Salcedo me hirió una vez más. Ni yo mismo sé aún si estaba en lo cierto al hacerme tal imputación. Nunca he querido ni quiero creerlo. Negué con obstinación, suficiente al menos para convencerle de que nunca había acariciado ninguna quimérica idea, y comprendí que me iba haciendo más caso á medida que veía mi sinceridad.

—Vamos—me dijo—no volvamos á hablar jamás de esas cosas; que queden en absoluto secreto entre nosotros, lo mismo que todo lo demás. Os doy mi palabra de honor de que nadie llegará á apercibirse de vuestra conducta para conmigo ni de la causa que le atribuyo. Podéis conservar intacta la estimación de Madame de Flamarande y la amistad de Roger. Á vos os toca justificaros, y lo que es ahora estoy seguro de que no volveréis á caer en la tentación de turbar su tranquilidad. Ya véis que á pesar de lo que habéis hecho contra mí, porque sólo para conmigo habéis sido gravemente

culpable, tengo aún confianza en vos. El único medio de remediar la humillación que sufrís ante mí, es rehabilitaros completamente en mi estimación. Yo os ofrezco el medio de lograrlo, jurándoos que podéis permanecer ligado á la familia Flamarande, puesto que ninguna revelación ni advertencia mía os quitará la confianza que en la actualidad os dispensa.

—Creo en vuestra palabra, señor Marqués, pero ignoro si podré aprovecharme de vuestra generosidad; no lo creo fácil en el estado de aniquilamiento en que me encuentro. Sin embargo, no quiero separarme de vos sin restituiros á vos y al Conde Gastón dos documentos de importancia. He aquí en primer lugar el autógrafo que os robé en otros tiempos; en segundo lugar, aquí tenéis también la declaración del señor Conde Adalberto de Flamarande, que prueba los legítimos derechos de Gastón y explica las causas de su destierro. He engañado á la señora Condesa diciéndola que su marido me había vuelto á recoger este documento. Creía entonces que si se lo entregaba ponía este último recurso al servicio de la mentira; pero también he engañado al Conde en su lecho de muerte diciéndole que este documento había sido destruído, porque quería entonces reservarme el derecho

de proclamar la verdad, si llegaban á quedar destruídas mis suposiciones.

—¡Gracias, Carlos!—dijo el Marqués, recogiendo su talismán con evidente alegría.—Acepto también este otro depósito que me entregáis, y que es de la mayor importancia, porque justifica completamente á Madame de Flamarande ante sus hijos y á los ojos del mundo. Ahora, Carlos, hacedme el obsequio de recoger de nuevo el legado que os hizo Mr. de Flamarande. Ni Gastón ni Roger consentirían en que os despojarais de él.

—No me lo entreguéis, señor Marqués; ¡sería capaz de quemarlo!

—Pues bien, yo os lo conservaré, y encargaré á los herederos que os lo hagan aceptar.... Pero ¿dónde váis ahora?—añadió, notando mi insistencia en marcharme sin haber tomado un partido en lo que á mí se refería.

—No lo sé—le dije;—quiero pasearme, respirar, entregarme á mis reflexiones.

—Nada tenéis que reflexionar—continuó él.—Tenéis un deber inmediato que cumplir: habéis introducido la duda en el espíritu de Roger, y es preciso que la borréis del mismo antes que el joven vea á su madre; es preciso que le digáis que yo tengo efectivamente el deseo de adoptar á Gastón,

como consecuencia del afecto que siempre le he tenido, pero que Madame de Flamarande no ha consentido nunca en ello. Yo iré á advertir á la Condesa para que no contradiga vuestras aseeraciones; voy á escribirla, y muy tempranito la remitiré la carta por Carlota, que duerme á su lado en el torreón. Vos vigilaréis el despertar de Roger. No son más que las tres; tenemos tiempo de sobra. Si queréis esperarme, saldremos juntos.

—No, señor Marqués, prefiero estar solo. Cumpliré con mi deber; quedad tranquilo.

—Bien, pues hasta muy pronto—dijo Mr. de Salcedo tendiéndome la mano.

Me conmovió tanta bondad y tanta grandeza de alma. Gruesas lágrimas, durante largo tiempo contenidas, corrieron por mis mejillas y aliviaron mi corazón. Volví por el campo; tenía realmente necesidad de aire y de llorar con libertad, porque era presa de un abatimiento inexplicable. Cuanto me había dicho Mr. de Salcedo se presentaba incessantemente ante mi espíritu y me aniquilaba. Completaba por mí mismo el juicio que el Marqués había formado de mí, y mi conciencia lo agravaba en extraordinarias proporciones.

—¡Me ha dicho—pensaba—todo lo que debía decirme! Yo había creído que el fin justificaba los

medios, y ese ha sido mi error, mi condenación y mi vergüenza; hacer el mal para lograr el bien, es cosa que no da nunca buen resultado, y buena prueba de ello es lo que me ha ocurrido. Y cuando, además de todo, se equivoca uno en el objeto que persigue; cuando se ha hecho el mal para no conseguir más que hacerle mayor aún, como me ha ocurrido al desesperar á Roger con mis maliciosas insinuaciones, se ve uno tan cruelmente castigado, que bien necesario es reconocer que se ha equivocado uno de medio á medio, que se ha errado el camino de la vida y que no se ha mejorado nada la de los demás al destruir la suya propia. Cuando uno se ha dejado arrastrar por la corriente del mal, para nada bueno puede ya ser útil. ¿Qué podré yo reparar ahora? Creerán aún en mí, porque Salcedo tiene un corazón demasiado generoso; pero yo no creeré ya en mí mismo, me odiaré, me causaré vergüenza. ¡Ah! ¿por qué no me precipitaria desde las alturas de Menouville? ¿Por qué aquel disgusto profundo de la vida, que entoneés experimentaba, no me daría valor para acabar de una vez?

Me ví acometido de una especie de furor suicida, y es muy probable que hubiera cedido á él, sin un acontecimiento que me hizo comprender

que es una insigne cobardía suprimirse cuando se tiene el deber de sufrir un castigo que se merece.

Como había llegado al borde del torrente, el ruido producido por la caída de las aguas me impedía oír el galope de un caballo que corría por el sendero, más elevado que el cauce del Jordana. Cuando pasó casi por encima de mí, percibí claramente el ruido, distinguiéndole del choque del agua, y levanté la cabeza. No había amanecido aún, y no vi más que una sombra negra que corría por aquel estrecho y peligroso camino con la rapidez del rayo.

En el mismo instante me representé á Roger huyendo de Flamarande bajo la impresión de la duda que yo había infiltrado en su alma. Traté de subir al camino para cortarle el paso, pero era una tentativa imposible de llevar á cabo en aquel sitio, y más en la obscuridad. Apenas había subido algunos metros, cuando comprendí, por la distancia á que oía el galope del caballo, que éste estaba ya fuera de mi alcance. Corrí hacia el castillo, y encontré á Ambrosio en el quicio de la puerta.

—¿Qué es lo que corre por ese camino?—le dije.  
—¿Es algún caballo de la finca, atacado en el pasto por los lobos?

—No, no — respondió él; — no es eso. Es algo

que nos contraría más. Es Mr. Roger, que ha tenido el capricho de pasearse antes de que amanebiese. Yo no dormía, y le vi entrar en la cuadra con una luz y sacar el caballo de Michelin, que él mismo había ensillado; un animal noble, pero algo vivo de genio, y que se defenderá si le castiga. Todo el mundo duerme aún, y como Roger dejó encendida la bujía á la puerta de la cuadra, temí que se prendiese fuego y bajé, á pesar de que tengo aún fiebre. Al cerrar la puerta del patio, que el joven había dejado abierta, vi que Roger tomaba un camino por el que los caballos no pasan con facilidad, y grité, avisándole que se volviese; pero él no me oyó y tomó el galope. ¿Cómo correr en pos de él? ¡Hubieran sido necesarias unas piernas de quince años!

—Pero indudablemente habrá otro caballo en la cuadra. Yo montaré en él, y.....

—Sí; está la jaca de *Trinidad*, pero esa es más loca aún; sólo él puede montarla.

—No importa — dije; — yo también la montaré.

Corrí á la cuadra, y con ayuda del pobre Ambrosio, á quien hacía tiritar el frío de la fiebre, conseguí ensillar á la jaca, que no se prestaba de buen grado á ello. Iba ya á montar, cuando se

presentó Gastón, á quien había despertado el ruido; se enteró de lo que pasaba, saltó sobre el joven animal y se internó en el sendero seguido por Roger, con la ligereza de una sombra.

## XVIII.

*Trinidad* era ciertamente el único que podía alcanzar á Roger y conseguir que volviese, porque yo no creía en modo alguno en el capricho de un paseo nocturno. Subí corriendo á su cuarto con la esperanza de encontrar en él alguna carta, y en efecto, encontré una dirigida á mí.

«No digáis á mi madre que he venido á Flamarande. Nadie me ha visto más que vosotros tres. Dile que he partido á un viaje de recreo y distracción. Estaré ausente uno ó dos meses. Procurad que no se inquiete.

» Exijo que ignore en absoluto lo ocurrido ayer noche. Que crea que yo nada sé, y que obre como le parezca más conveniente. Yo me conformaré con su voluntad, cualquiera que ésta sea.

ROGER. »

presentó Gastón, á quien había despertado el ruido; se enteró de lo que pasaba, saltó sobre el joven animal y se internó en el sendero seguido por Roger, con la ligereza de una sombra.

## XVIII.

*Trinidad* era ciertamente el único que podía alcanzar á Roger y conseguir que volviese, porque yo no creía en modo alguno en el capricho de un paseo nocturno. Subí corriendo á su cuarto con la esperanza de encontrar en él alguna carta, y en efecto, encontré una dirigida á mí.

«No digáis á mi madre que he venido á Flamarande. Nadie me ha visto más que vosotros tres. Dile que he partido á un viaje de recreo y distracción. Estaré ausente uno ó dos meses. Procurad que no se inquiete.

» Exijo que ignore en absoluto lo ocurrido ayer noche. Que crea que yo nada sé, y que obre como le parezca más conveniente. Yo me conformaré con su voluntad, cualquiera que ésta sea.

ROGER. »

No había duda; el pobre muchacho había adivinado la verdadera causa del destierro de Gastón, y compartía el error de su padre y el mío. Advertí á Ambrosio que debía guardar silencio hasta nueva orden. Le aconsejé que se acostase de nuevo, y me dispuse á volver á buscar á Mr. de Salcedo para informarle de lo ocurrido y convenir con él en lo que debíamos decir á la Condesa si sus hijos no volvían en aquella misma mañana.

Encontré al Marqués en el subterráneo. Le di cuenta de todo, y pareció no inquietarse mucho.

—Gastón calmará á su hermano—me dijo—y le hará volver. Salgamos á su encuentro. He traído el documento que me entregasteis, y él pondrá fin á toda discusión.

Salimos del subterráneo y tomamos el sendero recorrido por ambos jóvenes. El sendero salía al camino ordinario á alguna distancia. Era efectivamente demasiado peligroso para correr por él á caballo, pero no encontramos señal alguna de accidente, y ya en el camino, pudimos seguir con facilidad la pista de ambos caballos, mezcladas una con otra, lo que probaba que no iban juntos, que no se habían encontrado aún.

Anduvimos dos horas próximamente á buen paso y sin hablar palabra. La huella de los caba-

llos continuaba, revelando siempre la misma persecución del uno tras del otro, sin punto de encuentro. Por fin, cuando nos aproximábamos ya á la *Violeta* vimos volver á Gastón solo, al paso de su caballo y llevando del diestro al de Michelin. Al percibirnos se apeó, cogió á ambos caballos de la brida y fué á nuestro encuentro, pálido, pero no triste ni asustado.

—Estáis intranquilos, y voy á deciros lo que ha ocurrido—dijo, sin esperar nuestras preguntas.—Entremos en el bosque y podremos hablar sin que nos interrumpan los transeuntes.

Nos separamos efectivamente del camino. Gastón ató los caballos á un árbol y nos echamos sobre la hierba. Los tres estábamos fatigados. Después de reflexionar un instante como para reasumir sus impresiones, Gastón nos refirió así su conversación con su hermano:

—No pude alcanzarle hasta que llegó á la *Violeta*; corría como el viento. No quería tampoco detenerse allí, pero su caballo había perdido una herradura y se había roto el casco. Esto le obligó á apearse, muy contrariado, porque había visto que yo le seguía de cerca y que no podía evitar mi presencia.

—¿Qué me queréis?—me dijo.—¿No tengo el

derecho de pasearme sin sufrir vuestra persecución?

—Mucho habéis cambiado desde anoche, según parece—le repliqué;—pero no podemos explicarnos tan cerca de estas gentes que curan á vuestro caballo. Tened la bondad de salir conmigo un momento.

—No tengo ganas de explicaciones. Quiero permanecer aquí. Dejadme en paz.

Dije en voz baja al posadero, á quien Roger había pedido un refresco, que se le sirviese en el jardín, y me alejé un poco. Cuando vi á Roger en aquel jardinito que está detrás de la cuadra, y en el que podíamos hablar libremente, me acerqué á él, y como no me hablase é hiciese como que no me veía, tomé un vaso y me senté enfrente de él. Continuó un momento el mismo silencio.

—¿Luego no es cierto que seamos hermanos?—dije chocando mi vaso contra el suyo.

—Perdonad—me respondió con aire sombrío y sin tocar á su vaso;—á lo menos lo somos por parte de madre, que es la más segura.

Aquellas palabras me parecieron odiosas. Hasta entonces me había figurado que se trataba de un rapto de celos filiales, y me encontraba dispuesto á sacrificárselo todo y á sufrir cuanto quisiese ha-

cerme ó decirme. ¿No es cierto que es un niño mimado, y que yo tengo también el deber de mimarle? Pero una duda, un ultraje á nuestra madre, me pareció insoportable; noté que la cólera se apoderaba de mí, y no respondí nada por temor de responder demasiado. Él creyó que con mi silencio aceptaba la imputación, y viendo que sufría, continuó:

—Después de todo, no te quiero mal á tí. Si eres feliz, no es culpa tuya. Veamos: ¿qué has decidido? ¿Prefieres ser el hijo adoptivo de Mr. Alfonso, ó el jefe de la familia Flamarande? ¿Eliges una posición ó la otra, ó tratas de acumular ambas?

Yo le dije lo que sé y lo que presumo.

—Mr. de Salcedo quería adoptarme, creyendo aparentemente que no tenía ni nombre, ni posición, ni estado en el mundo. Cuando sepa quién soy, no volverá probablemente á pensar en ello.

Se dibujó en sus labios una amarga sonrisa.

—¡Ah! ¿tú crees que Mr. de Salcedo ignoraba quién eres? Eres demasiado cándido. Mejor para tí. ¡Cuando te digo que has nacido con buena estrella! ¡Vamos, vamos, vuélvete á tu sonrosado idilio, y que el cielo te bendiga! Yo me voy á tomar aires lo más lejos posible de esta poesía campestre.

—¿Á dónde vas?

—¡Donde Dios quiera! ¿Á tí qué te importa?

—Quiero saberlo.

—No tengo por qué darte cuentas.

—Perdona; soy tu hermano mayor y eres todavía menor de edad.

—¡Mi hermano mayor! Está bien. ¡El jefe de mi familia! ¿Y vais á darme órdenes vos?

—Sí, yo, el Conde de Flamarande; os trataré como á un niño que sois. Os impediré martirizar á vuestra madre con una fuga que es la confesión de una sospecha infame. ¡Oh! sí, lo comprendo todo. Podré ser cándido, pero no soy necio. No creáis que he vivido hasta ahora sin preguntarme quiéu era mi padre; y sin embargo, nunca ha entrado en mi espíritu la infame creencia de que Mr. de Salcedo me engañaba al jurarme que no lo era él. Creo en lo que es cierto, pero me encuentro lejos de la locura. Pero vos..... Yo no quiero decir que vos mentís, pero veo que desde ayer tarde han imbuido en vuestro espíritu una odiosa é infame mentira. Es preciso que me digáis quiéu ha extraviado así vuestra razón, porque quiero tratar como merece á ese calumniador.

No quiso responderme, pero yo adiviné muy bien, y creo que la persona á quien aludía no está muy lejos.

Al hablar así, Gastón me miraba con aire in-

dignado, y yo me sentía desfallecer. Mr. de Salcedo tomó vivamente la palabra.

—Te equivocas —le dijo.—La persona á quien acusas fué esta mañana á llevarme esta prueba.

Y puso ante su vista la declaracion del Conde de Flamarande.

Yo observé á Gastón mientras la leía. Su rostro no se alteró ni un segundo. ¡Él no había dudado de su madre! ¡Ni siquiera le extrañaba la declaracion de su padre! No hizo reflexión alguna, dobló el papel y se lo devolvió á Salcedo.

—Continúa tu relato —le dijo éste.—¿Por qué vuelves solo? ¿dónde está Roger?

—No os inquietéis por él; os contaré el resto. Al verme irritado se enfureció á su vez. Me dijo que yo era quien mentía. Nunca había él acusado á su madre; yo era quien le atribuía sentimientos odiosos. Quería echármelas para con él de pedagogo, y no estaba de humor de sufrirlo. Ya estudiaría el medio de escapar á una autoridad que no aceptaba en modo alguno. Todo podría yo arrebátárselo, menos su libertad.

Hablando así y contradiciéndose á cada palabra, como un hombre que no está en su juicio, bebía á repetidos sorbos una botella de Ginebra que le habían servido.

—Os emborracháis—le dije—procurando separar la botella. Pero él la volvió á coger, diciendo:

—Mejor; eso es precisamente lo que deseo: emborracharme y hacerme malo. Soy un cordero dispuesto á dejarme esquilár, y es preciso que me convierta en un lobo salvaje. Ya se han pasado los tiempos de las ilusiones románticas. He vivido como hijo único y me he habituado á serlo; preciso será que me acostumbre á vivir huérfano. ¡Prefiero esto á vivir esclavo.

Y quiso volver á beber de aquella maldita botella; pero yo se la arranqué de las manos y la arrojé al arroyo. Entonces él se lanzó sobre mí para pegarme. Yo le cogí por el cuello y le doblé como si fuera un junco; pero al mismo tiempo, impulsado por el cariño y por la piedad, acerqué su cabeza á mi boca y le besé en la frente, diciéndole:

—¡Lo ves! te destrozaría si no te adorara. Vamos, caprichoso, vuelve en tí y retornemos juntos al lado de nuestra madre, que nos pondrá de acuerdo diciéndote que tú eres su preferido. Yo, por mi parte, la diré que tiene razón en preferir al que ha criado y educado por sí misma. La ayudaré á hacerte más dichoso aún con su ternura. En cuanto á tu fortuna, yo no la quiero, no sabría qué hacer de ella. ¿Para qué había de quererla, teniendo

lo necesario y estando acostumbrado al trabajo? Conservarás también tu título, porque yo, un aldeano, me parecería á mi mismo y á los demás ridículo con un título de nobleza. Lo que yo quiero es quedarme en Flamarande y casarme con Carlota; seré tu colono; ¡ése es el colmo de mis aspiraciones!

Roger había ocultado la cabeza entre las manos; creo que lloraba de cólera, en tanto que yo deseaba verle llorar de ternura.

—Me habláis como á un niño—me dijo—y eso no me conviene. A partir del día de hoy soy ya un hombre; conozco que la desgracia me ha hecho envejecer diez años. Me habláis de títulos y de riquezas como se prometen dulces á un niño para que calle. Sabed, señor Conde, que yo, educado como un caballero, soy más caballero que vos, educado como un filósofo. Vos tenéis ideas de aldeano. ¡Suponéis que lloro mi corona de conde y mis escudos! ¡Me hacéis, en verdad, bien poco favor! Os diré lo que lloro, ya que no lo adivináis. Llora el amor de mi madre, que me voy á ver en la precisión de herir con mi alejamiento de vos. Llora también el orgullo y la alegría de verla rodeada de respeto y de veneración. Ahora conozco ya la causa porque fuisteis desterrado del hogar paterno. Si la sospecha á que habéis sido sacrificado es

ó no injusta en el fondo, no podemos saberlo nosotros, y reconozco como vos que debemos rechazarla de nuestros corazones; pero no dudéis que renacerá en el espíritu de cuantos nos vean reaparecer, y en lugar de tener amigos arrodillados ante la vida de una santa, tendremos curiosos llenos de malicia ó burlones á quienes castigar. Tanto vos como yo cumpliremos con nuestro deber; así lo espero; pero no se persuade á las gentes á estocadas ni á pistoletazos, y cuanto más ruido hagamos en derredor de la honra de nuestra madre, más resaltará sobre su blanco vestido esa negra mancha que no podremos lavar con toda nuestra sangre.

Aquellas palabras de mi hermano penetraron en mi pecho como un puñal. No estaba borracho; estaba sobreexcitado, y la verdad salía en toda su crudeza de sus labios. Me puse de rodillas, y estrechándole en mis brazos, le dije:

—Te agradezco infinito esta revelación; hasta ahora no me había dado cuenta de la verdad. Te hubiera sacrificado todos mis derechos por amor á tí; ahora comprendo que debo renunciar en absoluto á ellos por el honor de nuestra madre. La injusta sospecha del Conde de Flamarande pesaría sobre ella toda su vida, y yo odiaría á mi padre, á

pesar mío, por haber impreso en ella, por mi causa, esa mancha imborrable. No quiero llegar á ese punto. Quiero amar á mi madre sin ser nunca causa de sufrimientos para ella. ¡Bastan las lágrimas que la he costado ya! Quiero olvidar á mi padre, no saber que ha existido, y no oírle nunca excusar ni injuriar, puesto que no es posible justificar al uno sin acusar al otro. Quiero, pues, ser sencillamente *Trinidad* y continuar siéndolo toda la vida, y todo lo más *Trinidad* Michelin por contrato de matrimonio. No te atormentes, por lo tanto; ningún cambio habrá en tu modo de vivir. Si mi madre había aceptado que me reconociese otro, también aprobará que persista en permanecer desconocido. Vamos, devuélveme tu cariño y tu amistad, que tan dichoso me hicieron anoche. En público tú serás siempre el señor Conde, mi amo; en secreto serás mi hermano, y el misterio hará más sobrosas y más dulces mis expansiones con nuestra madre y contigo.

Él me abrazó anegado en lágrimas; sin embargo, no estaba aún consolado.

—Eres bueno como un ángel—me dijo—pero eres demasiado romántico y no consideras que las cosas no siempre van en la vida á medida de nuestros deseos. Además, tú estás enamorado, y

¿crees que Carlota, si te casas con ella y tenéis hijos, aceptará tu sacrificio?

—Carlota nada sabe y nada sabrá.

—Sueñas imposibles. Aun cuando tuvieras la fuerza de voluntad de ocultarla semejante secreto, tú mismo, cuando seas padre de familia, comprenderás que no tienes el derecho, á no ser que quieras imitar á nuestro padre, de privar á tus hijos de su estado civil y de su herencia. Te dirás entonces á tí mismo que una partida de nacimiento es siempre un título imprescriptible, aun cuando el marido celoso reniegue del hijo nacido en el matrimonio. La ley tiene razón. Si bien consagra ciertas imposturas de hecho, protege en cambio á gran número de hijos contra el capricho de sus padres. Toma el partido del débil y del indefenso, y es una buena ley á pesar de sus inconvenientes. Preciso es someterse á las leyes fundamentales que rigen á la sociedad, y no he de ser yo quien me revuelva contra ellas. Yo sería un miserable, un expoliador, un ladrón á mis propios ojos, si consintiese en despojarte de tu herencia. No podría mirarte frente á frente, y en vez de bendecir á tus hijos enrojecería ante ellos. No. Lo que sueñas y pretendes es una quimera. Nuestra situación es imposible si tratamos de salir de ella sin daño de

nadie. Preciso es aceptarla y sufrirla tal como es. Ahora ya conoces la causa de mi martirio; déjame sufrir á mí que sé mejor que tú lo que es el mundo. Déjame sufrir solo, te lo suplico; siento necesidad de estar solo. Me voy, pero amándote tanto ó más que antes y admirando la nobleza y la sencillez de tu carácter. Ambos sufriremos cuando tú conozcas la sociedad, de la que no tienes noticias más que por los libros. Nuestro consuelo será amarnos, estimarnos el uno al otro y endulzar á nuestra madre los disgustos que la esperan.

—¡Y para empezar—le dije—la abandonas en semejantes circunstancias! ¿Crees que no adivinará lo que significa tu súbita y loca partida? Mucho ha sufrido por mí, pero de tí sólo había recibido hasta ahora alegrías y consuelos. ¡Oh! ¡te ruego que no sufra jamás por tí, que no tenga que llorar por los dos!

Roger estaba enternecido.

—Pues bien—respondió—te prometo no partir así. Necesito calmarme aún; me encuentro débil; no soy un estoico como tú, que en un instante tomas tus resoluciones. Tengo que reflexionar. ¡Qué quieres! Nunca he sufrido; mi madre me ha ocultado siempre sus lágrimas, y no he aprendido á tener valor; pero la adoro. ¡Oh, sí! ¡eso sí! adoro

á mi pobre madre, y yo me arreglaré para no producirla nuevas inquietudes. Voy á continuar mi paseo hasta Leville. Decidla que había abandonado demasiado bruscamente á aquellas honradas gentes, que he comprendido mi error y he vuelto á reparar mi falta de finura. Esta noche volveré á Flamarande, y te exijo que no la hables de lo ocurrido entre nosotros. Yo tampoco quiero hablarla; me faltaría el valor; quiero aparentar que lo ignoro todo. La diré que me aburro en Auvernia, y que no pudiendo presentarme aún decorosamente en la sociedad de París, prefiero continuar viajando; consentirá de seguro en ello, y podré partir sin asustarla. Durante mi ausencia ella se ocupará de regularizar tu posición, y todos esos detalles, todas esas explicaciones que tanto temo, estarán terminados cuando vuelva. No tendré que hacer más que aceptar los hechos consumados, y los aceptaré con valor, te lo juro. Tal era mi intención cuando sall esta mañana de Flamarande. Persisto en ella, pero convengo en que mi partida era demasiado brusca y en que hubiera sido difícil ocultar mi venida á nuestra madre, á causa del caballo que hice la tontería de traerme.

—No, será muy fácil ocultar á nuestra madre tu llegada á Flamarande. Yo no he dicho á nadie

más que á Susana que habías entrado por la ventana; ella es la discreción misma y se callará. Sólo Carlos y Ambrosio saben que tú trajiste el caballo. Yo diré á Michelin que estaba desherrado y se había herido un casco, por lo que le traje aquí, puesto que el posadero es el mejor veterinario del país. Todo se arreglará sin que nuestra madre sufra la menor inquietud; en otro caso, si supiese tu repentina llegada y tu inopinada marcha, adivinaría tu disgusto, cuando le dices cuenta de tus proyectos de viaje. Espero que renunciarás á él hasta que la hables, y en todo caso estoy seguro de lograr que renuncies en cuanto estés tranquilo. No te he dicho aún todo lo que tengo que decirte.

—Ya me has dicho bastante por ahora— me contestó, secando sus ojos enrojecidos por el llanto;—vuelve á llevar el caballo, y yo iré á pie hasta Leville. Almorzaré allí, y acaso me decida á quedarme á comer, si no me aburro demasiado. En todo caso estaré de vuelta en Flamarande antes de la puesta del sol, y entonces seré ya dueño de mí; así lo espero al menos.

Me estreché ambas manos, y yo le dejé partir, convencido de que tenía, en efecto, necesidad de calmarse y de reflexionar, y de que era preciso no pedirle demasiado de una vez.

## XIX.

Quando Gastón hubo terminado su relato,

—Y ahora—dijo Salcedo—¿qué vamos á hacer? ¿crees tú que habrá vuelto realmente á Leville?

—Le he seguido con la vista hasta donde he podido alcanzar, y he visto que se dirigía hacia Leville como un hombre que va derecho á su objeto.

—¿Cuánto tiempo hace que os habéis separado?

—Una hora próximamente. He tenido que esperar para salir de *La Violeta* á que reposase el caballo del padre Michelin.

—Pues bien; llévale á Flamarandé para explicar tu salida, y ve á ver á la Condesa, que de seguro te estará buscando desde que haya despertado; pero no le digas nada de lo ocurrido. Yo voy á

Leville con Carlos; enseñaremos á Roger el documento que explica y justifica todos los hechos, procuraremos calmarle y nos le traeremos. Si tu madre pregunta por mí antes de que vuelva, le dices que me has encontrado en el campo y que no sabes cuándo volveré.

Gastón no hizo objeción alguna. Montó á caballo y partió conduciendo la otra caballería. Seguí á Mr. de Salcedo, que se detuvo en *La Violeta* y me invitó á que almorzase con él. Ni uno ni otro nos habíamos acostado, y teníamos que recuperar las fuerzas. Una hora más tarde llegamos á Leville. Roger no estaba allí ni le habían visto.

Mr. de Salcedo, viendo la inquietud que se había apoderado de mí, ocultaba la suya. Yo estaba horriblemente triste. La preocupación de Roger, las resoluciones desesperadas que podía tomar, y los nuevos sufrimientos que iban á herir á su madre, todo era culpa mía. Y, sin embargo, el Marqués de Salcedo no me lo hacía sentir. Aceptaba mi triste pasado y me animaba á obrar como si hubiera sido para él el buen campeón de una buena causa.

—Vamos, valor—me dijo.—Para encontrar á quien queremos, es preciso buscarle. No hay más que dos caminos para salir de aquí, además del

que acabamos de seguir: uno que vuelve á Flamarande pasando por Monteparre, y que probablemente será el que Roger haya emprendido. ¿Quién sabe si no habrá querido consultar con la Baronesa? ¿Os sentís con bastantes fuerzas para llegar hasta allí?

—Sí, señor; ¿y vos, señor Marqués?

—Yo tomaré el otro camino, que es el que conduce á Clermont. Una vez allí, averiguaré si se ha dirigido al Norte ó al Sur, porque si persiste en sus ideas de viaje, habrá tomado caballos de posta para una ú otra dirección.

—Pero nos lleva dos horas próximamente de ventaja.

—Por de pronto, aun marcha á pie, y yo encontraré cerca de aquí un buen caballo que me llevará rápidamente. Todos estos aldeanos son amigos míos. En cuanto á vos, esperad; encontraréis otro en vuestro camino en el sitio que voy á designaros.

Escribió un nombre y unas señas en una hoja de papel, y añadió estas palabras: «Un caballo en seguida para Mr. Alfonso.»

Nos separamos, y en efecto, encontré á poca distancia un buen caballo que pusieron inmediatamente á mi disposición. El nombre de Alfonso era como un talismán.

En Monteparre no habían visto á Roger. La Baronesa, al saber que yo estaba allí, me llamó para interrogarme. No tenía tiempo de decírselo todo, y no juzgué prudente hacerla mi confesión. Supo solamente que estaba inquieto por Roger, que, según parecía, era presa del sentimiento y del despecho.

—Pues bien—dijo—yo también salgo á buscarle. Voy á mandar preparar el coche, y le buscaré por otra parte. Volveos á Flamarande por la montaña, que yo llevaré allí á Roger si le encuentro. Indudablemente sospecha algo, y no hay más que un remedio, el mío: un matrimonio entre Madame de Flamarande y Salcedo después de la adopción de Gastón por el Marqués.

Estaba demasiado trastornado y abatido para poder dar mi opinión. La Condesa mandó que me dieran otro caballo, y me hizo tomar un poco de café. Me veía pálido, y yo comprendía que ya no era lo bastante joven para llevar aquella agitada vida. Me apresuré, sin embargo, siempre con la esperanza de encontrar á Roger, pero no le encontré. Esperaba aún encontrarle en Flamarande; pero no había parecido por allí. Me sentí entonces tan abatido, que me arrojé en la cama diciéndome:

—No has tenido energía en tu vida más que

para hacer daño. Ahora que quieres hacer el bien, te abandonan las fuerzas, y ya no estás más que para morir.

El buen Ambrosio estaba levantado y tomaba sus medicinas caseras para cortar la fiebre. Me hizo tomar de ellas también como tónicas, y animándome á que durmiera un poco, salió para ponerse por su parte en busca de Roger.

—Hice bien en seguir su consejo, porque mi inquietud había de aumentarse por la tarde. Cuando llegó ésta, ni Roger, ni Ambrosio, ni Mr. de Salcedo, habían vuelto de la jornada, y yo empecé á contar con terrible angustia las frías horas de la noche á la puerta, esperando siempre en vano y temiendo los más siniestros acontecimientos.

Gastón, después de haber visto á su madre y á Carlota, que no sabían nada, se puso también en campaña, diciendo, para disculpar su marcha, que Mr. de Salcedo le necesitaba en el *Refugio* para un trabajo urgente. De manera que mientras una parte de los habitantes y de los huéspedes de Flamarande dormía tranquila, la otra parte era presa secretamente de las torturas y del miedo. Yo creía en un suicidio. Aquella idea había atormentado demasiado mi vida, y por eso se la atribuía á los demás. Me prometía formalmente no sobrevivir á

mi querido señorito; pero no tenía el consuelo de esperar que mi muerte serviría algo más que mi vida para él y los suyos. Por fin, á las doce de la noche oí pasos, salí corriendo y reconocí á Mr. Salcedo.

—He visto á Roger—me dijo,—y se lo he explicado todo. Ha estado frío, pero tranquilo y resuelto á cumplir con su deber. Había vagado al azar durante el día, y luego fué á comer á Leville, donde le han retenido á pasar la noche. Á las ocho le encontré allí, después de haber corrido en vano todo el día. Me ha dado su palabra de honor de que vendría por la mañana, y nos hemos citado para las nueve. Quiere que vos, Gastón, Ambrosio y yo estemos reunidos después que haya hablado á su madre, pues primero entrará en la habitación de ella. Estad en el torreón para esperarle y abrirle. Carlota se acuesta arriba cerca de la señora Condesa; procurad alejarla, porque desea hablar á solas con su madre. Ahora, Carlos, tranquilizaos y descansad. Yo voy á hacer lo mismo. Si Gastón no duerme, decidle que he encontrado á su hermano y que todo marcha bien.

No quise decir á Mr. de Salcedo que Gastón se había ido en busca de Roger. Temía que hubiese querido salir de nuevo para traerle y que le cos-

tase una enfermedad aquel día de tantas fatigas. Gastón no me inquietaba, porque estaba dotado de una fuerza excepcional y era joven.

Me consideré tan feliz al saber que no tenía que temer ninguna desgracia para mi querido Roger, que me sentí tranquilo y dispuesto á empezar de nuevo en caso necesario. Dejé la puerta del patio cerrada solamente con el picaporte, de modo que pudiera entrar sin despertar á nadie, y me fuí al torreón sin hacer ruido, á fin de estar pronto para recibir á Roger. Subí al primer piso, es decir, al cuarto de Gastón. Encendí lumbre y me instalé en una butaca, impaciente por verle de nuevo después de tantos terrores causados por su ausencia, y sobre todo por decirle antes que los demás:

—Carlos es un imbécil que no ha comprendido vuestros asuntos de familia y que os ha trastornado neciamente la imaginación con sus quimeras.

Sumergido en mis reflexiones recobré poco á poco la posesión de mí mismo, después de veinticuatro horas de exaltación ó de abatimiento. La noche estaba clara, y todo era reposo y tranquilidad en el campo y en la casa. El ruido continuo del torrente no turbaba el silencio; el oído se había acostumbrado á él de tal modo, que hubiera admirado y aun alarmado oírle cesar bruscamente.

Pensé en la señora Condesa, que dormiría tan tranquila con la dulce Carlota á tres pasos de ella, y se despertaría al salir el sol para saber por boca de Roger que su inocencia era reconocida y que sus dos hijos la serían devueltos para siempre. Luego me figuré el gozo de Salcedo un poco más tarde, cuando nada se opusiera ya á la unión de dos seres que se habían amado siempre tan santamente. El Marqués, no teniendo ya que indemnizar á Gastón, dejaría, sin duda, su gran fortuna á los dos hermanos, y les haría aprovecharse de ella mientras viviese, estando él como estaba acostumbrado á una vida tan modesta y tan retirada.

—Me he conducido mal—pensaba yo;—pero al fin todo esto es obra mía. Sin mi carácter desconfiado y mis errores de apreciación, todo hubiera podido suceder de otra manera y conducir á peores resultados. En resumen, he hecho bien en guardar la declaración de Mr. de Flamarande hasta el día en que respondía plenamente á las necesidades de la situación. Ese precioso documento estaba bien en mi poder, era mi obra, mi redacción, mi exigencia, la condición del rapto, la garantía del porvenir de toda la familia, y tenía el derecho de no presentarle más que en un momento dado; yo soy, pues, el

principal actor de un drama doloroso en que alcanzo la solución feliz, y soy el bienhechor de todos.

Este último pensamiento me fué agradable primero; pero luego me trastornó y acabó por asustarme. El insomnio es el sueño despierto, la visión fantástica de las cosas reales con el razonamiento que el sueño nos quita; pero esta visión, si se prolonga se exagera en intensidad, y la imaginación fatigada saca de ella deducciones igualmente exageradas. La enfermedad de la sospecha se había arraigado demasiado en mí para desaparecer sin recaída. Llegué, no sabría decir por qué eucadenamiento de sueños, á decirme que no había sido tan grosero el engaño de toda mi vida, y que las apariencias hubieran engañado á uno más hábil que yo. En mi juventud había puesto en claro con mi padre asuntos bien enredados y aclarado misteriosas intrigas en las que no habíamos descubierto la verdad hasta después de haber sido más de una vez engañados por las dos partes y por nuestra propia interpretación. ¿Quién sabía si no me encontraba una vez más en el caso de una de esas verdades casi insolubles? ¿Qué había de imposible, por ejemplo, en que Mr. de Salcedo hubiese sido más hábil que yo, y habiendo descubierto mi hurto desde el

día en que lo llevé á cabo, hubiese advertido á la Condesa de ello, y ésta, por consejo suyo, hubiese escrito á sabiendas la pretendida carta á Elena, qué él me había enseñado, y de la que habría cortado artísticamente la última línea para confrontarla con el original si la necesidad le obligaba á ello, y reirse en mis barbas en el caso de una explicación? En esta hipótesis había podido esperarme á pie firme, atacarme rudamente, y por último tranquilizarme con fingida generosidad á fin de ahogar para siempre mi desconfianza.

En todo esto nada había de imposible, y era difícil que, puesto que este razonamiento asaltaba mi imaginación, no hubiese asaltado otro análogo la de Roger, cuando Salcedo le había enseñado la declaración firmada por su padre. Salcedo me había dicho: «Le he encontrado frío, pero tranquilo; está resuelto á cumplir con su deber.» Luego entonces Roger creía con razón que su deber era aceptarlo todo y aparentar creerlo todo; pero no había acogido las confidencias de Salcedo con simpatía, y, con ó sin mi desgraciada intervención, estaba herido para siempre en el alma por una duda, de la que ninguna prueba posible llegaría á demostrarle la injusticia. ¿Y qué prueba invocar en los asuntos de amor? ¿Quién puede decir, á menos de

sorprender á dos amantes en brazos uno de otro, ó de apoderarse de cartas escritas imprudentemente, que su intimidad es inocente ó culpable, sobre todo en relaciones como las que los acontecimientos habían establecido entre Salcedo y Madame de Flamarande? Roger sería, pues, siempre desgraciado, y yo que hubiese querido influir felizmente en su vida, me hallaba condenado á verle sufrir, cualquiera que fuese el partido que hubiese tomado.

Aquí llegaba de mis reflexiones cuando oí abrir y cerrar con precaución la puerta del patio. Bajé en seguida y recibí y conduje á Roger cerca de la chimenea. Estaba helado y parecía pensativo.

—¿No me queréis ya?—le dije—; Me perdonaríais, de seguro, si supiéseis cuanto he sufrido!

—No hablemos de eso.—respondió con tono brusco y despótico—; ¿Qué hora será? mi reloj se ha parado y no tengo idea del tiempo que he empleado para venir de Leville aquí.

—Son las cuatro; ¿luego no os habéis acostado?

—Sí; pero no pudiendo conciliar el sueño, á pesar de no haber dormido la vispera, me decidí á salir sin despertar á nadie y venir á abrazar á mi madre. Esta era mi idea fija en medio de todas las

demás. Duerme, ¿no es cierto? ¿No ha estado, pues, intranquila?

—No, puesto que nada ha sabido.

—¿No ha venido el Marqués de Salcedo á decirlo?....

—Nada. No ha visto á nadie más que á mí y sin entrar en casa.

—¿Qué te ha dicho?

—Que le habíais citado aquí para las nueve.

—Pero ¿por qué estabas esperándome en vez de estar acostado? Temo que mi madre haya sabido algo y sufra en este momento.

—Os juro que no. Estoy aquí como podría estar en otra parte; no tenía necesidad de reposo, ni lo hubiera conseguido sin haberos visto antes.

—¿Por qué diablos te inquietabas tanto? ¡Ah! ¡sí, mi carta! ¿Creíste que había partido para las Indias? Lo cierto es que tenía pensada una excursión semejante; pero he visto á Gastón y me ha hecho comprender que haría mal, y después Mr. de Salcedo me ha suministrado toda clase de aclaraciones útiles y se ha justificado á mis ojos, presentándome el documento que le habíais entregado. Por eso no te he estrangulado en cuanto te he visto.

—Pues bien, ya os habréis tranquilizado. Ahora

es preciso dejar dormir á vuestra madre y tratar de reposar un poco.

—No estoy cansado, pero tengo frío. ¡Qué fastidio de clima! ¡Las noches de otoño son tan frías como las de Enero en París!

## XX.

Aticé el fuego, y como Roger no tenía más que su ligero traje de caza, busqué una manta en la cama de Gastón. Desde que había llegado su madre, no había vuelto éste á acostarse allí. Habían doblado las ropas y las habían metido entre los colchones. Tuve que desdoblarlos para encontrar un cubrepiés de percal guateado, y en él envolví á Roger. Me arrodillé cerca de él para quitarle las botas, que estabau húmedas.

—Déjame—me dijo retirando las piernas;—es un absurdo que te empeñes en tratarme como á un niño; ¡en eso ha consistido tu torpeza para conmigo, pobre viejo! Me has cuidado, te has mirado en mis ojos, y has querido conservarme niño mimado toda la vida; me has querido mucho, pero no has sabido quererme.

es preciso dejar dormir á vuestra madre y tratar de reposar un poco.

—No estoy cansado, pero tengo frío. ¡Qué fastidio de clima! ¡Las noches de otoño son tan frías como las de Enero en París!

## XX.

Aticé el fuego, y como Roger no tenía más que su ligero traje de caza, busqué una manta en la cama de Gastón. Desde que había llegado su madre, no había vuelto éste á acostarse allí. Habían doblado las ropas y las habían metido entre los colchones. Tuve que desdoblarlos para encontrar un cubrepiés de percal guateado, y en él envolví á Roger. Me arrodillé cerca de él para quitarle las botas, que estabau húmedas.

—Déjame—me dijo retirando las piernas;— es un absurdo que te empeñes en tratarme como á un niño; ¡en eso ha consistido tu torpeza para conmigo, pobre viejo! Me has cuidado, te has mirado en mis ojos, y has querido conservarme niño mimado toda la vida; me has querido mucho, pero no has sabido quererme.

—Es posible—le contesté—pero dicho se está que mucho se perdona á quien mucho quiere.

—¿Es decir que tú quieres que te pida perdón por haberte maltratado? Pues bien, no, no me arrepiento de ello; estabas terriblemente equivocada. Querías hacerme desistir de mi deber, persistiendo en tu idea de ver siempre en mí al Conde de Flamarande, al hijo único, al rico heredero y al único jefe de la familia. Pues ya no soy el señor Conde, y no siento disgusto por ello, ni estoy triste: veo que por quimeras semejantes puede uno llegar á ser más que un necio; puede uno llegar á ser un mal hijo. Esto es por lo menos lo que tú querías hacer de mí al aconsejarme que dejase adoptar á Gastón por un extraño y cuando viste que me sorprendía tu idea, pretendiste hacerme creer que era también la de mi madre; y cuando comprendiste que yo no lo creía, en vez de decirme la verdad sobre las intenciones de mi padre y enseñarme la declaración que has entregado á monsieur de Salcedo, me dejaste alucinar y creer que mi madre había aceptado sin escrúpulo una sospecha fundada. Me hablaste de los celos de mi padre: no debiste pronunciar esa palabra sin mostrarme en seguida la prueba de la retractación de la injuria hecha á mi madre. Has obrado como un

malvado, tú, el más honrado de los hombres, y lo has hecho imbuido por prejuicios nobiliarios, como si tú fueses uno de mis abuelos, y por estúpida costumbre de complacencia para conmigo, como si yo hubiese de perecer de vergüenza ó de miseria el día en que me viera obligado á no jugar fuerte y á renunciar á las mujeres que tanto cuestan. Debes convenir en que has sido un burro.... no, más que eso, un demonio tentador que intentaba llevarme por el camino del egoísmo á conducirme como un necio y á razonar como un infame. Me has hecho mucho mal en mi vida, porque has creído que había de ceder en la primera lucha. Cuando hice mis primeras locuras de joven, no debiste pagar mis deudas y guardarme el secreto. Debiste haber advertido á mi madre, y de ese modo no habría yo caminado tan de prisa. Veías que estaba la pobre apurada en Menouville, y debías haberme hecho apereibir de ello y haberme enseñado á sacrificar mis necias fantasías á su bienestar. He sabido por Ferras las privaciones que la han costado mis calaveradas. ¿No eras tú el que debías haberme advertido, tú que tenías los cordones de la bolsa? ¡Oh! ¡sí, he sido terriblemente mimado! Así es que á la primera contrariedad, poco ha faltado para volverme loco. ¡No soy malo, no! Me consideraba

17  
"ALFONSO REYES"

1825 MONTERREY, MEXICO

feliz por haber encontrado á mi hermano, y estaba orgulloso de aceptarle con alegría; pero desde que se despertó una duda en mi imaginación, perdí la cabeza. Partí como un loco, y he sufrido.... ¡ah! sí, he sufrido el suplicio de los condenados. Amaba y odiaba, quería y no quería, estaba conmovido y rabioso, y aun creo que he estado borracho. Me irritaba contra la maldita caballería que había cogido por casualidad en la cuadra, y que se defendía de la espuela dando vueltas en redondo.

Luego, en *La Violeta*, en donde Gastón me alcanzó, bebí no sé qué terrible licor que me impulsaba al odio. Por cualquier cosa hubiera matado á mi hermano ó me hubiese matado yo. Sin embargo, le prometí volver. ¡Es tan bueno el pobre! ¡Es un ángel ó un santo! Tomé el camino de Leville; pero en el momento de llegar allí me sentí incapaz de parecer tranquilo y satisfecho. Me oculté en la montaña, caminando á través de los bosques; me arrojé al suelo; lloré, rabié, juré y rogué, todo á la vez, y hasta creo que he cantado. ¡Estaba loco! Por fin quise volver aquí y me perdí, encontrándome después, al anochecer, cerca de Leville. Cené allí, y sintiéndome muy cansado, iba á acostarme, cuando Mr. de Salcedo preguntó por mí y me condujo al parque, donde me hizo leer, á la luz de

unas cerillas, el documento que legitima moralmente á Gastón, ya legítimo legalmente. Me irrité mucho, y no sé cómo no me arrojé sobre él; le pregunté cómo encontrándose aquel documento en su poder no le había presentado antes. Entonces supe que sólo hacía algunas horas que lo tenía, y que lo debía á tu confianza en él. Para probarle, le pregunté si quería á su vez confiármelo. Sin vacilación alguna me le entregó, y tal modo de proceder me conmovió mucho. Le dí las gracias, diciéndole que quería servirme de él yo mismo en interés de mi hermano, y que creía no dudaría de mi honor. Dicho esto, nos separamos. No quise preguntarle más. No quería recibir explicación sobre el papel que él representaba en todo esto, más que de mi madre si quiere dárme las, y si no me las da, me pasaré sin ellas.

—Os las dará—contesté yo—y os demostraré victoriosamente su inocencia.

—¡Calla!—replicó, levantándose bruscamente. —¡No quiero oír nunca salir de tu boca una palabra que á eso se refiera! He reflexionado mucho cuando venía esta noche á través de las plateadas sinuosidades del Jordanna. No soy poético precisamente, y estaba cansado como un perro al que se ha pegado una paliza; pero me he enter-

necido, y bien considerado, lo que domina en mí no es el heroísmo caballeresco, es el amor por mi madre. Solamente de él he vivido hasta ahora, y era bien suficiente para hacerme bueno. No quiero perderle; nada hay verdadero más que eso para mí. Yo creo que una madre vale más que un padre. Me parezco á la mía; soy su carne y su sangre. He hecho en mi corta existencia diez mil diabluras que ella no ha podido imaginar en toda su vida; pero tengo algo de su corazón. Desconozco las grandes virtudes, pero amo, amo á alguien; amo á mi madre con toda mi alma, y creo que la amo hoy, hoy que la veo víctima de una persecución de ultra-tumba, más que nunca. Aunque fuese cien veces culpable, creo que la querría aún más.... ¡Que el diablo se lleve el qué dirán, los prejuicios y las suposiciones! Manejo bien la espada y aprenderé á manejar la pistola, y por defender ó vengar á mi madre mataría á todo París y su jurisdicción, y si necesario fuese, á la provincia entera. ¡Me ama tanto! ¡Quería sacrificarme la felicidad de vivir con Gastón y el orgullo de llamarse su madre! No quiero que se sacrifique á Gastón. La ley le protege, y no tengo el derecho de ser más riguroso que ella. La naturaleza es también una ley entre hermanos; nos amamos, hemos salido de las

mismas entrañas, ¿qué tienen, pues, que decir? Mi padre ha muerto en la duda, puesto que no se ha acordado de mi hermano; tenía el derecho de ser celoso; es un derecho conyugal, según dicen; pero yo no le tengo. Sustituirle para juzgar á la que me ha dado el ser, á la que me ha alimentado con su leche y criado con su ternura toda mi vida.... ¡Ah! si tuviese que condenarla, sería un deber que me causaría horror y que rechazo. Tal vez me crean ridículo, cobarde.... pero ¡que venga á decírmelo cualquiera.... empezando por tí! ¡Nunca más una palabra; ten cuidado! Acuérdate de la escena de anteayer. ¡No respondo de mí si vuelves á mezclarte en nuestros asuntos de familia!

—Haced lo que queráis de mí—le dije;—¡he merecido ese castigo por amaros demasiado!

—Por no haber sabido amarme, te lo repito; la amistad es una religión y debe tener su moralidad, como todos los sentimientos humanos. Los que no los tienen, tienen instintos, y Mr. Ferras, á quien reprochaba últimamente de no haberme estimado mucho, me ha hecho comprender que, no adulándome jamás, me ha querido más que tú. ¡Ferras es un hombre muy digno! Jamás le había comprendido, pero ahora mis ojos se han abierto y han visto muchas cosas. La lección ha sido

ruda, pero me aprovechará, y creo y espero que llegaré á ser un hombre..... como Gastón, que ha recibido las lecciones de la desgracia, y que se cree dichoso porque es fuerte y ve claro..... ¡No puedo más! ¿Qué hora es?

—Las cinco.

—Pues bien, dentro de una ó dos horas mi madre se despertará y bajará aquí probablemente. Avisame. Si no duermo una hora, reviento.

Fué á echarse vestido sobre la cama de Gastón, cuyo primer colchón había yo levantado y doblado ante la almohada. Quise arreglar la cama.

—Déjalo—dijo;—así me dará calor; bastante sitio tengo en la parte de los pies.

E introdujo las piernas bajo el colchón doblado, echándose el cubrepiés sobre la cabeza.

Yo me sentía herido hasta el fondo del alma. Acababa de recibir el último golpe. ¡Roger, el más cariñoso de los seres, el que se arrepentía tan de veras cuando reñía ó se enfadaba injustamente, perdonaba á todo el mundo, excepto á mí, y cuando todos me perdonaban en la persona del más ofendido—Mr. de Salcedo—aquel á quien yo había amado más, aquel por quien había hecho todo el mal, no me perdonaba! Roger estaba tranquilo y conmovido, y hacía justicia á todos, aun á Sal-

cedo, cuya confianza le había lisonjeado, y á Ferras, que le había sermoneado y fastidiado toda su vida, y por quien había sabido el secreto de la familia, en tanto que á mí me condenaba sin piedad, por una palabra, por una intención que no quería comprender. Yo le conocía perfectamente y veía que nunca llegaría á comprenderla. A pesar de la facilidad de su carácter, tenía cierta obstinación de resentimiento cuando creía que se le había dado un falso parecer ó una mala dirección. ¡Qué sería si supiese algún día la deslealtad con que yo había obrado, movido por mi cariño hacia él! ¡No dudaba de la palabra de Salcedo; pero ¡quién podía saber si se produciría alguna circunstancia en la que me viese obligado á acusarme yo mismo, y entonces con qué desprecio me miraría Roger!

Pronto tomé mi partido. Estaba resuelto á sustraerme á aquella última amargura, huyendo. Todo estaba convenido para la reintegración de Gastón en sus derechos; Roger abundaba en esta idea. Yo había entregado la declaración que facilitaba las dificultades legales y destruía las dudas de la opinión. Ya no me necesitaban. Tenía el derecho de ir á sufrir solo y á morir olvidado.

Temía despertar á Roger, dormido ya, si abría

la puerta del cuarto, que era pesada y metía mucho ruido. En cada uno de aquellos cuartos no había más que una puerta; pero de pronto me fijé en un armario practicado en la pared y parecido al del cuarto de la Condesa, y me dije que tal vez estuviese en comunicación con el pasaje secreto y la escalera practicada en el espesor de los muros.

No me engañaba, pues aquella disposición arquitectural era lógica, y el secreto trabajo de Ambrosio había consistido en restablecerla y ocultarla por medio de armarios de doble fondo. Aquellas vías de comunicación entre el castillo y el *Refugio* servían habitualmente á los iniciados en ellas, y los tableros de madera funcionaban sin esfuerzo y sin ruido. Abrí, pues, el fondo del armario, ví la escalera y me convencí de que podía ganar el campo sin ser visto de nadie. No quería ser interrogado de nuevo ni tener que contestar á nada.

En el momento de bajar la oculta escalera, experimenté la necesidad de ver á Roger por última vez, y cerrando el armario, porque entraba frío, me aproximé á la cama. Como estaba completamente oculto por las ropas, no pude ver su rostro. Tenía la actitud de un hombre rendido por la fatiga, ó más bien la de un niño del que se apodera el sueño antes que haya tenido tiempo de to-

mar una postura conveniente. No pude ver más que su mano, colocada encima de la cabeza. Posé en ella suavemente mis labios, y la retiró sin despertar, como para escapar de un contacto importuno. Iba á partir, cuando oí que subían por la escalera oculta y que quitaban el tablero. Volví pies atrás y me coloqué cerca de la cama. No quería ser visto de nadie. Me consideraba ya muerto y sepultado. No podía ver á las personas que entraban sin ser visto por ellas: eran dos; pronto oí la voz de Mr. de Salcedo.

— Son las seis — dijo — la hora en que Carlota se levanta, ¿no es cierto?

— Sí — respondió la voz de Gastón. — Espéremos un momento; yo la oiré bajar. Voy á encender la lumbre. ¡ Ah! ; Si ya la han encendido!

— Habrá sido Carlos en previsión de la llegada de Roger; pero éste no llegará hasta las nueve. Tengo tiempo de hablar á tu madre.

— ¡ Ah! oigo abrir la puerta del cuarto de Carlota. Voy á decirle que esperáis aquí á la *señora*.

Salió Gastón. Salcedo se puso á pasear lentamente como un hombre que medita. Si hubiese dirigido sus miradas á la cama, se hubiera engañado por aquella apariencia de colocación propia de los muebles desocupados. Roger dormía tan

profundamente, que apenas se oía su respiración.

Yo calculaba que en el caso probable en que Salcedo saliese para ir al encuentro de la Condesa, tendría tiempo de retirarme por el pasaje secreto. Después, una idea buena ó mala se apoderó de mí. Salcedo quería ver á la Condesa antes que Roger; ¿le hablaría en presencia de Gastón, ó querría estar solo con ella? En este último caso, podía por fin tener la prueba infalible y decisiva de sus relaciones. No tratarían del porvenir de los jóvenes sin que la enunciación de la verdad se diese á luz, sobre todo si había discusión; y yo podría al fin averiguar si estaba representando un papel vergonzoso ó triunfante en la historia de la familia. Roger estaba también expuesto á oír una terrible revelación..... pero yo conocía su sueño. No se despertaría si yo no le llamaba; mi deber era vigilarlo todo, á fin de interrumpir, en caso necesario, la peligrosa entrevista con cualquier pretexto.

Al cabo de cinco minutos volvió Gastón.

—La señora está ya levantada—dijo á Salcedo.—Carlota le ha dicho que la esperabais, y ha contestado que vendría al instante. Decídselo todo; así tendré más valor para hablarla en seguida yo mismo.

—¿Volverás?

—Cuando me aviséis por Carlota, que está arriba arreglando el cuarto, me presentaré.

Salió de nuevo Gastón, y pocos instantes después la Condesa se encontraba con Salcedo. Él la saludó en voz baja, y no la debió besar la mano, porque sus voces me hicieron conocer que permanecían á una distancia respetuosa el uno del otro.

Salcedo entró en materia en seguida. Había prometido sin duda á Roger no hablar de lo que había pasado, y quería dejarle la iniciativa de su leal resolución y el placer de dar aquella alegría á su madre. No le habló más que de Gastón.

—Perdonadme—la dijo—que me presente ante vos tan temprano; pero sé que madrugáis, y acabo de tener una entrevista con Gastón, de la que quiere os dé parte antes de pasar á otra cosa, cualquiera que sea.

—Decid, amigo mío—contestó la Condesa.—¿Me asustáis! ¿qué hay de nuevo?

—Una cosa imprevista: que Gastón rehusa ser mi hijo adoptivo, llevar mi nombre y tener derecho á mi fortuna.

—¿Por qué?

—Imposible saber por qué. No quiere explicarse. Dice que *no*, y el *no* de Gastón es terrible.

—¡Ah!—exclamó Madame de Flamarande.—  
¡Bien se parece á su padre! El *no* de Mr. de Flamarande era espantoso, porque en él era la obstinación de la injusticia; pero en Gastón es la firmeza de un alma generosa. Debe tener una razón poderosa para ello, y debéis conocerla ó adivinarla.

—No veo otra que el temor de que pueda creerse que es....

—¡Vuestro hijo! ¡Ah, Dios mío! He oído tanto esa acusación, que podéis formularla como si me fuera extraña. Hace mucho tiempo que, á fuerza de ser una madre perseguida y torturada, no soy ya una mujer de sociedad. Habladme como á una aldeana. Gastón teme que me acusen.... ¡Creo que él no sospechará de mí!

—¿Él? ¡oh! ¡no por cierto! Hace mucho tiempo que me ha planteado la cuestión francamente, resuelto á aceptar la respuesta, cualquiera que fuese. Entre nosotros jamás ha podido nacer una sospecha. Sabe muy bien que nunca he mentado.

—A Dios gracias, querido Salcedo—replicó la Condesa—Roger sabe lo mismo de mí. ¿Por qué no decir la verdad á mis dos hijos, cuando es tan fácil jurarla ante Dios y hacerla entrar en tan rectas conciencias? ¿Creéis á Roger menos puro que Gastón?

—No contestéis, Mr. de Salcedo—exclamó Roger, que se había despertado sin abrir los ojos y sin hacer un movimiento, y que, rápido como un relámpago, retiró las ropas y se echó en los brazos del Marqués.—Querido Salcedo, no contestéis. Ya sé que no valgo tanto como Gastón; dejadme que yo mismo me confiese ahora que.... ¡Oh, mamá! no me quites el valor. ¡Cómo me miras! ¿Crees?....

—¿Cómo te encuentras tú aquí, y qué hacías?—le dijo la Condesa, cuya fisonomía no podía ver, pero en cuyo acento se mezclaban la ternura y el reproche.

—Llegó de Leville—contestó vivamente Salcedo, cuya alma recta todo lo comprendía, y cuya generosidad no le hubiese consentido nunca revelar las flaquezas de Roger;—supo que estabais aquí, y como era temprano y no quería despertaros, se acostó en la primera cama que halló al paso.

—No, no es eso—replicó Roger.—He venido de Leville para hablar á mamá de su felicidad y de la mía, y voy á hablarla. Es cierto que estaba cansado y que he dormido ahí tan profundamente que no he oído salir á Carlos, ni á vos entrar, Salcedo. Soñaba contigo, mamá, y tu voz me acariciaba como en otros tiempos, cuando era un *bebé*

á quien tu oración de la noche hacía dormir deliciosamente; luego he oído tus palabras como en un sueño; me encontraba tan bien, que no quería abrir los ojos, y no me moví hasta que mi cerebro recobró completamente el manejo de los sentidos. En seguida he preferido la realidad á mi dulce sueño, y me he arrojado en los brazos de este excelente hombre, á quien pido perdón.....

—¿De qué?—dijo Salcedo con tono cordial y conmovido.—¡Vaya, hablad á vuestra madre; yo me retiro!

—Id á buscar á Gastón—exclamó Roger.—Lo que tengo que decir á mamá quiero decírselo también á él.

## XXI.

Salió Salcedo. La Condesa permaneció un instante aturdida por lo que acababa de oír á Roger.

—¿Gastón?—repitió ella con tono de sorpresa.—¿Qué es lo que quieres decir?

—¡Querida madre—respondió Roger, que me parecía que estaba arrodillado ante ella—ese nombre que en mi niñez me prohibían pronunciar en tu presencia porque te hacía llorar, puedo repetírtelo cien veces al día, ahora que tienes, que tenemos á ese Gastón querido, y del que ya nada nos separará!

Contó rápidamente cómo el abate Ferras le había informado de todo, y cómo había abierto sus brazos á su hermano, asegurándose por el testimonio de Ambrosio de que ciertamente era él. Contó también su entrevista conmigo, pero sin acusarme

á quien tu oración de la noche hacía dormir deliciosamente; luego he oído tus palabras como en un sueño; me encontraba tan bien, que no quería abrir los ojos, y no me moví hasta que mi cerebro recobró completamente el manejo de los sentidos. En seguida he preferido la realidad á mi dulce sueño, y me he arrojado en los brazos de este excelente hombre, á quien pido perdón.....

—¿De qué?—dijo Salcedo con tono cordial y conmovido.—¡Vaya, hablad á vuestra madre; yo me retiro!

—Id á buscar á Gastón—exclamó Roger.—Lo que tengo que decir á mamá quiero decírselo también á él.

## XXI.

Salió Salcedo. La Condesa permaneció un instante aturdida por lo que acababa de oír á Roger.

—¿Gastón?—repitió ella con tono de sorpresa.—¿Qué es lo que quieres decir?

—¡Querida madre—respondió Roger, que me parecía que estaba arrodillado ante ella—ese nombre que en mi niñez me prohibían pronunciar en tu presencia porque te hacía llorar, puedo repetírtelo cien veces al día, ahora que tienes, que tenemos á ese Gastón querido, y del que ya nada nos separará!

Contó rápidamente cómo el abate Ferras le había informado de todo, y cómo había abierto sus brazos á su hermano, asegurándose por el testimonio de Ambrosio de que ciertamente era él. Contó también su entrevista conmigo, pero sin acusarme

de ninguna mala intención y acusándose él mismo de haber interpretado mal mis palabras.

—Pero no he podido esperar el día—añadió.— Sentía aún un disgusto mortal y una necesidad de abrazarte, superior á cuanto pueda decirte. Escucha, madre mía: yo no valgo nada, ni siquiera merezco ser hijo tuyo; pero tengo algo de bueno, y es que te adoro, y que si no tuviese la certidumbre, la convicción absoluta que, sin saberlo, acabas de darme, lo aceptaría todo y te querría aun más, si fuera posible.

Madre é hijo se abrazaron apasionadamente; durante largo rato sólo oí sus besos y sus suspiros mezclados con exclamaciones de alegría, hasta que entró Salcedo con Gastón y Ambrosio. Roger se arrojó en brazos de su hermano y luego le condujo á los de su madre. Abrazó también á Salcedo, y después de dirigir afectuosas palabras á Ambrosio, preguntó dónde estaba yo. Le dijeron que ninguno me había visto, pero que estaba avisado y que no tardaría en llegar. Entonces Roger preguntó por qué Carlota y sus padres no habían de asistir los primeros al reconocimiento público que quería hacer de su hermano.

*Trinidad* se negó á ello, y con voz firme dió esta inesperada y sorprendente respuesta:

—El reconocimiento del corazón se ha hecho aquí entre nosotros, y yo lo acepto con profundísima alegría; pero quiero y debo decirles que jamás aceptaré que se haga otro público.

—Comprendo—dijo Roger.—Las malas razones y tontas palabras que te dije ayer en *La Violeta* te impresionaron demasiado, y temes que nuestra madre tenga que sufrir aún á causa tuya. Todo lo que te dije, considéralo como no dicho. Lee esta declaración de nuestro padre, que yo no conocía.

—La conozco—dijo Gastón rehusando tomar el escrito—y no la encuentro suficiente para explicar la duración de mi destierro á los ojos de los indiferentes. Inútil para convencernos á nosotros, sería vana para la maledicencia. El Conde Adalberto de Flamarande no me ha querido por hijo suyo, puesto que ha muerto sin ocurrírsele en toda su vida volverme á llamar á su lado. Yo tampoco le quiero por padre. No quiero llevar su nombre, y menos participar de sus bienes. Si llego á tener hijos, como espero, no quiero tener que contarles la doble leyenda de Gastón el pastor. Renunciando á todo parentesco con él es como puedo perdonarle y abstenerme de ultrajar su memoria. Si él fué cruelmente orgulloso, yo tengo en cambio una vanidad loca y renunció á la posición que él me

rehusó. No tratéis de hacerme cambiar de opinión porque perderíais el tiempo.

Esta declaración nos dejó á todos estupefactos.

Ambrosio, que creía comprenderla, fué el primero en juzgarla y el único en aprobarla.

—Me parece que tienes... perdonad, qué tenéis razón, señor Conde. Vos merecéis ser Marqués, lo que, según parece, es más honor, y tener un padre que os ame en lugar de uno que no os ha amado.

—¡Calla—respondió Gastón—no sabes lo que dices, mi pobre viejo! Si yo reniego de mi padre no es ciertamente para tomar otro, por más afecto que le tenga. Si rehusó una fortuna, no es para aceptar otra más considerable. No admito, ni Carlota lo admite tampoco, que Mr. de Salcedo renuncie al matrimonio á los cuarenta años, ni que se cree una obligación que encadenaría su porvenir. Demasiados favores le debo, y no tendría realmente vergüenza si aceptase más. Por otra parte, todas esas cuestiones de intereses materiales y de privilegios sociales me son extrañas, y creo que son verdaderas tiranías á las que me juré á mí mismo escapar, el día que comprendí sus peligros.

—Yo he sido quien te los he hecho comprender, ó por mejor decir, entenderlos mal—dijo Roger.— Me viste trastornado, loco y....

—Te vi desgraciado—respondió Gastón—y te hice un juramento que no quiero violar. Te dije que no quería ser más que *Trinidad* Michelin, tu colono, y que éste era mi sueño dorado, y te dije la verdad, porque querría mejor tener que pedir limosna que volverte á ver, por mi causa, en el estado en que ayer te ví.

—¡Ah, hermano mío! ¡Eso es quererme castigar bien cruelmente por una mala hora que he tenido en la vida! ¡No quieres que la repare; me rehusas la dicha de reconquistar tu estimación y la mía!

—Nada tienes que reparar; no me has ofendido y has llorado en mis brazos. Nunca tendrás mejor amigo que yo, que te querré tanto como quiero á Mr. de Salcedo, que es cuanto puedo decir. Si alguien hay en el mundo á quien prefiera á tí, será.... ella, nuestra santa madre que nos oye y que ha sido el encanto de toda mi vida, la eterna aspiración de mi corazón, mi ideal, mi aparición celeste, mi pensamiento íntimo, mi muda plegaria, mi misterio y mi fe.

—¡Y no quieres—dijo la Condesa—que sea la compañera de tu vida; quieres vivir independientemente de mí, quieres rehusarme la única gloria de que podía envanecerme, la de tener dos hijos como vosotros!

—¿No quieres — continuó Roger — que yo tenga á mi lado un consejero, un apoyo contra los peligros del mundo, un guía á través de sus escollos? ¿No tienes deberes para con nosotros? ¿Quieres castigarnos por no haberte podido salvar del destierro que has sufrido? ¡Eres verdaderamente cruel, y tentado estoy de creerte algo loco!

—No insistáis — dijo entonces Mr. de Salcedo. —No cederá por ahora; dejémosle tiempo para reflexionar. Aquí llega Madame de Montesparre; salgamos á su encuentro.

Salieron todos, y yo aproveché aquel momento para introducirme por el pasadizo secreto y salir al campo.

Quería llegar á Murat, para volverme á París en el ferrocarril, pero me faltaron las fuerzas. A dos leguas de Flamarande caí rendido de fatiga, y tuve que pedir hospitalidad en una casa de campo. Allí me encontré muy enfermo; pero esperaba recobrar algunas fuerzas para poder ponerme de nuevo en camino al día siguiente, y escribí á Madame de Flamarande, diciéndola en pocas y respetuosas palabras que abandonaba el servicio de la familia y me iba á París; que cuando llegase allí dejaría en su hotel una tarjeta con mis señas, á fin de que su administrador me encontrase á sus

órdenes para suministrarle todos los datos y noticias que creyera convenientes.

Pasé una noche terrible en aquella casa, y al día siguiente llegué á Murat casi arrastrándome. Me ví obligado á permanecer allí tres días, presa de la fiebre; por fin, encontrándome mejor y no pudiendo acostumbrarme á la idea de un eterno aislamiento, resolví ver á Madame de Montesparre y pedirle un empleo en su casa, aunque fuera de ayuda de cámara, con objeto de tener, de cuando en cuando á lo menos, noticias de la familia de Flamarande. Creía que habrían conseguido vencer la resistencia de Gastón y que le habrían llevado á París para regularizar su nuevo estado. Tomé un carruaje para dirigirme á Montesparre por la carretera. Mi delicada salud no me permitió hacer el viaje en una sola jornada. Por fin llegué á Montesparre á los cinco días de haber salido de Flamarande. Sabía que la Baronesa pensaba quedarse en Auvergnia hasta la entrada del invierno, cualquiera que fuese el desenlace de los acontecimientos por que pasaba la familia Flamarande. Me apeé en una de las entradas del parque, que daba al camino y que se hallaba á bastante distancia de la casa. Mi estado nervioso me hacía insoportable el movimiento del carruaje; y por otra parte, no que-

ría presentarme con cara de enfermo, y esperaba que un paseo por la sombra del parque me entonaría. No sucedió así; me sentía desfallecer y tuve que sentarme en el primer banco que encontré al paso. Me pareció oír hablar á dos pasos de mí; pero estaba tan débil, que todo me era indiferente; ni siquiera me daba cuenta del sonido de las voces ni del sentido de las palabras. Sin embargo, reconocí que Madame de Flamarande y Madame de Montesparre hablaban con animación á mi espalda, paseando por un sendero en forma de terrado, situado por encima de aquel en que me encontraba yo, oculto á sus miradas por exuberantes arbutos de lilas. Me levanté rápidamente con intención de alejarme; pero temía ser visto, y no quise meterme de nuevo entre la familia Flamarande, cuando trataba precisamente de esquivar su contacto. Me vi, pues, obligado á escuchar la conversación de las dos amigas.

Madame de Montesparre insistía con Madame de Flamarande para que ésta prometiese su mano á Mr. de Salcedo.

—No—respondió ésta—eso no tiene razón de ser desde el momento en que Gastón rehusa á ser adoptado por él. Gastón quiere fijarse en Flamarande, ya que por fin ha aceptado de su hermano

esas pobres rocas y esa modesta propiedad que figurará comprada por Gastón. Mr. de Salcedo ama también á Flamarande, donde se ha sepultado por cariño y donde ha llegado á distraerse por costumbre y por su amor á las ciencias naturales; pero ama ante todo á Gastón, y sería un sacrificio superior á sus fuerzas tener que separarse de él. Estoy bien convencida de que no desea en modo alguno un matrimonio que le alejaría forzosamente de su discípulo.

—¿Por qué le había de alejar?—exclamó la Baronesa.—Os construirá en el lugar que ocupa el *Refugio* un castillo digno de vos, en el que pasaréis los veranos al lado de Gastón, y á donde Roger vendrá á cazar.

—Los veranos son cortos en Flamarande, y Roger, á pesar de su afecto por su hermano, no se decidirá á pasar todos los años tres meses en Aubergnia. Además, durante el resto del año Salcedo tendría que separarse de Gastón ó dejarme vivir en estado de viuda, como hizo Mr. de Flamarande, porque si bien yo seria capaz por Gastón de quedarme aquí á vivir entre nieve, no debo ni puedo separarme de Roger, que no sabría vivir sin mí y que se entregaría á verdaderas locuras si le abandonase á sí mismo. En fin, querida amiga,

no os hagáis ilusiones. Si bien Gastón aceptaría con gran placer, según creo, mi matrimonio con Salcedo, comprenderéis muy bien que á Roger le haría sufrir infinito tal proyecto. Roger es celoso de mi cariño y ha necesitado hacer un gran esfuerzo para consentir en compartirlo con su hermano; pero si tuviera que compartirlo aún con un esposo y con..... ¡Pensad que soy aún lo bastante joven para poder tener otros hijos! ¡No, no, nunca! ¡No habléis jamás á Roger de vuestro proyecto. Aun cuando éste fuese favorable á él, yo lo rechazaría. Conozco demasiado á mi Roger, para exponerle aún á combates como el que acaba de soportar. No triunfaría de ellos sino á costa de sufrimientos que harían de mi porvenir un infierno peor que el de mi pasado.

—En todo eso—replicó la Baronesa—razonáis bajo el punto de vista de vuestra propia conveniencia y de la de vuestros hijos, pero no contáis para nada con la fiel y generosa pasión del pobre Alfonso.

—Si tal pasión ha existido, segura estoy de que el tiempo, la razón y el estudio han triunfado de ella. Salcedo no es ya un niño.

—¡Aquí llega él!—exclamó la Baronesa.—Preguntadle, y os convenceréis de que no está curado. Acaso no se atreva á deciros todo lo que siente,

porque ha conservado para con vos la timidez de los veinte años. Pero interrogad á sus miradas cuando os responda.

—No tendrá que responderme, porque no pienso interrogarle.

—Pues os advierto que él conoce mis proyectos y que le he citado aquí para que decidieseis su suerte. Vamos, Rolanda, ya es hora de hacer cesar esa situación equívoca de amistad desinteresada, contra la que la pasión protesta en él y en vos. Tened valor; permitidle que os diga cómo piensa arreglar su vida en consonancia con lo que á vos os exigen las circunstancias, y vuestra reunión con vuestros dos hijos. Estad segura de que éste será el único medio de que Gastón consienta en ser adoptado por Salcedo.

—Os equivocáis; Gastón dijo que no, y desde hace cinco días resiste á nuestros ruegos y desoye todos nuestros argumentos. Llegará probablemente un día en que, si Salcedo se ha mantenido soltero y persiste en dejarle su nombre y sus bienes, acepte para sus hijos lo que hoy rechaza para sí; pero al presente es inútil insistir; es preciso someterse á verle durante muchos años hecho un verdadero aldeano y á no pasar con él más que una pequeña parte de ese largo periodo de tiempo. Salcedo se

aproxima, y puesto que lo queréis así, voy á hablarle y á repetirle lo que acabo de decirlos.

— Mejor sería que le dijeseis la verdad.

— ¿Qué verdad?

— El amor que sentís por él. Segura estoy de que en ese caso haría milagros por conciliar vuestra dicha con la de vuestros hijos.

— ¡El amor que siento por él! Pues bien, voy á decirselo. Quedaos y oiréis la verdad.

— No la diriais delante de mí, y espero que estando solos sabrá arrancárosla. Os dejo.

Algunos instantes después volvía Madame de Flamarande con Salcedo, á cuyo encuentro había salido, y se sentaban ambos sobre un banco situado precisamente encima del que yo ocupaba, y en el que permanecí como clavado por una curiosidad de la que entonces estaba ya seguro de no hacer mal uso.

## XXII.

Yo no había oído las palabras cambiadas entre ambos en el sendero. Las primeras que escuché constituían la expresión clara y concreta del pensamiento de la Condesa.

— Hablemos francamente—decía ella—brutalmente si es preciso, para cortar esta anómala situación. Sé lo que os ha dicho la Baronesa y conozco el lazo que me tenía preparado. Además, hace ya mucho tiempo que ella me habla constantemente de vuestro amor y que os *revela* el mío. Esta revelación es una suposición enteramente gratuita, fundada en apreciaciones exclusivamente suyas. Berta os ama y os amará toda la vida en la forma y sentido que á mí me atribuye, y no puede comprender el género de afecto que yo tengo por vos; vos que conocéis mejor el corazón humano, le comprenderéis de seguro. Sabéis mi amis-

aproxima, y puesto que lo queréis así, voy á hablarle y á repetirle lo que acabo de decirlos.

— Mejor sería que le dijeseis la verdad.

— ¿Qué verdad?

— El amor que sentís por él. Segura estoy de que en ese caso haría milagros por conciliar vuestra dicha con la de vuestros hijos.

— ¡El amor que siento por él! Pues bien, voy á decirselo. Quedaos y oiréis la verdad.

— No la diriais delante de mí, y espero que estando solos sabrá arrancárosla. Os dejo.

Algunos instantes después volvía Madame de Flamarande con Salcedo, á cuyo encuentro había salido, y se sentaban ambos sobre un banco situado precisamente encima del que yo ocupaba, y en el que permanecí como clavado por una curiosidad de la que entonces estaba ya seguro de no hacer mal uso.

## XXII.

Yo no había oído las palabras cambiadas entre ambos en el sendero. Las primeras que escuché constituían la expresión clara y concreta del pensamiento de la Condesa.

— Hablemos francamente—decía ella—brutalmente si es preciso, para cortar esta anómala situación. Sé lo que os ha dicho la Baronesa y conozco el lazo que me tenía preparado. Además, hace ya mucho tiempo que ella me habla constantemente de vuestro amor y que os *revela* el mío. Esta revelación es una suposición enteramente gratuita, fundada en apreciaciones exclusivamente suyas. Berta os ama y os amará toda la vida en la forma y sentido que á mí me atribuye, y no puede comprender el género de afecto que yo tengo por vos; vos que conocéis mejor el corazón humano, le comprenderéis de seguro. Sabéis mi amis-

tad hacia vos, la alta estima en que os tengo, mi admiración y hasta mi veneración, podría decir, por vuestro carácter y creo que no dudaréis de ellas nunca; pero se quiere que á estos sentimientos tan puros y tan elevados se añada uno más íntimo, que consiste en el deseo de pertenecer al hombre á quien se admira, y ese sentimiento no ha existido nunca, ni existirá jamás en mí. Sólo vos en el mundo mereceríais inspirármelo, y si yo lo sintiese no me avergonzaría de confesárselo á un hombre como vos; pero, ya os lo dije el otro día, la madre ha sufrido tanto en mí, que ha matado á la mujer. La esposa no conserva más que recuerdos amargos; la amante no ha tenido nunca ocasión á propósito ni salud moral para desarrollar sus pasiones. Vos lo habéis comprendido así, mi bravo Salcedo, puesto que nunca me habéis dirigido una mirada de voluptuosidad. Sabed bien desde ahora que, bajo ese punto de vista, he muerto de muerte violenta, mis sentidos se han ahogado en lágrimas, y no siento en mí nada de lo que es necesario para dar la felicidad como la entiende mi pobre Berta. Al poseer mi cuerpo tendríais en vuestros brazos una estatua marmórea. Yo no sé querer, más que con la solicitud de una castidad inalterable, y si ésta no hubiese existido y no hubiese de existir

siempre entre vos y yo, después de las acusaciones que contra nosotros se han lanzado, merecería, si no haber sido condenada por mi marido, á lo menos que hubiera dudado de mí. Vamos, querido Salcedo, quitemos esa quimera del espíritu de nuestra amiga; ayudadme á desengañarla.

Y como Salcedo parecía aceptar su decisión sin decir palabra, bien porque temiese hacerse traición á sí mismo, ó bien porque reconocía valor á las razones expuestas por Madame de Flamarande, ésta añadió:

—Hagamos más: quitemos al mundo todo pretexto de criticar nuestra amistad y de impedir que sea todo lo pública que debe ser. Yo os confieso que una simple sonrisa, que creyese motivada por la malicia, me causaría una herida que me haría sufrir cruelmente. Lo que voy á proponeros me permitirá pasar gran parte de la vida entre vos, Gastón y Roger, sin que nadie se sorprenda de ello. Casaos con Madame de Monteparre.

—Ya he pensado en ello—respondió Salcedo;—pero ella me exigirá que la ame, y yo no siento por ella más que una amistad leal y ferviente, como la que vos me concedéis.....

—¿Y con la que no os contentáis?

—No; lo confieso. Y por tanto, la Baronesa.....

—¡Esperad, Salcedo! Decís, sin embargo, que habéis pensado en ello, y yo voy á explicaros por qué ese pensamiento se ha manifestado repetidas veces en vos con cierta autoridad. Vos habéis causado involuntariamente mi desgracia. No puedo quejarme de ello, ni vos tenéis ya nada que reparar para conmigo. Por el contrario, á mí es á quien me toca bendeciros; á mí, que he aceptado como una indemnización que me era debida el sacrificio voluntario y gratuito de vuestra juventud. Pero no ocurre lo mismo con Madame de Montesparre. Vos habéis aceptado su cariño absoluto y el sacrificio de su reputación. Ella es tan buena que se hace querer, y gracias al cariño se la perdona, y sin embargo, es una verdadera injusticia concederle este perdón, que no necesita, puesto que jamás ha cometido una falta; es una verdadera humillación la que ella sufre sin quejarse, al pasar por vuestra querida. Si viviese su hijo, tendría próximamente la edad de los míos, y ella estaría perpetuamente intranquila, temiendo siempre verle ponerse de pronto triste ó furioso como lo estaba hace pocos días mi Roger. ¿Y qué compensación tendría su desgracia? ¿Cómo podría justificarse después de haber mostrado ante cuantos la rodean el cariño sin límites que os tiene?

No podéis desconocerlo por más tiempo, Salcedo, la debéis una reparación ruidosa, y podéis muy bien dársela, ahora que Gastón se halla en posesión de su inteligencia y de su voluntad. Esta unión no os separa de él. Berta ha fijado su residencia en Auvergnia y no se ve obligada á dividir su tiempo. Vivirá con vos, unas veces aquí y otras en el *Refugio*, que será para ella una verdadera Arcadia. Todos seremos así libres y dichosos, porque vos querréis cada vez más á esa encantadora mujer que tanto os ama, y á la que estaréis orgulloso de haber rehabilitado.

—Basta, señora, basta, respondió Salcedo; no quiero descender un punto en vuestra estima, ni en la de Gastón, que piensa como vos, y así me lo ha dado á entender. Cumpliré con mi deber. Me casaré con Madame de Montesparre. ¿Debo participárselo ahora mismo?

—No; se sentiría acaso humillada, ó al menos inquieta de deber su dicha á mi influencia. Decidla solamente que yo os he demostrado la imposibilidad de un matrimonio entre nosotros, y mostraos tranquilo y satisfecho como debe estarlo un hombre de bien y un filósofo tan formal como vos lo sois. Dentro de algunos días, cuando yo haya partido con Roger.....

—¿Dentro de algunos días?

—Sí; acabo de recibir una carta de mi notario. Es preciso que me ocupe de los asuntos de la testamentaría. Mr. de Flamarande hizo á su querida una donación de importancia, y nosotros aceptaremos esa expoliación en silencio; pero hay pendientes bastantes deudas, y es preciso tratar de saldarlas. Partiré, pues, con Roger, á fin de proceder en su nombre, si Gastón persiste en no heredar.

—Persistirá seguramente, pero no debéis afectaros por ello; mi matrimonio con Berta os facilitará los medios de pasar mayores y más frecuentes temporadas á su lado. En cuanto á su suerte, tampoco debéis inquietaros. Gastón no puede ser dichoso sino á condición de seguir las inspiraciones de su corazón ardiente y de su exaltada imaginación. A Dios gracias esas inspiraciones son siempre hijas de un heroísmo tan perfecto, que se adorna con las apariencias de la tranquilidad y la alegría. El fondo de su resolución es que ama á Carlota y no quiere verla convertida en mujer aristocrática. Ella será la castellana de Flamarande sin perder el encanto de su rústica sencillez. Él seguirá siendo lo que le agrada ser, un advenedizo enalquiera inteligente y laborioso, que se

lo debe todo á sí mismo y que no sufre el yugo de las convenciones sociales. Os predigo que no se pondrá nunca traje de etiqueta y que jamás se presentará en ningún salón de París ni de provincias. Tomad vuestro partido. Le habéis adorado tal como era; continuad adorándole siempre tal como quiera ser.

—Estoy decidida—respondió la Condesa;—lo aceptaré todo y no os reprocharé jamás por haber hecho de él un ángel y un sabio.

Siguieron hablando según se alejaban, y yo iba á marcharme á mi vez, cuando ví volver á Madame de Flamarande, que marchaba de prisa y bajaba sola el sendero, dirigiéndose en línea recta hacia mí. No tuve tiempo más que para dejar mi banco y ocultarme en la espesura. La Condesa se dirigió al banco que yo acababa de abandonar, se dejó caer en él como aniquilada, y cubriéndose el rostro con el pañuelo se anegó en lágrimas. Yo escuchaba el ruido de sus ahogados sollozos, que penetraban mi corazón de admiración y de piedad.

¡Amaba, pues, á Salcedo y se sacrificaba á Roger! Se sacrificaba con ruda firmeza que había quitado toda esperanza al Marqués, y sufría entonces con la energía de un alma generosa que sabe ocultar sus ardores bajo las apariencias de la

prudencia y de la razón. Me pareció sublime y me avergoncé y arrepentí de haberla juzgado mal, hasta el punto de arrojarle á sus pies diciéndola:

—¡Señora, señora, perdonadme! ¡sois una santa y yo soy un miserable!

—¿Pues qué hay, Carlos?—me dijo ella temblando de sorpresa.—Me encontráis en uno de esos accesos de jaqueca nerviosa que padezco hace tiempo. No os inquietéis por ello; ya se pasará. Pero ¿de dónde venís? ¿por qué nos habéis abandonado, y de qué os acusáis?

Mi confesión general hubiese sido larga y sólo tenía necesidad de decir algo para explicar mi arrepentimiento.

—Veo—la dije—que la señora está disgustada aún, y yo soy seguramente la causa. Roger persiste en atormentarse, y yo hubiera debido ahorrarle esos tormentos, presentándole antes la declaración de su padre.

—Efectivamente—dijo la Condesa, como iluminada por una reflexión que no se le había ocurrido hasta entonces—me habíais dicho que Mr. de Flamarande os había recogido ese documento.....

Pero notando que yo tenía el corazón destrozado,

zado, aquella excelente mujer, habituada á olvidar siempre sus propios sufrimientos para endulzar los de los demás, añadió en seguida, como con prisa por buscarme una excusa:

—Habéis temido la precipitación de Roger y habéis creído que Mr. de Salcedo, que era el más desinteresado en el asunto, era quien debía recibir tan precioso depósito. En cuanto á mí, teméis haberme dado en Menouville esperanzas que mi marido no había de realizar nunca. Sois escrupuloso en exceso; pero cualquiera que fuese la causa que á ello os impulsara, no podía ser más que buena, y no comprendo que nos abandonéis cuando somos tan dichosos con relación al pasado y tan reconocidos os estamos.

—¡Dichosos! y sin embargo, la señora llora aún.

—No es nada, Carlos, absolutamente nada. Se pueden sufrir crisis interiores de cierta intensidad, que se disipan y se borran ante la alegría y la paz de la conciencia. Os juro que Roger no ha dejado de ser adorable para su hermano y para mí. Vais á verlos juntos ahora mismo, puesto que acaba de sonar la campana que anuncia que está pronta la comida. Dadme vuestro brazo, amigo mío. Me encuentro algo quebrantada por la ja-

queca. Váis á comer con nosotros, y Roger os hará renunciar á la idea de abandonarnos.

Me encontraba tan abatido, que no supe resistir á la conmovedora bondad de mi pobre señora, y la acompañé al castillo, donde todos me acogieron bien, á excepción de Roger, que me tendió, sin embargo, la mano, pero con aspecto de preocupación y sin preguntarme los motivos de mi desaparición.

Comprendí que Mr. de Salcedo había hablado ya á la Baronesa, no de su resolución de casarse con ella, sino de las buenas razones que la Condesa le había dado para renunciar á su mano. Estaba más pálido que de ordinario, pero nada denunciaba en él el dolor de una decepción que había sin duda previsto y aceptado anticipadamente, y que sufría con dulce y noble resignación. Madame de Montsparre no podía reprimirse y le observaba con secreta angustia, mezclada de esperanza y temor. Roger, siempre alegre en sus manifestaciones exteriores, me pareció, sin embargo, algo agitado interiormente. Había tenido, sin duda, la adivinación de que algo se trataba que podría no agradarle, por más que estuviese decidido á aceptarlo todo. Quería sin duda saber algo con seguridad, porque se dedicó á bromear

con la Baronesa, haciéndola notar sus distracciones y preguntándola si consistían en que por fin se había dignado apereibirse de *su martirio*, y si pensaba *en coronar su ardiente amor*. La Baronesa, en lugar de reír como de ordinario, de sus chanzas, le respondió con alguna acritud; y Roger, admirado, se volvió de pronto hacia Salcedo, que probablemente le habría hecho alguna seña con el codo ó la rodilla. Roger sonrió y le dijo en voz baja:

— Eso es distinto, querido Marqués.

Y cesó en sus bromas.

Gastón hablaba poco, como de costumbre. Llegaba, como siempre, su traje de aldeano, y pasaba en la casa por lo que él quería ser siempre, por el discípulo de Salcedo y el futuro sucesor de Michelin. Guardaba, pues, la reserva que convenía á su papel. El abate Ferras, al que por cierto no habían reprochado sus revelaciones anticipadas á Roger, habló mucho con Mr. de Salcedo de las diversas traducciones de la *Iliada* y de varias ediciones raras de ciertos libros clásicos. Parecía que nada había cambiado á su alrededor, y que su única preocupación era suplicar á Roger que en el caso en que se deshiciese de la biblioteca de Menouville, no vendiese ciertas obras preciosas.

— Os las regalo por anticipado — respondió Roger — á no ser que las reclame Gastón, porque hemos hecho un trato raro. Él no quiere nada de lo mío, y yo he jurado que cuanto me pertenece será para él.

Le hablaba libremente de *Gastón* delante de los criados. *Gastón* era para ellos un ausente, un desconocido.

Después de la comida, Mr. de Salcedo tomó el brazo de Roger y salió con él y con *Gastón*. La señora me llamó aparte con la Baronesa y me consultó sobre las cartas de negocios que había recibido. Aquellas cartas eran más graves de lo que ella pensaba. El Conde de Flamarande no había hecho testamento, pero había firmado á su querida pagarés por una cantidad considerable, y su herencia quedaba disminuída en una tercera parte. Dejaba además algunas deudas de importancia. El notario llamaba á Madame de Flamarande á París y le aconsejaba que se apresurase. Yo comprendí que no había dado bastante importancia á la urgencia de su partida, y le aconsejé que la efectuase á la mañana siguiente. Ella se resignó á ello con disgusto, pero sin discutir. Debía llevar consigo á Roger, á quien quería hacer emanciparse, á fin de librarse de tomar resoluciones contrarias á sus deseos.

Madame de Montesparre ordenó que el coche estuviese dispuesto para la mañana siguiente muy temprano, á fin de que los viajeros pudieran llegar á tiempo al tren. Habló de acompañar á su amiga á París; pero Roger, que volvía en aquel instante, la dijo con tono afectuoso y formal, besándola la mano:

— No, querida amiga; es preciso que os quedéis aquí; *¡es preciso!*

No quiso explicarse más; pero yo ví en la alegría que se irradiaba de sus ojos, que Mr. de Salcedo, al rogarle amigablemente que no se permitiese tantas familiaridades con la Baronesa, le había hecho involuntariamente adivinar sus proyectos. Roger parecía tan dichoso, que comprendí lo acertada que había estado Madame de Flamarande al rehusar darle otro rival. La alegría de Roger hizo apercibirse también á Madame de Montesparre, que no volvió á hablar de ir á París.

Cuando pusieron al corriente á *Gastón* de las causas de aquella súbita partida, experimentó un momento de tristeza porque había esperado estar unos días más en compañía de su madre y su hermano; pero se repuso pronto y prometió ir á París con Salcedo á la entrada del invierno. Luego, como estábamos en familia en el salón, abrazó á

su madre y á su hermano y se despidió de ellos. No quería volver á verlos ante testigos á la mañana siguiente, porque temía que se descubriesen atestiguándole un afecto exagerado.

Nos acostamos temprano; Salcedo quedó en el salón con la Baronesa para prepararla, según creo, á más serias conversaciones después de la partida de la Condesa; Roger siguió á su madre para hablar sin duda con ella acerca del mismo tema. Apenas me dijo á media voz «buenas noches», y ni siquiera me dirigió una palabra para inducirme á que permaneciera unido á la familia.

Al día siguiente la misma frialdad y el mismo silencio. Por fin, mientras enganchaban los caballos, me preguntó con voz breve si iba á París con ellos.

—No, le respondí, yo iré por mi cuenta. Ya sabéis que dejo vuestro servicio.

—Ya sabes—dijo él, sin encontrar una palabra para retenerme—que tus cien mil francos están en casa de Salcedo.

—Yo los rehuso.

—Entonces, dáselos á los pobres, porque ni Gastón ni yo aceptamos ese regalo.

Y se volvió para abrazar á Salcedo que llegaba con su madre y la Baronesa. Le dió aquel abrazo

con efusión bien elocuente; no lo fué menos su aversión por mí hasta el último momento.

Herido en el corazón, me introduje en el jardín y fui á sentarme sobre el banco en que me había arrojado la víspera, en el sitio menos frecuentado del parque. Entonces recordé que estaba precisamente en el lugar en que se había efectuado la violenta explicación entre Mr. de Flamarande y Mr. de Salcedo en la noche fatal que había destrozado sus existencias. Desde allí ví pasar á los pocos instantes el carruaje que se llevaba mi último consuelo, mi única esperanza en este mundo: todo estaba consumado. Había sacrificado hasta mi honor por aquel niño que me pagaba con el desprecio. No lloré más, quedé petrificado y sin conciencia de mí mismo.

Una persona se sentó á mi lado, sin que yo la hubiese oído llegar y tomó mi mano helada entre las suyas.

—¡Gastón!—exclamé como si saliera de un sueño.

—No, Trinidad Michelin—respondió él sonriendo.—Gastón no existe ya. Olvidemos á ese personaje. Pero, vamos, ¿qué os pasa? Os encontráis malo, ó estáis desesperado. ¿Por qué no seguís á mi madre, que nunca ha desconocido vuestro cariño?

—Roger....

—¡Sí, ya lo sé! Roger no puede perdonaros el haberle hecho culpable á sus propios ojos. Se equivoca; es preciso perdonárselo todo á un hombre que tiene grandes cualidades. Ya volverá sobre su acuerdo. El tiempo lo arregla todo.

—Roger tiene razón; no merezco que me perdone nunca. Soy más culpable de lo que pensáis.

—No quiero saberlo. Yo también he desconfiado de vos un instante; pero Mr. Alfonso me ha dicho hablándome de vos. «Es un hombre meticoloso, raro, suspicaz y desgraciado. Su orgulloso desinterés raya en el heroísmo.» Esto me basta para compadeceros y amaros. ¿Qué váis á hacer ahora?

—Morir de fastidio y de disgusto en cualquier parte.

—No; es preciso que vengáis á vivir del trabajo útil y de la apacible amistad en Flamarande. Yo no soy tan amable como Roger; pero como he sido menos mimado, seré probablemente más sufrido. Me quisisteis mucho en mi infancia, me querréis aún, y voy á convertirme en ahijado vuestro casándome con Carlota; seréis mi único pariente oficial. Sé que Mr. de Salcedo, que ha comprado muchas tierras en los alrededores del *Re-*

*fugio* y que piensa hacer edificaciones, tenía intención de ofreceros la administración de sus propiedades en el caso en que dejarais definitivamente la de Menouville. Venid á tomar posesión. ¡Vamos, venid! Mr. Alfonso y la Baronesa se han decidido en el último momento á acompañar á Madame de Flamarande y Roger hasta el camino de hierro. Almorzarán, de seguro, juntos cuando vuelvan aquí. Yo no puedo permanecer más tiempo sin trabajar. Venid; si estáis cansado, almorzaremos en cualquier posada de la travesía. Estáis débil, tomad mi brazo. Pronto recobraréis las fuerzas; no se trata más que de querer.... ¡Vamos, Carlos, la voluntad es el todo!

## CONCLUSIÓN.

De modo que el niño arrebatado por mí á su madre y privado de su condición social por mis cuidados, unas veces cariñosos y otras péfidos, se encargó de hacer mi vejez digna y dichosa. Mr. de Salcedo, más generoso aún, no reveló nunca el secreto de mi confesión, y me dispensó siempre una confianza á la que jamás pensé hacer traición. No me habló de devolverme mis cien mil francos; pero mandó construir una bonita casa en medio de aquellas hermosas praderas cubiertas de rebños en buen estado de carnes, y me obligó á que aceptase la propiedad como un regalo suyo. Gracias á él, gozo de un bienestar tranquilo, sin más cuidados que el de reunir lo que pueda para legarlo á los hijos de *Trinidad* y de *Carlota*.

Estos se casaron al cabo del año que *Carlota*

había destinado á probar á su novio. Éste fué á París, y volvió más enamorado de ella y de la vida rústica que antes. La señora de Flamarande y Roger vinieron para asistir al doble casamiento, pues el mismo día se casaba en la capilla de Flamarande el Marqués de Salcedo con la feliz Berta de Montesparre.

Aquel día me pareció Madame de Flamarande iluminada de belleza extraordinaria. La conciencia de haberlo sacrificado todo al amor maternal y á la dicha de una amiga cariñosa había puesto en su rostro cierto esplendor que llamó profundamente mi atención.

—La conciencia—me decía yo suspirando—es una fortaleza, un santuario cuya cúpula toca al cielo.

Salcedo comprendió tan bien como yo, y mejor que yo quizás, el sacrificio de aquella alma generosa, y no quiso ser menos. Su enlace con Berta, á quien la dicha ha rejuvenecido diez años, no ha tenido nubes.

No ha construido castillo; su mujer creyó que el *Refugio* era un retiro delicioso, y juzgó innecesario tocar al paisaje inculto y desierto que le rodeaba. Compartía todos sus gustos y todas sus ideas.

Él ha adquirido todas las montañas y bosques

cercanos, y no ha cambiado la agricultura pastoril del país. La ha mejorado solamente, y como no tiene hijos, se propone, de acuerdo con la Marquesa, dejar aquella gran fortuna á los hijos de *Trinidad* y de Roger.

Roger no ha heredado más que la mitad de los bienes con que había contado. Tomó bravamente su partido, y con gran sorpresa de todos, no ha llevado la vida de placer y ceguedad que se le suponía. La amistad ardiente que supo inspirarle *Trinidad* Michelin marcó en él una época de transformación. Durante mucho tiempo creyó que su hermano aceptaría la parte de su fortuna; pero la obstinación heroica y un poco extraña de éste, de permanecer en una dichosa medianía, le hirió tan vivamente, que le disgusta la vida de desorden y de pereza. Conserva á Mr. Ferras á su lado, y no quiso hacer un gran matrimonio; eligió según su corazón. Se separa poco de su madre, la rodea de tiernos cuidados y la acompaña con su familia en los frecuentes viajes que ella hace á Montsparre y á Flamarande. *Trinidad* ha arreglado tan bien el torreón y el pabellón, que hay espacio para todo el mundo; el padre Michelin vive en sus propiedades con su familia, que también goza una posición bastante desahogada. Michelin está orgulloso de

oír llamar á su hija la joven señora de Flamarande, y se dice que firma algunas veces *de* Michelin para dar tono á su yerno.

¿Por qué no? es una nueva familia aristocrática que empieza.

Gastón tendrá hijos que serán ricos, y como los instruya á conciencia, estarán á la altura de su clase. En cuanto á él, no hará fortuna por sí mismo; no tiene ambición ninguna y no ama más que el trabajo, que da resultados para el progreso de las gentes y de las cosas. Le reprochan que quiere mejorar demasiado las razas, y aseguran que gasta mucho en ello por ganar también mucho. Él contesta alegremente que ama lo bello y que el provecho no está sólo en el dinero. Pasa por original, y los que no conocen el enigma de su raro destino, le quieren sin comprenderle.

Ambrosio Ivoine, que continúa siendo su huésped, y es á la vez su amigo, su brazo derecho y el padrino de su último hijo, me dice con frecuencia en voz baja:

—¡Sólo nosotros dos podemos apreciar lo que vale!

Roger se ha suavizado poco á poco para conmigo y me trata con amistad; pero aun existe alguna quisquilla misteriosa entre nosotros; debo aceptar

este castigo y condensar en el niño desterrado mi ternura y mi admiración.

Algún trabajo me costó tomar mi partido. Durante mucho tiempo me he fastidiado de no vivir más que para mí mismo; pero desde que ocupé mis ocios en escribir mi confesión general, no me atormenta el recuerdo del pasado, y espero que un día verá Roger, al leerla, algunas lágrimas sobre la tumba de su viejo servidor.

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

